



Livro da Esperança

Emmanuel

Francisco Cândido Xavier

Libro de la Esperanza

Dictado por el Espíritu Emmanuel

Francisco Cándido Xavier

Traducido por Jacob

Índice

- Libro de la Esperanza
¡Gracias, Señor!
1-Culto Espírita
2-En la presencia del Cristo
3-En la construcción del futuro
4-Ante el Mundo
5-En el Reino en construcción
6-Evolución y perfeccionamiento
7-Ante el libre albedrio
8-Instituto de tratamiento
9-El remedio justo
10-Ante el cuerpo
11-En alabanza de la alegría
12-Nosotros y el Mundo
13-En la hora de la tristeza
14-Cristianos sin Cristo
15-¡Espiritas, instrueros!
16-Nadie es inútil
17-Súper cultura
18-Pequeños
19-Compañeros mudos
20-En el dominio de las pruebas
21-Pacificación
22-Ameno
23-En los dominios de la paciencia
24-Verbo nuestro
25-Donativo del alma
26-Hablar
27-En la luz de la indulgencia
28-Psicología de la Caridad
29-Medio bien
30-Beneficencia y justicia
31-A favor de la alegría
32-Compasión y socorro
33-Compasión siempre
34-Deberes humildes
35-Ellos antes
36-En la hora de la asistencia
37-Ejercicio del bien
38-Acreedores en el hogar
39-Familiares
40-En la intimidad domestica
41-Concesiones
42-En las sendas del mundo
43-Empleo de riquezas

44-Dinero, el servidor
45-Propiedades
46-Moneda y trabajo
47-Amigo y siervo
48-Bendición de Dios
49-Dinero y servicio
50-Concepto del bien
51-En la construcción de la virtud
52-Auxiliar
53-Bendición mayor
54-Ingenio Divino
55-En la forja de la vida
56-Cada servidor en su tarea
57-Para y piensa
58-Tener y mantener
59-En la exaltación del trabajo
60-Tales como somos
61-Con la ayuda de Dios
62-Auxilio y nosotros
63-Ante los incrédulos
64-Médiums de todas partes
65-Máximo y mínimo
66-El espírita
67-Tiempo de hoy
68-Idea Espírita
69-Conjunto
70-Ser espírita
71-Delante de la vida social
72-Exterior y contenido
73-Siembra Espírita
74-Leer y estudiar
75-En el camino de la elevación
76-Uniones de prueba
77-Espiritismo y nosotros
78-Ante el Divino Médico
79-Estudio íntimo
80-Nuestras cruces
81-Campeonatos
82-Auxilio de lo Alto
83-Sector personal
84-Palabras de Jesús
85-Comunidad
86-Pensamiento Espírita
87-Ante la Mediúmnidad
88-En alabanza de la oración
89-Acuérdate ayudando
90-Ora y sigue

Libro de la Esperanza

Amigo lector: este libro, gravitando en torno al “El Evangelio según el Espiritismo”, cuyas consolaciones y racionamientos pretende pálidamente reflexionar, no tiene, otro objetivo, sino que convidarnos al estudio de las siempre nuevas palabras de Cristo.

Muchos hombres doctos hablaron, de ellas, a través del tiempo y algunos de ellos, de cierto con la mejor intención, les alteraron, de algún modo, el sentido, para acomodarlas a los climas sociales y políticos en que viven.

“Los Espíritus del Señor, que son las virtudes del Cielo”, entretanto, volvieron a interpretarlas, en su expresión pura y simple, reafirmando que, hoy como ayer, es posible a cada uno de nosotros escuchar a Jesús, en el fondo del alma, repitiéndonos con seguridad: “aquel que me sigue no anda en tinieblas”.

De las esferas superiores, volvieron, los mensajeros de la Providencia Divina, aseverando que Él vive para siempre, junto a nosotros, sin, desesperar de nuestras flaquezas...

Maestro abnegado, repite, indefinidamente, la misma lección miles de veces: orientador danos trabajo y apúntanos el rumbo correcto en la senda a caminar; amigo, comprendenos las faltas e incorrecciones, sin privarnos de ayuda; compañero camina con nosotros, alentándonos los sueños, multiplicándonos, las alegrías de las horas sin nubes y secándonos las lágrimas, en los días de sufrimiento y desaliento, sin humillarnos la pequeñez.

Peregrinos de la evolución, que todos aun somos – los que luchamos por regenerarnos y perfeccionarnos en la Tierra, en la condición de encarnados y desencarnados -, escuchemos, con Allan Kardec, la explicación clara de los principios evangélicos, que nos certifican que nadie esta desamparado, que todos los hombres son hijos de Dios y que nadie está huérfano de consolación y enseñanza, desde que, se presente en las fuentes vivas de la Buena Nueva, ¡de espíritu renovado y corazón sincero!...

Es por eso, amigo lector, que en nosotros asociando a tus aspiraciones de sublimación, que se nos hermanan en la misma senda de necesidad y confianza, delante del Primer Centenario de “El Evangelio según el Espiritismo”, nosotros te rogamos permiso para nombrar este libro modesto de servidor reconocido, como siendo Libro de la Esperanza.

Emmanuel

Uberaba, 18 de abril de 1964

¡Gracias, Señor!

Hace un siglo, convidaste a Allan Kardec, el apóstol de tus comienzos, a la revisión de las enseñanzas y de las promesas que dirigiste al pueblo, en el Sermón de la Montaña, y nos diste “El Evangelio según el Espiritismo”.

Deseabas que tu verbo, como antes, se convirtiese en pan de alegría para los hijos de la Tierra y nos llamaste a la caridad y a la fe, para que nos purificasen las esperanzas en las fuentes vivas del sentimiento.

¡Mensajes de paz y renovación iluminaron el mundo! ¡Delante de tus verdades que se desentrañaron de la letra, abandonados los reductos de sombra a que nos recogíamos, magnetizados por nuestras propias ilusiones, y te escuchamos, de nuevo, la palabra solar de la vida eterna!

Te agradecemos este libro, en que nos induces a la fraternidad y al trabajo, a la comprensión y a la tolerancia, arrebatándonos del sufrimiento de las tinieblas, por la certeza de tus permanentes consolaciones.

Gracias, Señor, no solamente por nosotros, que debemos a estas páginas las más bellas aspiraciones, en las tareas del Cristianismo Redivivo, sino también por aquellos que las transformarían en brújula salvadora, en los laberintos de la obsesión y de la delincuencia; por los que las abrazan, como anclas de apoyo, en oscuras noches de tentación y desespero; por aquellos que, las consultaron, en los días de aflicción y desaliento aceptándoles las directrices seguras en las veredas de los sufrimientos regenerativos; por los que las transformaron, en bálsamo de bienestar y paciencia, en los momentos de angustia; por los que escucharon, junto a ellas, tu pedido de oración y de amor por el bien de los enemigos, olvidando las provocaciones que les despedazan los corazones; por los que apretaron de encuentro al pecho, para no caer asfixiados por el llanto de la nostalgia y de la desolación delante de la muerte; y por todos aquellos otros que aprendieron con ellas a vivir y confiar servir y desencarnar, bendiciendo tu nombre!

¡Oh! ¡Jesús! ¡En el luminoso centenario de “El Evangelio según el Espiritismo” en vano inténtanos articular, delante de ti, nuestra gratitud jubilosa!...

Permite, pues, agradezcamos en oración tu abnegación tutelar y, encantados ante el Libro Sublime, que te revive la presencia entre nosotros, deja que te podamos repetir, humildes y reverentes: ¡Gracias, Señor!...

Culto Espírita

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Jesús (Mateo, 5:17)

Así como Cristo dijo: “Yo no vine a destruir la ley, sino a darle cumplimiento”, el Espiritismo dice igualmente: “Yo no vine a destruir la ley cristiana, sino a cumplirla”. (Cap. 1, ítem:7) (1)

El Culto Espirita, expresando veneración a los principios evangélicos que él mismo restaura, apela para lo íntimo de cada uno, a fin de manifestarse.

Nadie precisa preguntar la manera de ennoblecerlo con más grandeza, porque reverenciarlo es conferirle fuerza y sustancia en la propia vida.

Madre, aceptarás los encargos y los sacrificios del hogar amando y ayudando a la Humanidad, en el esposo y en los hijos que la Sabiduría Divina te confió.

Dirigente, honrarás a los dirigidos.

Legislador, no harás de la autoridad instrumento de opresión.

Administrador, respetarás la posesión y el dinero, empleando los recursos en el bien de todos, con el debido discernimiento.

Maestro, enseñarás construyendo.

Pensador, no desviarás las convicciones que te ennoblecen.

Científico, descubrirás caminos nuevos, sin degradar la inteligencia.

Médico, vivirás en la dignidad de la profesión sin negociar con los dolores de los semejantes.

Magistrado, sustentarás la justicia.

Abogado, preservarás el derecho.

Escritor, no mojarás la pena en el lodo del viciado, ni en el veneno de la injuria.

Poeta, convertirás la inspiración en fuente de luz.

Orador, cultivarás la verdad.

Artista, exaltarás el talento y la sensibilidad sin corromperlos.

Jefe, serás humano y generoso, sin huir de la imparcialidad y de la razón.

Operario, no robarás el tiempo, envileciendo la tarea.

Labrador, protegerás la tierra.

Comerciante, no incentivarás el hambre o el malestar, a pretexto de lucro.

Cobrador de impuestos, aplicarás los reglamentos con equidad.

Médium, serás sincero y leal a los compromisos que abrazas, evitando pervertir los talentos del plano espiritual en el profesionalismo religioso.

El culto espírita posee un templo vivo en cada conciencia en la esfera de todos aquellos que abrazan sus instrucciones, de conformidad con la enseñanza de Jesús: “El reino de Dios está dentro de vosotros” y toda su teología se resume en la definición del Evangelio: “a cada uno según sus obras”.

En vista de eso, prescindiendo de convenciones pragmáticas, tenemos en él el camino liberador del alma, educándonos raciocinio y sentimiento, para que podamos servir en la construcción de un mundo mejor.

(1) La presente citación y todas las demás colocadas en este libro, después de los textos evangélicos, fueron extraídos de “El Evangelio según el Espiritismo”, de Allan Kardec – Nota del Autor espiritual.

En la presencia del Cristo

“Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. Jesús (Mateo 5:18)

“El Cristo fue el iniciador de la moral más pura y más sublime: la moral evangélica-cristiana que debe renovar el mundo, aproximar a los hombres y hacerlos hermanos; que debe hacer brotar de todos los corazones humanos la caridad y el amor al prójimo, y crear entre todos los hombres una solidaridad común; en fin, de una moral que debe transformar la Tierra y hacer de ella una morada para los Espíritus superiores a los que hoy la habitan. (Cap. I, ítem: 9)

La ciencia de los hombres va liquidando todos los problemas, alusivos al bienestar de la Humanidad.

Observó la esclavitud del hombre por el propio hombre y dignificó el trabajo, a través de leyes compasivas y justas.

Reconoció el martirio social de la mujer que las civilizaciones mantenían en multimilenario régimen de cautiverio y le confirió acceso a las universidades y profesiones.

Enumeró los desastres morales del analfabetismo y creó la gran imprenta.

Vio que la criatura humana caía prematuramente en la muerte, abatido en actividad excesiva por la propia sustentación y le dio la fuerza motriz.

Examinó el aislamiento de los ciegos y les administró instrucción adecuada.

Catalogó a los delincuentes como enfermos, transformó prisiones en penitenciarias escuelas.

Se conmovió, delante de las molestias contagiosas, y fabricó la vacuna.

Se emocionó, ante los heridos y enfermos desesperados, e inventó la anestesia.

Anotó los prejuicios de la soledad y construyó maquinas poderosas que interconectasen los continentes.

Analizó el desentendimiento sistemático que oprimía a las naciones y les ofreció el libro y el telégrafo, la radio y la televisión que las aproxima en la dirección de un mundo solo.

Entretanto, los vencidos de la angustia se aglomeran en la Tierra de hoy como lo hacían en la Tierra de ayer...

Se articulan todas las formas y surgen de todas las direcciones.

Perdieron el empleo, que les garantizaba la estabilidad familiar y se desorientaron abatidos, buscando el pan, fueron desalojados de techo, hipotecada la solución de urgentes necesidades y deambulan sin rumbo.

Se encuentran despojados de esperanza por la deserción de los afectos más queridos y se acercan al suicidio.

Cayeron en peligrosos conflictos de la conciencia y aguardan una leve sonrisa que los reconforte.

Envejecieron sacrificados por las exigencias de hijos queridos, que les renegaron la convivencia en los días de sufrimiento y amargan doloroso abandono.

Enfermaron gravemente y se vieron trasladados del equipo domestico para los azares de la mendicidad.

Se extraviaron en el pasado y renacieron, cargando en el propio cuerpo las señales aflictivas de las culpas que rescatan, pidiendo cooperación.

Se despidieron de los que más amaban en el frio portal del túmulo y cargaron los últimos sueños de la existencia cadaverizados ahora en el ataúd del propio pecho.

Abrazaron tareas de bondad y ternura y son mujeres ajusticiadas de fatiga y de llanto, conduciendo a los hijitos que alimentan a costa de las propias lágrimas.

Gimen, discretos, y surgen en la forma de niños, despreciados, a la manera de flores que el viento rompió, despiadado, en el instante del amanecer. Para ellos, los que cayeron en el sufrimiento moral, las ciencias de los hombres no disponen de recursos. Es por eso por lo que Jesús, al reunirlos en multitud, en la cima del monte, desplegó la bandera de la caridad y, proclamando las bienaventuranzas eternas, nos lo entregó como hijos del corazón...

Compañero de la Tierra, cuando extiendas una palabra consoladora o un abrazo fraterno, una gota de bálsamo o un cucharón de sopa, aliviando a los que lloran, estás delante de ellos, en la presencia del Cristo, con quien aprendemos que el único remedio capaz de curar las angustias de la vida nace del amor, que derrama, sublime, de la ciencia de Dios.

En la construcción del futuro

“Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo...” Jesús (Juan, 18:36)

“Todo cristiano cree, pues, forzosamente, en la vida futura; pero la idea que muchos hacen de ella es vaga, incompleta y por lo mismo falsa en varios puntos; para un gran número, sólo es una creencia sin certeza absoluta; de ahí se siguen las dudas y la misma incredulidad. El Espiritismo vino a completar en este punto como en muchos otros, la enseñanza de Cristo, cuando los hombres estaban maduros para comprender la verdad.” (Cap. II, Ítem 3)

Esperabas por los hermanos del camino a fin de entregarte a la construcción de la Tierra mejor y quedaste, muchas veces, en amargo desaliento porque tardaron en venir.

Observa, pues, la senda larga de la evolución, para que el entendimiento te pacifique.

Millares de ellos son corazones de pensamiento inexperto que te ruegan apoyo y otros muchos siguen caminando hacia adelante, inhibidos por nieblas interiores que desconocen.

Repara a los que se rindieron a las lágrimas excesivas.

Lloraron tanto que turbaron los ojos, no divisando más a los compañeros infinitamente más desdichados, para suplicarles ayuda en los desesperos de la aflicción.

Contempla a los que pasan vanidosos sin saber utilizar, constructivamente, los favores de la fortuna. Se habituaron tanto a las engañosas ventajas de la moneda abundante que perdieron el sentido íntimo.

Enumera a los que se embriagan de poder transitorio.

Abusaron tanto de la autoridad que cayeron en la exaltación de la paranoia sin darse cuenta de eso.

Relaciona a los que aseguran amar, transformando la afectividad en el egoísmo envolvente.

Se apasionaron tanto por criaturas y cosas, cultivando exigencias que deliran positivamente sin percibirlo.

Anota a los que avanzan, hipnotizados por las dignidades que recibieron del mundo.

Se fascinaron tanto por las honras exteriores que olvidaron a los semejantes a quien les compete el deber de servir.

Ninguno de ellos se atrasó por maldad. Fueron víctimas de la ilusión que frecuentemente, se agiganta como una inmensa niebla densa alrededor de la vida, pero regresarán después a la verdad triunfante para atender las tareas que realizas.

Para todos ellos que aún no consiguieron llegar a la gran renovación, es comprensible el aplazamiento del trabajo a realizar. Entretanto, nada nos justificaría el desánimo o el abandono en la Obra del Cristo, porque, aunque estemos considerablemente distantes de la sublimación necesaria, transportamos con nosotros el raciocinio lucido y liberador en el sustento de la fe.

Ante el Mundo

“No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí.” Jesús. (Juan, 14:1)

“La casa del Padre es el Universo; las diferentes moradas son los mundos que circulan en el espacio infinito y ofrecen a los Espíritus encarnados, moradas apropiadas a su adelantamiento.” (Cap. III, ítem 2)

Clamas que no encuentres la felicidad en el mundo, cuando el mundo – bendita universidad del espíritu -, dilapidado por innumerables generaciones, te incluye entre aquellos de quien espera cooperar para construir la propia felicidad.

Cuando alcanzaste el diminuto puerto de la cuna, con la fatiga del ave que cae inerme, después de haber planeado largo tiempo sobre mares enormes, aunque llorases, argamasabas con tus gemidos, la alegría y la esperanza de los padres que te acogían, entusiasmados y jubilosos, para ser en casa el apoyo de seguridad.

Alcanzaste el verde refugio de la pequeñez, aunque mostrases la inconsciencia dulce de la infancia, fuiste para los maestros que te acariciaron en la escuela, la promesa viva de luz y realización que les indicaba el porvenir.

Llegaste al rosáceo distrito de la juventud y a pesar de la inexperiencia en que se te desfloraron todos los sueños, los dirigentes de servicio, en la profesión que abrazaste, contaban contigo para dignificar el trabajo y clarear los caminos.

Constituiste el hogar propio y, no obstante, tanteaste los dominios de la responsabilidad, en medio de flores y aspiraciones, espíritus, dedicados y amigos te aguardaban generoso concurso para corporificarse en la condición de tus hijos a través de la reencarnación.

Penetraste los círculos de la fe renovadora que te honra los anhelos de la perfección espiritual, y si bien que manifestases inmediata necesidad de esclarecimientos y socorro, compañeros de ideal te saludaron la presencia, en la certeza de tu apoyo al levantamiento de las iniciativas más nobles.

Casa que habitas, campo que labras, plano que construyes y obras que edificas, te solicitan paz y trabajo.

Amigos que te escuchan te ruegan buen ánimo.

Enfermos que te buscan suspiran por mejoras.

Criaturas que te rodean te piden amparo y comprensión para que les acrescenes el valor.

Cosas que te rodean te piden protección y entendimiento para que se les perfeccionen el don de servir.

Todo es ansiosa expectativa, alrededor de tus pasos.

No maldigas la Tierra que te bendice.

Afirmas que esperas, en vano, por la ayuda del mundo...Sin embargo es el mundo que espera con confianza por ti.

En el Reino en construcción

“En la Casa de mi Padre muchas moradas hay; de otra manera os lo hubiera dicho; porque voy a aparejaros el lugar. Jesús (Juan, 14:2)

“Sin embargo, todos los Espíritus encarnados en la Tierra no han sido enviados en expiación.” (Cap. III, Ítem 14)

Escuchaste el pesimismo que se esmera en buscar las deficiencias de la Humanidad, como quien se demora deliberadamente en las aristas agresivas del mármol perfecto inacabado y acostumbra a decir que la Tierra está perdida.

Observa, pues, las multitudes que se esfuerzan silenciosamente por la santificación del porvenir.

Examinaste las hojas de la prensa, leyendo la historia del autor de un homicidio lamentable y bajo la extrema rebeldía, trajiste al laberinto de las opiniones contradictorias tu propia versión del acontecimiento, aseverando que estamos todos en el teatro del crimen.

Recuerda, con todo, los millones de padres y madres, tocados de abnegación y heroísmo, que abrazan todos los sacrificios en el hogar para que la delincuencia desaparezca.

Conocéis jóvenes que se desviaron en la liviandad, desvariándose en golpes de salvajería y locura y, examinando ásperamente determinados sucesos que deben estar catalogados en la patología de la mente, admites que la juventud moderna se encuentra en adelantado proceso de desagregación del carácter.

Relaciona, sin embargo, los millones de chicos y chicas, inclinados sobre libros y máquinas, a través de la labor y del estudio, en muchas circunstancias sacrificando el propio cuerpo a la fatiga precoz, para integrarse dignamente en la legión del progreso.

Sabes que hay compañeros habituados a los placeres nocturnos y, al verlos comprando el propio desgaste a clavo de oro, crees que toda la comunidad humana yace entregado a la demencia y al derroche.

Reflexiona, entretanto, en los millones de cerebros y brazos que atraviesan la noche, en el recinto de las fábricas y junto a los linotipos, en hospitales y oficinas, en las actividades de la limpieza y de la vigilancia, de manera que la producción y la cultura, la salud y la tranquilidad del pueblo estén aseguradas.

Marcaste al hombre afortunado que fortaleció manos y bolsillos, en la avaricia, y esposas en la convicción de que todas las personas acomodadas son modelos completos; de avaricia y crueldad.

Considera, no obstante, a los millones de obreros del servicio y de la beneficencia, que diariamente colocan el dinero en circulación, a fin de que los hombres conozcan la honra de trabajar y la alegría de vivir.

No condenes la Tierra por el desequilibrio de algunos.

Medita, en todos los que se encuentran sudando y sufriendo, luchando y amando, en el levantamiento de un futuro mejor, y reconocerás que el Divino Constructor del Reino de Dios en el mundo está esperando también por ti.

Evolución y perfeccionamiento

“Respondió Jesús y le dijo: en verdad, en verdad te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Jesús (Juan, 3:3)

“La reencarnación es el retorno del alma o Espíritu, a la vida corporal, pero en otro cuerpo nuevamente formado para ella, y que nada tiene de común con el antiguo.” (Cap. IV Ítem 4)

Decididamente, en nombre de la Eterna Sabiduría, el hombre es el señor de la evolución en la Tierra.

Todos los elementos se sujetan a su discreción.

Todos los reinos del planeta le rinden vasallaje.

Montañas ciclópeas sufren la carga de explosivos, transformándose en materia prima destinada a la edificación de ciudades prestigiosas.

Minerales por él arrancados de las entrañas del planeta, soportan los hornos incandescentes, a fin de garantizarles utilidad y bienestar.

Ríos y fuentes obedecen a sus determinaciones, transfiriéndose de lugar, con vistas a la fertilización de la gleba sedienta.

Bosques le atienden a la tala, favoreciendo el progreso.

Animales, aun incluso aquellos más grandes y voluminosos, obedecen las ordenes, quedándose integralmente domesticados.

La electricidad y el magnetismo le plasma los deseos.

Y el propio átomo, síntesis de fuerza cósmica, le descubre los secretos aceptándose las riendas. Pero no es solo en el dominio de los recursos materiales que el hombre gobierna, soberano. Él investiga las reacciones populares y comanda la política; investiga los fenómenos de la naturaleza y levanta la ciencia; estudia las manifestaciones del pensamiento y crea la instrucción; especializa el trabajo y hace la industria; relaciona las imposiciones del comercio y controla la economía.

Claramente, nosotros, los espíritus en perfeccionamiento, en el perfeccionamiento terrestre, conseguimos alterar o maniobrar las energías y los seres inferiores del planeta a que transitoriamente, nos ajustamos, y del cual nos es posible catalogar los inconvenientes de la luz infinita, estuante en el Universo.

Frente a esto, no obstante, sustentados por el Apoyo Divino, en las luchas educativas que nos son necesarias, el perfeccionamiento moral corre por nuestra cuenta.

El profesor enseña, pero el alumno debe realizarse.

Los espíritus superiores nos amparan, y esclarecen, sin embargo, es disposición de la Ley que cada conciencia responda por el propio destino.

Meditemos en eso, valorizando las oportunidades en nuestras manos.

Por muy alta que sea la cuota de trabajo correctivo que traigas de los compromisos asumidos en otras reencarnaciones, posees determinado tiempo de sobra – del tiempo que es patrimonio igual para todos -, y con el tiempo que dispones, basta usar sabiamente la voluntad, que tantas veces manejamos para agravar nuestros dolores, a fin de que te consagres al trabajo del bien y al estudio iluminativo, cuando quieras, como quieras, donde quieras y cuanto quieras, mejorándote siempre.

Ante el libre albedrio

“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer otra vez.” Jesús (Juan, 3:7)

“No es, pues, dudoso que, bajo el nombre de resurrección, el principio de la reencarnación era una de las creencias fundamentales de los judíos, siendo confirmada por Jesús y los profetas de una manera formal; de donde se sigue que negar la reencarnación, es negar las palabras de Cristo.” (Cap. IV, Ítem 16)

Surgen, aquí y allí, aquellos que niegan el libre albedrio, alegando que la persona en el mundo es tan independiente como el pájaro en la trampa. Y, justificando la asertiva, mencionan la unión obligatoria del espíritu al vehículo carnal, los constreñimientos de la parentela, las convenciones sociales, las preocupaciones incesantes en la preservación de la energía corpórea, las imposiciones del trabajo y la obediencia natural a las determinaciones constituidas para la garantía del orden terrestre, olvidándose de que no hay escuela sin disciplina.

Ciertamente, todos los patrimonios de la civilización fueron erigidos por las personas que usaron la propia libertad en la exaltación del bien, sin embargo, para fijar las realidades del libre albedrio examinemos el reverso del cuadro.

Reflexionemos, aunque superficialmente, en nuestros hermanos menos felices, para recoger sus dolorosas lecciones.

Pensemos en el desencanto de aquellos que amontonaron monedas, por largo tiempo, acumulando el sudor de los semejantes, elogiando la propia avaricia, y sienten la aproximación de la muerte, sin migajas de luz que les mitigue las aflicciones en las tinieblas...

Imaginemos el suplicio de los que cambiaron venerables encargos por fantasiosos engaños, y despertaron en el crepúsculo de la existencia, como si fuesen arrebatados, sin percibir la aridez asfixiante de un escabroso desierto.

Ponderemos la tortura de los que abusaron de la inteligencia, reconociendo, al margen de la sepultura, los deprimentes resultados del desprecio con que pisotearon, la dignidad humana...

Consideremos el martirio de los que desvirtuaron la fe religiosa, anulándose en el asilamiento improductivo, al reparar, en el término de la estancia terrestre, que solamente disputaron la esterilidad del corazón.

Meditemos en el remordimiento de los que se rindieron a la delincuencia, hipnotizados por la falsa adoración a sí mismos, despertando abatidos y segregados en el fondo de las penitenciarías de sufrimiento.

Nadie puede negar que todos ellos, imantados al cautiverio de la angustia, eran libres...

A pesar de las dificultades del aprendizaje en la experiencia física eran libres para construir y educar, entender y servir.

He aquí porqué la Doctrina Espirita ilumina, en la actualidad, delante de la mente humana, ayudándonos a descubrir los Estatutos Divinos, funcionando en nosotros mismos, en el foro de la conciencia, a fin de aprender que la libertad de hacer lo que se quiera está condicionada a la libertad de hacer lo que se debe.

Estudemos los principios de la reencarnación, en la ley de causa y efecto, a la luz de la justicia y de la misericordia de Dios y veremos que, incluso encarcelados ahora en difíciles obligaciones, somos íntimamente libres para aceptar con respeto y humildad las determinaciones de la vida, edificando el espíritu de trabajo y comprensión en aquellos que nos observan y nos rodean, marchando, gradualmente, para nuestra emancipación integral, desde hoy.

Instituto de tratamiento

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es.” Jesús (Juan, 3:6)

“Los lazos de familia no son destruidos por la reencarnación, como piensan ciertas personas; al contrario, se fortifican y se estrechan; el principio opuesto es el que los destruye.” (Cap. IV, Ítem 18)

Alcanzando el Plano Espiritual, después de la muerte, sentimientos indefinibles nos dominan el corazón.

En los recesos del espíritu, revientan resentimientos y júbilos, poemas de felicidad y gritos de aflicción, canticos de elogios punteados de odio y gritos de esperanza que se callan, de súbito, en el hielo del sufrimiento.

Reímos y lloramos, libres y presos, triunfantes y derrotados, felices y desdichados...

Bendiciones de alegría, que nos iluminan pequeñas victorias alcanzadas, desaparecen, de pronto, en el fondo tenebroso de las caídas que nos marcaron la vida.

Suspiramos por la ascensión sublime, sedientos de comunión con las entidades heroicas que nos inducen a los galardones brillantes de las cimas, sin embargo, traemos el desencanto de las aves cautivas y mutiladas. Al contrario de alas, cargamos cadenas, en la penosa condición de almas enfermas...

En la concha de la nostalgia, escuchamos las melodías que irrumpen de las vanguardias de la luz, entretejidas en la gloria de los bienaventurados, sin embargo, austeras amonestaciones nos llegan de la Tierra por el sin hilos de la conciencia...

En las franjas del mundo somos llamados por las obligaciones no cumplidas. Errores y deserciones claman dentro de nosotros, pidiendo reparaciones justas...

Lejos de las esferas superiores que aún no merecemos y distanciados de las regiones positivamente inferiores en que nuestras modestas adquisiciones evolutivas encontraron inicio, concédenos, entonces, la Providencia Divina, el refugio del hogar, entre las sombras de la Tierra y las rutilancias del Cielo, por instituto de tratamiento, en que se nos realice la necesaria restauración.

Es así como, reencarnados en una nueva armadura física, reencontramos perseguidores y adversarios, acreedores y cómplices del pasado, en la forma de parientes y compañeros para el rescate de viejas cuentas. En ese crisol hirviente de responsabilidades e inquietudes, afectos renovados nos llaman al consuelo, mientras que aversiones resucitadas nos piden olvidar....

En vista de eso, en el mundo, por más atormentado que nos sea el nido familiar, abracemos en él la escuela bendita del reajuste donde temporalmente ejercemos el oficio de la redención.

Aunque crucificados en suplicios anónimos atados a postes de sacrificio o semiasfixiado en el llanto desconocido de las grandes humillaciones, sepamos sustentar la estructura moral, entendiendo y sirviendo, incluso a costa de lágrimas, porque es en el hogar, esté él suspenso en la cresta de rascacielos, o en la choza tosca de zinc, que las leyes de la vida nos ofrecen las herramientas de amor y de dolor para la construcción y reconstrucción del propio destino entregándonos, de cuna en cuna, al cariño de Dios que vierte inexplicable por el regazo de las madres.

El remedio justo

Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consolación. Jesús (Mateo, 5:4)

“Con estas palabras: Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados, Jesús indica al mismo tiempo la compensación que espera a los que sufren y la resignación que hace bendecir el sufrimiento como preludio de la curación.” (Cap. V, Ítem 12)

Preguntas, muchas veces, por la presencia de los espíritus guardianes, cuando todo indica, que fuerzas contrarias a tus nociones de seguridad y bienestar, comparecen, terribles, en los caminos terrestres.

Desastres, sufrimientos, enfermedad y flagelos inesperados te arrancaron preguntas aflictivas.

¿Dónde están los amigos desencarnados que protegen a las personas?

¿Cómo no pudieron prevenir ciertos trances que te parecen calamidades desoladoras?

Si aspiras, no obstante, a conocer la actitud moral de los espíritus benefactores, delante de los padecimientos de ese matiz, consulta a los corazones que aman verdaderamente en la Tierra.

Ausulta el sentimiento de las madres dedicadas que bendicen con lágrimas las gradas del manicomio, para los hijos que enloquecieron en el vicio, de modo que no se trasladen de la locura a la criminalidad confesa.

Oye los gemidos de amargura suprema de los padres amorosos que entregan a los retoños, de la propia sangre en el hospital, para que les sea amputado ese o aquel miembro del cuerpo, a fin de que la molestia corrupta, que se hicieron justos por los errores del pasado, no les abrevie la existencia.

Escucha a las esposas abnegadas, cuando obligadas a concordar llorando con los suplicios de la cárcel para los compañeros queridos, evitándoles la caída, en fosas más profundas de delincuencia.

Indaga el pensamiento de los hijos afectuosos, al cargar, aplastados de dolor, a los padres endeudados en dolencias infectocontagiosas en la dirección de las casas de aislamiento, a fin de que no se conviertan en peligro para la comunidad.

Todos ellos intercambian las frases de cariño y los dedos terciopelados por las palabras y por las manos de guardas y enfermeros, algunas veces sin piedad y fríos, aunque continúen mentalmente unidos a los seres que más aman, orando y trabajando para que les retornen al seno.

Cuando veas alguien sometido a las más duras trabas, no supongas que ese alguien permanece en el olvido por parte de los benefactores espirituales que siguen su marcha.

El amor brilla y planea sobre todas las dificultades, de igual manera que el sol que planea y brilla sobre todas las nubes.

Al revés de la rebeldía y el desaliento, ofrece paz y esperanza al compañero que llora, para que, al frente de todo mal, todo el bien prevalezca. Eso porque donde existen almas sinceras, a la búsqueda del bien, el sufrimiento es siempre el remedio justo de la vida para que, junto a ellas, no suceda lo peor.

Ante el cuerpo

*“Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se perdiere su sabor ¿con qué será salada?”
Jesús (Mateo 5:13)*

“Torturar y martirizar voluntariamente vuestro cuerpo, es contravenir la ley de Dios, que os da los medios de sostenerle y fortificarle; debilitarle sin necesidad, es un verdadero suicidio. Usad, pero no abuséis: tal es la ley.” (Cap. 5, Ítem 26)

Frecuentemente atribuí al cuerpo las actitudes menos felices que te inducen a la caída moral y, a veces, te esfuerzas en debilitarlo o flagelarlo con el pretexto de evitar tentaciones. Eso, pues, sería lo mismo que golpear al automóvil porque el conductor demente se dispuso a utilizarlo en un crimen, culpando a la maquina por los desvíos del conductor.

Muchos relacionan las enfermedades que perturban al cuerpo, casi todas por desidia del propio hombre, olvidando, con todo, que todos los patrimonios visibles de la Humanidad en la Tierra fueron levantados a través de él.

Sócrates nos dejó enseñanzas filosóficas de absoluta originalidad, pero no conseguiría decirlo sin la ayuda de la boca.

Miguel Ángel (Michelangelo) plasmó obras primas, inmortalizando el propio nombre, entretanto, no lograría concretizarlas sin el uso de los brazos.

Desde Colon, arriesgándose al gran océano para descubrir tierras nuevas, a los astronautas de los tiempos modernos, que se lanzan arrojadamente en el espacio cósmico, es con los implementos físicos que se dirigen los ingenios de conducción.

De la prensa de Gutenberg a las rotativas de hoy, nadie compone una página sin que las manos funcionen activas.

Del alfiler al transatlántico y del alfabeto a la universidad, en el planeta terrestre, todo, efectivamente, es llevado a efecto por el propio espíritu, pero por intermedio del cuerpo. Y, sin duda que pensamientos y planos sublimes, aun hoy, fulguran en torno de los hombres con respeto a la grandeza de las civilizaciones del porvenir, con todo, esas ideas gloriosas están para la realidad humana, así como la sinfonía en la pauta está para la música en el instrumento.

Del punto de vista físico, es necesario que la inteligencia les de el curso necesario y la debida interpretación.

Eres un espíritu eterno, en servicio temporal en el mundo. El cuerpo es tu refugio y tu bastón, tu recipiente y tu traje, tu pena y te buril, tu harpa y tu azada. Bendice, pues, tu

cuerpo y ayúdale en sus energías para que él te bendiga y te ampare, en el desempeño de tu propia misión.

En alabanza de la alegría

“Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.” (Lucas, 6,21)

“Recordaos que tenéis que cumplir durante vuestra prueba en la Tierra una misión, de la que ni siquiera sospecháis, ya consagrándoos a vuestra familia, ya cumpliendo diversos deberes que Dios os confió.” (Cap. V, Ítem 25)

En los días en que la experiencia terrestre se haga amarga y difícil, no conviertas la depresión en veneno.

Cuando la aflicción te ronda el camino, dices traer el espíritu cargado de sombra como quien se encuentra ausente del hogar, anhelando, regreso, entretanto, eso no es motivo para que te precipites en el desánimo arrasador.

Acusaste en tinieblas y, puedes mentalizar con la propia cabeza luminosos pensamientos de optimismo y fraternidad, o retratar en las pupilas el fulgor del sol y la belleza de las flores.

Te entregaste a la mudez, proclamando no soportar los conflictos que te rodean y nada te impide abrir la boca, a fin de pronunciar la frase de consuelo y apaciguamiento.

Aseveras que el mundo es un inmenso valle de lágrimas, cruzando los brazos para llorar los infortunios de la Tierra y posees dos manos por antenas de amor capaces de improvisar canciones de felicidad y esperanza en el trabajo personal a favor de los que sufren.

Acabaste en un aposento solitario para la cultura de la irritación alegando que los mejores amigos no te entienden y pierdes horas enteras de llanto inútil y, dominas dos pies, a la manera de palancas preciosas preparadas para transportarte en la dirección de los que atraviesen sufrimientos mucho más dolorosos que los tuyos, junto a los cuales un minuto de tu conversación o leve migaja de lo que te sobra, lograrías la comprensión y la simpatía de una enorme familia espiritual.

En verdad, existe la melancolía edificante, expresando una nostalgia de la Vida Superior, con todo, aquellos que la sienten en el centro del propio ser, se consagran con redoblado fervor al servicio del bien, preparando en el propio corazón el trocito de cielo, susceptible de identificarlos en el plano celestial que esperan, ansiosos, suspirando por el reencuentro con los entes que más aman. Aun así, es necesario apartar de nosotros el hábito de la tristeza destructiva, como quien guerrea el culto del estupefaciente.

Espíritus vinculados a las directrices del Cristo, no podemos olvidar que el Evangelio, considerado en todos los tiempos como siendo un libro de dolor, por describir obstáculos y persecuciones, dificultades y martirios sin cuenta, comienza exaltando la grandeza de Dios y buena voluntad entre los hombres, a través de canticos jubilosos y termina con la sublime visión de la Humanidad futura, en Jerusalén asentándose, gloriosa, en la alegría sin fin.

Nosotros y el Mundo

“Dad, y se os dará” Jesús (Lucas, 6:38)

“Mas vosotros, que os retiráis del mundo para evitar sus seducciones y vivir en el alejamiento, ¿cuál es vuestra utilidad en la Tierra? ¿En dónde está vuestro valor en las pruebas, puesto que huis de la lucha y desertáis del combate? (Cap. V Ítem 26)

Muchos religiosos afirman que el mundo es un pozo de tentaciones y culpas, buscando el desierto para cubrir la pureza, entretanto, incluso ahí, en el silencioso retiro en que se entregan a peligroso ocio del alma, por más humildes que se hagan, comen, los frutos y visten la estameña que el mundo les ofrece.

Muchos escritores alegan que el mundo es un vasto arsenal de incomprensión y discordia, vicio y delincuencia. Como quien se ve delante de un serpentario, con todo, es en el mundo que recogen el precioso material con que graban las propias ideas y encuentran los lectores que les compran los libros.

Muchos predicadores claman que el mundo es un valle de malicia y perversidad, como si las criaturas humanas viviesen sumergidas en una piscina de lodo, sin embargo, es en el mundo que adquieren los conocimientos con que ornan el propio verbo y encuentran a los oyentes que les registran respetuosamente la palabra.

Muchas personas dicen que el mundo es un antro de perdición en que las tinieblas del mal dominan la vida, no obstante, es en el mundo que recibieron el regazo materno para coger el arado de la experiencia y, en el mundo, que se nutren confortablemente a fin de pedir más altos planos evolutivos.

El mundo, pues, obra prima de la Creación, indiferentes a las acusaciones gratuitas que le son lanzadas, prosigue floreciendo y renovando, guiando el progreso y sustentando las experiencias de la Humanidad.

Huir de trabajar y sufrir en el mundo, a título de resguardar la virtud, es abrazar el egoísmo enmascarado de santidad.

El alumno diplomado en curso superior no puede criticar la inexperiencia de las mentes infantiles, reunidas en las líneas primarias de la escuela.

Los buenos son realmente buenos si amparan a los menos buenos.

Los sabios hacen justicia a la verdadera sabiduría si buscan disipar la niebla de la ignorancia.

El Espirita, en la esencia, es el cristiano llamado a entender y ayudar.

Donemos, pues, al mundo, aunque sea lo mínimo de lo máximo que recibimos de él, comprendiendo y sirviendo a los otros, sin atribuir al mundo los errores y desajustes que están en nosotros.

En la hora de la tristeza

“Vosotros sois la luz del mundo” Jesús (Mateo, 5:14)

*“No digáis, pues, cuando veáis herido a uno de vuestros hermanos: es la justicia de Dios y es preciso que siga su curso; sino decid, al contrario: Veamos qué medios nuestro Padre misericordioso ha puesto a mi alcance para mitigar los sufrimientos de mi hermano.”
(Cap. V, Ítem 27)*

Entraste en la hora del desaliento, como si te aproximases a una pesadilla.

Indefinible suplicio moral te impele al abatimiento, antiguos resentimientos resurgen.

Sentiste a la manera del viajante, para cuya sed, se acabaron las últimas fuentes del camino.

Experimentas el corazón en el pecho, como pájaro fatigado, al sacudir, en vano, las rejas de la cárcel.

Aun así, no permitas que la ansiedad te lance a la tristeza inútil.

Si la incompreensión ajena te irritó el pensamiento, recuerda a los compañeros enfermos o mutilados, cuando no conocen la propia situación, como sería de desear y prosigue sirviendo, esperando al tiempo que les dará reajuste.

Si amigos te abandonaron en arduas tareas, a la caza de consideraciones que les adulen la personalidad, medita en los niños animados, empeñados a juegos y distracciones en los momentos de estudio, y prosigue sirviendo, esperando al tiempo, que a todos renovará en la escuela de la experiencia.

Si dejaste entes queridos ante la ceniza del túmulo, convéncete de que todos ellos continúan vivos, en el plano espiritual, dependiendo, casi siempre, de tu conformidad para que se rehagan, y prosigue sirviendo, esperando el tiempo, que te proporcionará, más allá, el intraducible consuelo del reencuentro.

Si el fardo de las propias aflicciones te parece excesivamente pesado, reflexiona en los hermanos desfallecientes de la retaguardia, para quienes una simple frase reconfortante de tu boca es comparable a la antorcha estelar, en las tinieblas en que peregrinan, y prosigue sirviendo, esperando el tiempo, que, en el instante oportuno, a cada problema descubrirá su solución.

Recuerda que puedes ser, aun hoy, el raciocinio para los que enloquecieron en la falta de vigilancia, el apoyo de los que tropiezan en la sombra, el socorro de los peregrinos del camino que la penuria recoge en las pedreras del sufrimiento, el amparo de los que lloran en desespero y la voz que se levante para la defensa de los carentes de justicia y desvalidos.

No te detengas para relacionar pesares.

Sigue adelante y si las lágrimas te encharcan a punto de sentir la noche dentro de los ojos, entrega las propias manos en las manos de Jesús y prosigue sirviendo, con la certeza de que la vida hace resurgir el pan de la tierra labrada y de que el sol de Dios, mañana, nos traerá un nuevo día.

Cristianos sin Cristo

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar. Jesús (Mateo, 11:28)

“Así, el Espiritismo realiza lo que Jesús dijo del consolador prometido: conocimiento de las cosas, que hace saber al hombre de dónde viene y para dónde va y por qué está en la Tierra; llamamiento a los verdaderos principios de la ley de Dios y consuelo por la fe y la esperanza.” (Cap. VI, Ítem 4)

Reverencia al Divino Maestro, con todas las fuerzas del alma, entretanto, no menosprecies honrarlo en la persona de los semejantes.

Guárdale las memorias entre flores de cariño, pero extiende los brazos a los que claman por él, entre los espinos de la aflicción.

Escúlpele las reminiscencias en las obras primas del estatuario, sin ninguna intención de idolatría, satisfaciendo a los ideales de perfección que la belleza te arranca de los sueños de arte, no obstante, socorre, pensando en él, a los que pasan delante de ti, retallados por el cincel oculto del sufrimiento.

Imagina su semblante aureolado de amor, al fijarlo en cuadros en que se te corporifiquen los anhelos de luz, pero suaviza el infortunio de los que esperan por él, en los cuadros vivos de la angustia humana.

Proclámale la gloria invencible en el verbo elocuente, pero deja que la sinceridad y la ternura te brillen en la boca, serenando, en su nombre, los corazones atormentados que dudan y se perturban entre las sombras de la Tierra.

Grávale las enseñanzas inolvidables, moviendo la pena que te configura las luminosas inspiraciones, no obstante, señala sus directrices con la energía renovadora de tus propios ejemplos.

Dedícale los canticos de fidelidad y alabanza que te nacen de la gratitud, pero escucha las llamadas de los que yacen parados en las tinieblas, suplicándole libertad y esperanza.

Busca su presencia, en el culto de la oración, rogándole apoyo y consolación, no obstante, ofrécele manos eficaces en la ayuda a los que atraviesan el oscuro laberinto de la agonía moral, para los cuales esa o aquella futilidad de tus facilidades constituye nuevo estímulo a la paciencia.

A través de numerosas reencarnaciones, hemos sido cristianos sin Cristo.

Conquistadores, no nos molestaba implorarle ayuda en los excesos del robo.

Terratenientes crueles, no nos avergonzábamos de solicitarle mayor número de esclavos que nos atendiesen al despotismo, en clamorosos sistemas de servidumbre.

Piratas, doblábamos insensatamente las rodillas para agradecerle la presa fácil.

Guerreros, pedíamos de él, en absoluta demencia, nos inspirase el mejor modo de oprimir.

Ahora que la Doctrina Espirita nos lo revela, por mentor claro y directo del alma, enseñándonos la responsabilidad de vivir, es necesario sepamos dignificarlo en la propia conciencia, encima de demostraciones exteriores, procurando reflejarlo en nosotros mismos. Entretanto, para que eso ocurra, es preciso, antes de todo, matricular el raciocinio en la escuela de la caridad, que será siempre la maestra sublime del corazón.

¡Espíritas, instruíos!

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, aquel os enseñará todas las cosas, y os recordará todas las cosas que os he dicho.” Jesús (Juan, 14:26)

¡Espíritas! Amaos: he aquí la primera enseñanza; instruíos, he aquí la segunda.” (Cap. VI, Ítem 5)

Prevenir y recuperar son actitudes que se amplían entre los hombres, a medida que se acentúa el progreso de la Humanidad.

Aparecen nociones de civilización y responsabilidad y se levantan ideas de perfección de defensa.

Como podamos, no limitemos el amparo superficialmente.

Imprescindible tratar las aguas de la fuente, no obstante, nos cansaremos de balde, si no resguardamos la limpieza en el nacimiento.

Educación y reeducación constituyen la síntesis de toda obra consagrada al perfeccionamiento del mundo.

Se gastan presupuestos fabulosos en armamentos bélicos y raro es que surja alguien con bastante abnegación como para dar algún dinero en la asistencia gratuita a los semejantes, para que se les pacifique el raciocinio agitado.

Nos espantamos, delante del desajuste juvenil, al extenderse en tragedias de todos los tipos, y poco realizamos, a fin de que el niño encuentre en el hogar el necesario desarrollo con seguridad de espíritu.

Monumentalizamos instituciones destinadas a la cura de los desequilibrados mentales y casi nada hacemos por apartar de nosotros incluso los vicios del pensamiento, con que nos presentamos al control de la obsesión.

Clamamos contra el descontrol de muchos, afirmando que la Tierra está en vías de desintegración por la ausencia de valores morales y, en la mayoría de las circunstancias, somos de los primeros en exigir un lugar en el carruaje del exceso, reclamando derechos y privilegios, con absoluto olvido de los fáciles deberes que la vida nos establece.

Combatamos, si, el cáncer y la poliomielitis, la ulcera y la verminosa, pero busquemos igualmente extinguir el aborto y la toxicomanía, la pereza y los excesos que, muchas veces, preparan la delincuencia y la enfermedad por crisis agudas de ignorancia.

Para eso y para que nos dispongamos a la conquista de la vida victoriosa es que el Espíritu de Verdad, en los comienzos de la Codificación Kardequiana, nos advirtió claramente: “Espíritas, Instruíos”.

Nadie es inútil

“...y el que se humilla, será ensalzado.” Jesús (Lucas, 14:11)

“Será mayor en el reino de los cielos, quien se humillara y se hiciera pequeño como un niño; es decir, que no tuviera ninguna pretensión de superioridad o de infalibilidad.” (cap. 7, Ítem 6)

No aguardes aparente grandeza para ser útil. Misión quiere decir responsabilidad. Y nadie existe a los vientos de la casualidad.

Buscando entender los mandamientos del trabajo que nos competen, estudiemos, un poco, algunas lecciones de cosas de la naturaleza.

Una central eléctrica ilumina cualquier lugar, a larga distancia, con todo, para eso, no funciona por sí sola. Usa transformadores de un circuito a otro, alterando en general la tensión, y la intensidad de la corriente.

Los transformadores necesitan hilos de conducción. Los hilos recorren la toma de fuerza. Eso pues, aun no lo resuelve. Para que la luz se haga, es indispensable la presencia de la lámpara, que se forma de componentes diversos.

El rio, de muy lejos, ofrece agua limpia para la actividad casera, pero no se proyecta desordenado, a servicio de las criaturas. Cede los propios recursos a la red de canalización. La red pide tubos de formación variada. Los tubos exigen el grifo de control. Eso, pues, aun no es todo. Para que el líquido se muestre purificado, requiere la ayuda del filtro.

El avión transporta al hombre, de un lado para el otro de la Tierra, pero no es un gigante autosuficiente. A fin de elevarse precisa combustible. El combustible solicita motores que lo aprovechen. Los motores reclaman los elementos de que se constituyen. Eso, pues, aun no llega. Para que la maquina voladora satisfaga a los propios fines, es indispensable que se le construya adecuando campo de aterrizaje.

En el diccionario de las leyes divinas, nuestras tareas tienen el sinónimo del deber. Attendamos a la obligación para lo que fuimos llamados en el clima del bien.

No te digas inútil, ni te aseveres incompetente.

Para cumplir la misión que nos cabe, no son necesarios un cargo directivo, una tribuna brillante, un nombre ilustre o una fortuna de millones. Basta estimemos la disciplina en el lugar que nos es propio, con el placer de servir.

Súper cultura

“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido esto de los sabios y de los entendidos, y lo hayas revelado a los niños.” Jesús (Mateo, 11: 25)

“Hombres, ¿por qué os quejáis de las calamidades que vosotros mismos habéis amontonado sobre vuestras cabezas? Menospreciasteis la santa y divina moral de Cristo; no os maravilléis, pues, que la copa de la iniquidad se haya desbordado por todas partes.” (Cap. VII, Ítem 12)

Alfabetizar e instruir siempre.

Sin escuela, la Humanidad se incomodaría en la selva, no obstante, es imperioso recordar que las mayores calamidades de la guerra proceden de los laureles de la inteligencia sin educación espiritual.

La intelectualidad correcta entreteje laureles a la civilización, pero por sí solo, no consigue, hasta hoy, frenar el poder de las tinieblas.

La súper-cultura, monumentalizó ciudades imponentes y estableció los ingenios que las arrasan.

Levantó embarcaciones que se alzan como siendo palacios flotantes y creó el torpedo que las lleva a pique.

Estructuró alas metálicas poderosas que, en tiempo breve, transportan al hombre, a través de todos los continentes y colocó el bombardero que destruye su casa.

Articuló maquinas que ofrecen bienestar en el reducto doméstico y no impide la obsesión que, comúnmente, transcurre del ocio demasiado.

Organizó hospitales eficientes y, de cuando en cuando, las abarrota, las mínimas dependencias con los mutilados y heridos, alienados por ella misma, en las luchas de exterminio.

Alzó la cirugía a los inesperados apogeos y perfeccionó las técnicas del aborto. Y, aun ahora, realiza incursiones en pleno espacio, en los amaneceres de la Astronáutica, y examina de lo alto, los procesos más seguros de efectuar aniquilamientos en masa por el cohete balístico.

Illuminemos el raciocinio sin descuidar el sentimiento.

Mejoremos el sentimiento sin despreciar el raciocinio.

El Espiritismo, restaurando el Cristianismo, es universidad del alma.

En este sentido, vale recordar que Jesús, el Maestro por excelencia, nos enseñó, encima de todo, a vivir construyendo para el bien y para la verdad, como diciéndonos que la llama de la cabeza no derrama la luz de la felicidad, sin el óleo del corazón.

Pequeños

“De cierto os digo, que el que no recibiere el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. Jesús (Marcos, 10: 15)

“La pureza de corazón es inseparable de la sencillez y de la humildad, excluye todo pensamiento de egoísmo y orgullo; por esto Jesús toma la infancia como emblema de esa pureza, como la tomó también por el de la humildad.” (Cap.8, Ítem 3)

En el mundo, resguardamos celosamente libros y pergaminos, acumulando compendios y documentación en largas bibliotecas, que son cajas fuertes del pensamiento.

Preservamos tesoros artísticos de otras eras, en museos que se hacen riquezas de valoración inapreciable.

Perfectamente comprensible que así sea.

La educación no prescinde de la consulta al pasado.

Resguardamos la existencia de rebaños y plantaciones contra flagelos dando millones para impedir o disminuir la fuerza destructiva de las inundaciones y de las sequias.

Movilizamos presupuestos astronómicos, en el erguimiento de recursos patrimoniales, debido al bienestar de la colectividad, tanto en el sustento y defensa, de las instituciones, como en el equilibrio y perfeccionamiento de las relaciones humanas.

Claramente normal que eso acontezca.

Indispensable proveer a las exigencias del presente con todos los elementos necesarios para la respetabilidad de la vida.

Urge, sin embargo, asegurar el porvenir, a esbozarse impreciso, en el mundo ingenuo de la infancia.

Abandonar pequeños, al ocio, en la civilización magnificente de la actualidad, es lo mismo que levantar un soberbio palacio, harto de comidas, abarrotado de excesos y chispeante de luces, relegando al futuro dueño al relajamiento y al desespero, fuera de las puertas.

El niño de ahora se nos erguirá fatalmente en biografía y retrato después. Más allá de todo, es preciso observar que, según los principios de la reencarnación, los mismos de hoy desempeñaran, mañana, junto a nosotros, la función de padres y consejeros, orientadores y jefes.

No nos cansemos, pues, de repetir que todos los bienes y todos los males que depositamos en el espíritu del niño nos serán devueltos.

Compañeros mudos

“Dejad los niños venir” Jesús (Marcos, 10:14)

“El Espíritu reviste, pues, por un tiempo, la túnica de la inocencia, y Jesús dice la verdad cuando, a pesar de la anterioridad del alma, toma al niño por emblema de la pureza y de la simplicidad.” (Cap. VIII, Ítem 4)

Con excelentes razones, movilizas los talentos de la palabra, a cada instante, intercambiando impresiones con los otros.

Seleccionas los mejores conceptos para los oídos de asambleas atentas.

Aconsejas el bien, plasmando terminología adecuada para la exaltación de la virtud.

Estudias filología y gramática, en el culto al lenguaje noble.

Encuentras la frase exacta, en el momento correcto, en que exteriorizas determinado punto de vista.

Sabes manejar apuntes edificantes, en familia.

Enseñas disciplinas diversas.

Debates problemas sociales.

Analizas los sucesos diarios.

Cuestionas servicios públicos.

Indiscutiblemente, el verbo es luz de la vida, de que el propio Jesús se valió para legarnos el Evangelio Renovador.

Entretanto, en esta, nota sencilla, venimos a rogarte apoyo y consolación para aquellos compañeros a quienes nuestra destreza de vocabulario consigue servir en sentido directo.

Comparecen, a centenas; aquí y allí...

Yacen hambrientos y no comentan la carencia de pan.

Amargan dolorosa desnudez y no reclaman contra el frío.

Experimentan angustiadas depresiones morales, sin pedir ninguna consolación a la idea religiosa.

Sufren prolongados suplicios orgánicos, incapaces de recorrer voluntariamente al amparo de la medicina.

Piensa, en ellos y, de corazón enternecido, como puedas, ofréceles algo de tu amor, a través de la pieza de ropa o de la taza de leche, del pozo medicamentoso o del minuto de atención y cariño, porque esos compañeros mudos, expectantes y sufrientes que no pueden hablar.

En el dominio de las pruebas

“¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas ¡ay de aquel hombre por el cual viene el escándalo!” Jesús (Mateo, 18: 7)

“Es necesario que haya escándalos en el mundo, dijo Jesús, porque siendo los hombres imperfectos en la Tierra, se inclinan a hacer el mal, y los malos árboles dan malos frutos. Es preciso, pues, entender por estas palabras que el mal es una consecuencia de la imperfección de los hombres, y no que ellos tengan una obligación de practicarlo.” (Cap. VIII, Ítem 13)

Imaginemos un padre que, con el pretexto de amar, decidiese impedir a un hijo querido, toda relación con los reveses del mundo. Semejante retoño de tal devoción afectiva sería mantenido en un sistema de excepción.

Para evitar accidentes climáticos, inevitables, descansaría exclusivamente en un invernadero durante la fase de cuna y, apartarlo, de peligros y vicisitudes, mal terminada la infancia, encerrarse ahí en una ciudad inexpugnable, donde solamente prevaleciese la ternura paterna, entusiasmándolo de mimos.

No frecuentaría ningún colegio, a fin de no soportar profesores austeros o sufrir la influencia de amigos que no respirasen en su mismo nivel; alfabetizado, así, en el reducto doméstico, apreciaría únicamente los asuntos y héroes de ficción que el padre le escogiese.

Se aislaría de todo contacto humano para no encarar problemas y desconocería de todas las noticias para no recoger informaciones que le desfigurasen la tranquilidad interior.

Candidez inviolable e ignorancia completa.

Santa inocencia e inaptitud absoluta.

Llega, pues, el día en que el padre, naturalmente vinculado a otros intereses, se ausenta obligatoriamente del hogar y, alcanzado por la necesidad, el muchacho es obligado a entrar en la corriente de la vida común.

Hombre hecho, sufre el conflicto de la readaptación, que le rasga la carne y el alma, para que recupere el tiempo perdido, y el hijo acaba, divisando la insania y la crueldad donde el padre suponía cultivar preservación y cariño.

La imagen ilustra claramente la necesidad de la encarnación y de la reencarnación del espíritu en los mundos; innumerables en la inmensidad cósmica, de manera que se le apuren las cualidades y se le establezca la responsabilidad en la conciencia.

Dificultades y luchas asemejan materiales didácticos en la escuela o andamios en la construcción; ofrecida la cultura, erguido el edificio, desaparecen unos y otros.

Bendigamos, pues, las disciplinas y las pruebas con que la Infinita Sabiduría nos purifica las fuerzas, fortaleciendo el carácter.

Ingenuidad es virtud encantadora en la personalidad, pero si el trabajo no la transforma en tesoro de experiencia, laboriosamente adquirida, no pasará de flor preciosa para confundirse en el polvo de la tierra, al primer golpe de viento.

Pacificación

“Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios” Jesús (Mateo, 5:9)

Pero ¿qué quiere decir Jesús con estas palabras: “Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la Tierra” habiendo dicho que hay que renunciar a los bienes de este mundo y prometiendo los del cielo? Esperando los bienes del cielo, el hombre tiene necesidad de los de la Tierra para vivir; sólo que le encarga que no dé a estos últimos más importancia que a los primeros. (Cap. 9, Ítem 5)

Escuchaste preguntas condenatorias, en torno al amigo ausente.

Informaste algo, con discreción y bondad, destacando la parte buena que lo distingue, y, sin colocar el asunto en el plato de la intriga, edificaste en silencio, la armonía posible.

Sorprendiste pequeños deberes a cumplir, en la esfera de las obligaciones que no te competen. Sin ningún impulso de reprimenda, atendiste a semejantes tareas, por ti mismo, con la certeza de que todos tenemos distracciones lamentables.

Anotaste la falta del compañero.

Olvidaste toda preocupación de censura, esforzándote substituirlo en el servicio, sin alardear, superioridad.

Señalaste el error del vecino.

Huyes de divulgar su infelicidad y te dispusiste a ayudarlo en el momento preciso, sin exhibición de virtud.

Recibiste quejas amargas que te hirieron injustamente.

Sabes escucharlas con paciencia, absteniéndote de impeler a los hermanos del camino a las intrigas de la sombra, trabajando sinceramente por deshacerlas.

Te calumniaron abiertamente, incendiándote la vida.

Toleras serenamente todos los golpes, sin animosidad o respuesta y, respondiendo con más amplia abnegación, en el ejercicio de las buenas obras, disipas los conceptos infelices de tus detractores.

Descubriste la existencia de compañeros iludidos u obsediados que se hacen motivos de perturbación o de escándalo, en la plantación del bien o en la siembra de la luz. De cierto, no les aplaudes la inconsciencia, pero no les agravas el desequilibrio, a través del sarcasmo, y oras por ellos, amparándoles el reajuste, por el pensamiento renovador.

Si así procedes, te clasificaste, en verdad, entre los pacificadores bendecidos por el Divino Maestro, comprendiendo, al final, que la criatura humana, aisladamente, no consigue garantizar la paz en el mundo, no obstante, cada uno de nosotros puede y debe mantener la paz dentro de sí.

Ameno

“Bienaventurados los mansos porque ellos heredaran la Tierra” Jesús (Mateo, 5:5)

“La benevolencia para con los semejantes, fruto del amor al prójimo, produce la afabilidad y la dulzura que son su manifestación.” (Cap. 9, Ítem 6)

Surgen, si, las ocasiones en que todas las fuerzas del alma se hacen tensas, asemejando a cargas explosivas, listas a ser detonadas por el gatillo de la boca...

Momentos de reacción, delante del mal, en que la chispa del resentimiento asoma de lo íntimo, reanimada por el sople del desespero. Entretanto, incluso que la indignación se te presente justificada, reflexiona para hablar.

La palabra no fue creada para convertirse en rayo de la muerte.

Imagínate en el lugar del interlocutor. Si hubo deficiencia en la cooperación de la otra persona, recuerda los acontecimientos en que el error impensado te marcó la presencia; si algún compañero habló involuntariamente en la obligación, piensa en las horas difíciles en que no pudiste guardar felicidad al deber.

En cualquier obstáculo, piensa que la cólera es bomba de mecha corta, comprometiendo la estabilidad y la elevación de la vida donde explota.

Indiscutiblemente, el verbo fue establecido para que nosotros lo utilicemos. El silencio es el guardián de la serenidad, sin embargo, no siempre consigue tomar sus funciones. Eso, pues, no nos induce a transformar la cabeza en un volcán en movimiento, arrojando lavas de mal humor e inquietudes.

Aunque se nos imponga días de franqueza y esclarecimiento, es posible valorar, armoniosamente, los más intrincados problemas sin encender el fuego de la violencia en las parcelas de la lógica.

Dominémonos para que podamos controlar las circunstancias, dirijamos nuestras emociones, colocadas en el camino del equilibrio y del discernimiento, de manera que nuestra frase no resbale en la intemperancia.

Guardar el silencio, cuando sea preciso, pero hablar siempre que sea necesario para deshacer engaños y para limpiar raciocinios, entendiendo, que Jesús no nos confió la verdad para transformarla en una piedra sobre el cráneo ajeno, y si en un destello que oriente a los otros y nos ilumine a nosotros.

En los dominios de la paciencia

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” Jesús (Mateo, 5:16)

“Sed pacientes. La paciencia también es una caridad y deber practicar la ley de la caridad enseñada por el Cristo, enviado de Dios. (Cap. 9, Ítem 7)

En muchos episodios de malestar, admitimos que paciencia es cruzar los brazos y gemir pasivamente en una perezosa lamentación.

En otras ocasiones de lucha en que somos enfrentados por manifestaciones de mala fe, surgieron por innumbrables dilapidaciones morales, supimos que paciencia es todo dejar como está para ver cómo queda. ¿Eso, pues, será las lecciones de la vida o de la naturaleza?

Células orgánicas, cuando ocurren accidentes en el vehículo físico, establecen procesos de defensa, trabajando mecánicamente en la preservación de la salud corpórea, mientras eso les es posible.

Vegetales humildes devastados en el tronco, no renuncian a la capacidad de resistencia y, mientras disponen de las posibilidades necesarias, regeneran los propios tejidos, completando las finalidades a que se destinan.

Paciencia no es conformismo; es reconocimiento de la dificultad existente, con la disposición de apartarla sin actitud extremista.

Ni deserción de la esfera de la lucha y ni lloro inútil en la hora del sufrimiento.

Sean como sean las dificultades y los sufrimientos, la paciencia descubre la manera de apartarlos. Así, exteriorizándonos no nos referimos a la complacencia culposa que suelta una sonrisa cariñosa para la liviandad fingiendo ignorarla. Nos referimos a la comprensión que identifica la situación infeliz y articula medios de solucionar los problemas sin alardear de superioridad.

Paciencia, en el fondo, es resignación cuando las injurias sean lanzadas contra nosotros en particular, pero siempre que los ataques sean dirigidos contra los intereses del bien de todos, paciencia y perseverancia tranquila en el esclarecimiento general, aunque semejante actitud, a veces, nos cueste sacrificios inmensos.

Jesús fue la paciencia sin límites, no obstante, aunque soportase sereno todos los golpes que le fueron dirigidos, personalmente prefirió aceptar la muerte en la cruz a tener que aplaudir el error o ser cómplice con el mal.

Verbo nuestro

“Mas yo os digo, que cualquiera que se enojare descontroladamente con su hermano, será culpado del juicio.” Jesús (Mateo, 5:22)

“El cuerpo no da la cólera al que no la tiene, como tampoco da otros vicios; todas las virtudes y todos los vicios son inherentes al Espíritu.” (Cap. 9, Ítem 9)

Aun las palabras.
Viejo tema, dirás.
Y siempre nuevo, repetiremos.
Existen palabras y palabras.

Conocemos aquellas que la filología reúne, las que la gramática disciplina, las que la costumbre entreteje y las que la prensa enfile...

Nos referimos, con todo, el verbo nos lanza, temperado en la boca con los ingredientes de la emoción, junto al paladar de aquellos que nos rodean.

Verbo que nos transporta el calor de la sangre y la vibración de los nervios, el azúcar del entendimiento y la sal de raciocinio. Indispensable pronunciarlo en moldes de firmeza y comprensión, a fin de no resbalar fuera del objetivo.

En el trabajo cotidiano, sea él natural como el pan sencillo en el servicio de la mesa; en el intercambio afectivo, usémoslo a la manera de agua pura; en los instantes graves, hagámoslo igual al bisturí del cirujano que se limita, prudente, a la incisión en la zona enferma, sin golpes innecesarios; en los días tristes, tomémoslo por remedio eficiente sin huir a la dosificación.

Palabras son agentes en la construcción de todos los edificios de la vida. Lancémoslas en la dirección de los otros, con el equilibrio y la tolerancia con que deseamos vengan ellas hasta nosotros.

Sobre todo, evitemos la ironía.

Todo sarcasmo es tiro sin rumbo.

Y siempre que la irritación no visite, guardémonos en silencio, ya que la cólera es tempestad magnética, en el mundo del alma, y cualquier palabra que lancemos en el momento de la cólera, es semejante al rayo fulminante que nadie sabe a dónde va a caer.

Donativo del alma

“Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.” Jesús (Mateo, 5:7)

“La misericordia es el complemento de la dulzura, porque el que no es misericordioso no sabría ser blando y pacífico.” (cap. 10, Ítem 4)

Reflexiona en los sufrimientos ajenos y ayuda incesantemente.

Alabado para siempre el trabajo honesto con que te dispones a minorar las dificultades de los semejantes, enseñándoles a encontrar la felicidad, a través del esfuerzo digno.

Bendita la moneda que dejas deslizar en las manos fatigadas que se ven obligadas a implorar el socorro público.

Inolvidable la operación de la beneficencia, con la cual te deshaces de recursos diversos para que no haya penuria en el vecindario.

Bendecido el día de servicio gratuito que prestas en el amparo a los compañeros menos felices.

Enaltecido la devoción que empleas en la instrucción a los viajeros del mundo, que aún se debaten en los laberintos de la ignorancia.

Glorificado el consejo fraterno con que te decides a mostrar el mejor camino.

Santo el remedio con que alivias el dolor.

Inolvidables todas las inversiones que realizas en el Instituto Universal de la Providencia Divina, cuando entregas a beneficio de los otros el concurso financiero, la página educativa, la pieza de ropa, el litro de leche, la manta acogedora, el momento de consuelo, el gesto de solidaridad, el plato de pan...

No se puede olvidar que Jesús depositó por crédito sublime del alma, en el Reino de Dios, el simple vaso de agua que se da en el mundo en su nombre.

Entretanto, mil veces bienaventurada sea cada hora de tu paciencia delante de aquellos que no te comprendan o te olviden, te hieran o te ridiculicen, porque la paciencia, invariablemente hecha de bondad y silencio, abnegación y olvido del mal, es donativo esencialmente del alma, bendición de la fuente divina, del amor, que brota de la fuente del sacrificio, sea formada en el sudor de la humildad o en el llanto oculto del corazón.

Hablar

“Mas sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no...” Jesús (Mateo 5:37)

“Espíritas, hoy queremos hablaros de la indulgencia, de ese sentimiento tan dulce, tan fraternal que todo hombre debe tener para con sus hermanos, pero del cual muy pocos hacen uso.” (Cap. 10, Ítem 16)

Hablando, construimos.

No admitas en tu palabra el corrosivo de la malicia o el cardenillo de la queja. Habla de la bondad de Dios, de la sabiduría del tiempo, de la belleza de las estaciones, de las reminiscencias alegres, de las sugerencias consoladoras.

En los momentos difíciles, procura destacar los ángulos capaces de inspirar valor y esperanza. No te refieras a los sucesos catastróficos, sino cuando sea estrictamente necesario y ora en silencio por todos aquellos que sufrieron su impacto doloroso.

¡Tantas veces acompaña con reverente aprecio a los que caen en desastre natural!...

¡Homenajea igualmente con tu compasión respetuosa a los que resbalan en la caída moral, escabroso infortunio del corazón! ...

Si surgen motivos para la censura, cumple el deber que te asiste, pero recuerda que la mecha es susceptible de ser apagado antes de la explosión y reprime los ímpetus de furia, antes que exploten en cólera.

En varias circunstancias, la indignación justa es llamada a la reposición del equilibrio, pero debe ser medida como el fuego, cuando es llevado al refugio doméstico para la realización de la limpieza, sin que, por eso, tengamos necesidad de consumir la casa en llamaradas de incendio.

Deja a la sombra de ayer las piedras que te hirieron...

La noche ya pasó en el camino que recorriste y el sol del nuevo día nos llama a la incesante transformación.

Conversa en trabajo renovador y bendice la amistad santificante. No te detengas demasiado sobre los resentimiento, enfermedades, pesadillas, profecías temerarias e impresiones infelices; dales solamente un breve espacio mental o verbal, semejante a aquel que utilizamos para apartar un espino o desplazar una piedra.

No comentes el mal, sino para exaltar al bien, cuando sea posible extraer esa o aquella lección que ampare a quien te escuche, ennobleciendo la vida.

Junto al desespero, ofrece el consuelo sin la pretensión de enseñar y recortando con la penuria, menciona las riquezas que la Bondad Divina esparce a manos llenas, en beneficio de todas las criaturas sin desconsiderar el dolor de los que lloran.

Ilumina la palabra. Deja que ella te muestre la comprensión y el amor donde pases, sin olvidar el esclarecimiento y sin perjudicar la armonía.

El Cristo edificó el Evangelio por luz inapagable en las sombras del mundo no solamente obrando, sino conversando también.

En la luz de la indulgencia

“Y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también la capa”. Jesús (Mateo, 5: 40)

“Sed indulgentes para con las faltas de los otros, cualesquiera que sean; sólo debéis juzgar con severidad vuestras acciones, y el Señor usará de indulgencia para con vosotros, así como vosotros la habréis usado para con los demás.” (Cap.10, Ítem 17)

Anheláis por la victoria del bien, con todo, enciende la luz de la indulgencia para hacerlo con seguridad.

Todos nosotros, espíritus imperfectos, aun arraigados a la evolución de la Tierra, reclamamos la cooperación y la compasión, unos de los otros, pero no siempre sabemos por nosotros mismos, cuando surgimos necesitados de semejantes recursos.

En muchas circunstancias, estamos ciegos de la reflexión, sordos del entendimiento, paralíticos de la sensibilidad y anestesiados en la memoria sin percibir al hermano en plena abundancia material, delirando en la ambición desenfrenada.

Cierto, aspiras a verlo recambiado al propio equilibrio, a fin de que el dinero le sirva de instrumento a la felicidad, no obstante, para eso, no comiences por censurar su procedimiento. Usa la indulgencia y renuéva su modo de pensar y de ser.

El amigo escaló la evidencia pública, haciéndose verdugo en nombre de la autoridad. Quieres garantizarle el reajuste para que el poder se le erija, en camino de paz, entretanto, no te des a eso, exhibiendo actitud condenatoria.

El joven de tu convivencia se embriagó en la ilusión, cayendo en sucesivos abusos, con el pretexto de juventud. Justo suspires por reintegrarlo en el armonioso desarrollo de las propias facultades, situándole en el rumbo de las experiencias de naturaleza superior, sin embargo, por ayudarlo, no le condenes los sueños. Usa la indulgencia y ampárale la niñez.

El compañero en pruebas amargas resbaló en el desánimo y cayó en desespero. Claro que anhelas para él su retorno a la tranquilidad, no obstante, no te entregues a las críticas que le agravarían la irritación. Usa la indulgencia y ofrécele apoyo.

El Propio Creador espera a las criaturas en el transcurso del tiempo tolerando sus faltas, y encorajando sus esperanzas, aunque les corrija todos los errores, a través de leyes eficientes y claras.

Indiscutiblemente, nadie construye nada de bueno, sin responsabilidad y disciplina, advertencia y firmeza, pero es imperioso considerar que toda buena obra ruega auxilio a fin de perfeccionarse.

Piensa en el bien y haz el bien, con todo, es preciso recordar que el bien exigido por la fuerza de la violencia, genera males innúmeros en torno y desaparece del área luminosa del bien para convertirse en el mal mayor.

Psicología de la Caridad

“Así que, todas las cosas que quisierais que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas.” Jesús (Mateo, 7: 12)

“Amar al prójimo como a sí mismo, hacer por los otros lo que quisiéramos que los otros hiciesen por nosotros”, es la expresión más completa de la caridad, porque resume todos los deberes para con el prójimo.” (Cap. XI, Ítem 4)

Probablemente, no existe en ningún tema de la literatura mundial la figura más expresiva que el del samaritano generoso, presentada por Jesús para definir la psicología de la caridad.

Tropezando con la víctima de malhechores anónimos, semimuerto en el camino, pasaron dos religiosos, personas de las más indicadas para el trato de la beneficencia, pero siguieron de largo, temiendo complicaciones. Entretanto, el samaritano que viajaba, ve al infeliz y se siente tocado de compasión.

No sabe quién es.

Desconoce su procedencia.

No se limita, pues, a conmoveerse.

Para y atiende.

Alivia sus heridas que sangran, lo coloca sobre el caballo y lo lleva a un hostel, sin los cálculos que el egoísmo acostumbra a tragar en nombre de la prudencia.

No se limita, no obstante, a dejar al necesitado, en puerta ajena. Entra con él en la vivienda y le ofrece cuidados especiales.

En el día inmediato, al partir, no se muestra indiferente. Le paga las cuentas, paga como si fuera un familiar y se compromete a pagar los compromisos posteriores, sin exigirle la menor señal de identidad y sin fijarle tributos de gratitud.

Al despedirse, no deja al beneficiado en ninguna recomendación y, en el amparo en que se aparta, no alardea demagogia de palabras o actitudes, para atraer influencia personal.

En el ejercicio del bien, ofreció el corazón y las manos, el tiempo y el trabajo, el dinero y la responsabilidad. Dio de sí lo que podía por sí mismo, sin nada a pedir o preguntar.

Sintió y obró, ayudó y pasó.

Siempre que interesados en aprender la práctica, la misericordia y la caridad, rememoremos la enseñanza del Cristo y hagamos nosotros lo mismo.

Medio bien

“Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida; y pocos son los que lo hallan.” Jesús (Mateo, 7:14)

“Muy amados hermanos, usen con provecho estas lecciones; su práctica es difícil, pero el alma saca de ellas un bien inmenso. Creedme, haced el esfuerzo sublime que os pido: “Amaos”, y muy pronto veréis la Tierra transformada convertirse en un Eliseo, donde las almas de los justos vendrán a gozar del reposo.” (Cap. 11, Ítem 9)

Frecuentemente, somos enfrentados por aquellos que admiran el amor a los semejantes y que, sin coraje para cortar las raíces del apego a sí mismos, se apegan a las actividades del medio bien, continuando envueltos en el movimiento del mal.

Prestan valioso concurso a quien administra, pero piden favores y privilegios suscitando dificultades.

Financian tareas de caridad, extendiendo verdadera caridad, no obstante, cobran tributos de gratitud, multiplicando problemas.

Entran en hogares sufridores, haciéndose necesarios por el cariño que demuestran, pero solicitan concesiones que hieren, como duros golpes.

Ofrecen cooperación preciosa en ayuda a las aflicciones ajenas, no obstante, exigen atenciones especiales, creando problemas.

Alimentan a necesitados y les ponen cargas en los hombros.

Acogen niños menos felices, reservándoles el yugo de la servidumbre en el abrigo familiar.

Elogian compañeros para que esos mismos compañeros le erijan un trono.

Protegen amigos esforzándose en convertirlos en juguetes y esclavos.

No desconocemos que todo cultivador espera resultados de la labranza a que se dedica y ni ignoramos que sembrar y recoger conforme la plantación, constituyen una operación matemática en el mecanismo de la Ley.

Examinamos aquí tan solamente la extraña actitud de aquellos que no niegan la eficacia de la abnegación, entregándose, pues, al desvariado egoísmo de quien acostumbra a distribuir cinco monedas, en el auxilio a los otros, con la intención de obtener cinco mil.

Efectivamente, lo mínimo bien vale por luz divina, pero si es llevado a efecto sin propósitos secundarios, como en el caso de la humilde viuda del Evangelio que se destacó, en las

enseñanzas del Cristo por haber cedido de sí misma la humilde importancia de dos monedas, sin ninguna condición.

Prevenámonos de ese modo, contra el sistema del medio bien, por donde el mal se insinúa, envenenando la fuente de las buenas obras.

Camino construido por la mitad patrocina accidentes.

Víboras penetran en casa, pasando brechas.

El bien pide donación total para que se realice en el mundo el bien de todos.

Es por eso por lo que la Doctrina Espirita nos esclarece que el bien debe ser practicado con absoluto desinterés e infatigable dedicación, sin que nos sea permitido, tratándose de nuestra persona, reclamar bien alguno.

Beneficencia y justicia

“Y como queréis que os hagan los hombres, así hacedles también vosotros. Jesús (Lucas, 6: 31)

“Empezad por dar el ejemplo vosotros mismos, sed caritativos con todos indistintamente; esforzaos por no fijaros más en aquellos que os miran con desdén y dejad a Dios el cuidado de toda justicia, porque cada día, en su reino separa la cizaña del trigo.” (Cap. XI, Ítem 12)

Examinando la beneficencia, reflexionamos en la Justicia que la vida nos establece al entendimiento de relaciones. Sin ella, es posible que los mejores emprendimientos sufran la mancha de viejas mentiras crónicas en nombre de la gentileza.

Atraviesas escabrosas necesidades materiales y, claro, te alegras ante la ayuda conveniente, pero si la cooperación llega marcada por el manifiesto desprecio de los que te ayudan con displicencia, como si se deshiciesen de un peso muerto, estarías más contento si te dejaran a solas.

Caíste moralmente ansiando levantarte y te alegraste delante del apoyo que te surge al volverte a levantar, entretanto, si esa ayuda aparece tiznada de violencias, como si representases un fardo de vergüenza para los que te suponen rehabilitado, sentirías reconocimiento mayor si desconociesen tu lucha.

Lloras, en las crisis de sufrimientos que te fustigan la existencia, y te alegraste, cuando los amigos se disponen a escuchar tu corazón hambriento de solidaridad, pero si pretenden consolarte, repitiendo recuerdos forzados, como si fueses para ellos un problema que son obligados a soportar, por cuestiones de etiqueta, mostrarías más amplia gratitud si te entregasen al silencio del propio dolor.

La justicia nos hace sentir que lo superfluo de nuestra casa es lo necesario que falta al vecino; que el hermano ignorante, caído en el error, es alguien que nos pide los brazos y que la aflicción ajena mañana podrá ser nuestra.

Beneficencia, por eso, asume el carácter de deber puro y simple.

Recomendamos la regla Aurea: “Haz a los otros lo que deseas que te hagan”.

La sentencia quiere decir, que todos precisamos de apoyo a la luz de la comprensión de remedio que se acompañe de enfermería y de consejo en bases de simpatía. En suma, todos necesitamos de caridad unos con los otros, en ese o en aquel ángulo del camino, pero es forzoso observar que, si la beneficencia nos trae la obligación de ayudar, nos enseña la justicia como se debe hacer.

A favor de la alegría

“Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.” Jesús (Mateo, 18:14)

“La verdadera caridad no consiste solamente en la limosna que dais, ni tampoco en las palabras de consuelo con las cuales podéis acompañarla. No, no es esto sólo lo que Dios exige de vosotros. La caridad sublime, enseñada por Jesús, consiste también en la benevolencia concedida siempre y en todas las cosas a vuestro prójimo.” (Cap. 11, Ítem 14)

Muy grande en el mundo es el cortejo de las molestias que infelicita a las criaturas, no obstante, mayor es el fardo de inquietud que les pesa en los hombros.

Donde haya señal de presencia humana, ahí se amontonan los ajusticiados morales, recordando legiones de sonámbulos, fijados al sufrimiento. No solo los que pasean en la calle la herencia de las lágrimas que trajeron al renacer...

Aplastante porcentaje de los afligidos cargan temerosos en el refugio domestico que, levantando en alabanzas de la alegría familiar, se transforma, no es raro, en clausura flagelante. De ahí procede el acervo de los desalentados que poseen solamente la fría visión de la oscuridad para el día siguiente. Son personas descorazonadas en la lucha por la adquisición de suplementos para las exigencias primarias; padres y madres traspasados de pesar, delante de hijos que les quita el brillo de la existencia; mujeres traumatizadas en el esfuerzo de sacrificio; niños y jóvenes desorientados en los primeros pasos de la vida, compañeros encanecidos en difíciles experiencias, amarrados a carga de labores cuando no son acogidos en los brazos de la caridad publica, de modo para no perturbar el sueño de los descendientes.

Sumemos semejantes disgustos a las tribulaciones de los que claman por el equilibrio en las rejas de los manicomios; de los que sueñan en la libertad en la estrechez de la cárcel; de los que lloran maniatados en las camas de expiación y de los millares de espíritus desencarnados, aun en pesadillas indescriptibles que comunican a la esfera física los rescoldos del propio desespero, y verificaremos que la tristeza destructiva es comparable a la plaga fluídica, perjudicando a todos los flancos de la evolución en la Tierra.

Considerando todo esto respetemos el dolor, pero plantemos la alegría y la esperanza, donde nuestra influencia logre llegar.

Hablemos de optimismo, cultivemos servicio, enseñemos confianza y ejercitemos serenidad. Nadie espera que seamos el remedio a toda angustia y rio a toda sed, entretanto, al frente de la sombra y del deseo que atormentan a los hombres, cada uno de nosotros puede ser la consolación del rayo de luz y la bendición del vaso de agua.

Compasión y socorro

“Amad, pues, a vuestros enemigos” Jesús (Lucas, 6:35)

“Si el amor al prójimo es el principio de la caridad, amar a los enemigos es su aplicación sublime, porque esta virtud es una de las mayores victorias alcanzadas contra el egoísmo y el orgullo.” (Cap. 12, Ítem 3)

No solo nuestros adversarios acostumbran a caer.

Es preciso entender que las situaciones incómodas no aparecen únicamente delante de aquellos que no comparten nuestros ideales, cuyas deficiencias, por eso mismo, estamos naturalmente inclinados a buscar y reconocer.

Las personas que más amamos también se equivocan, como nos equivocamos nosotros, y adquieren compromisos indeseables, como tantas veces, nosotros hemos abrazado problemas difíciles de resolver. Y todos ellos, los hermanos que resbalan en el camino, en verdad piden palabras que los esclarezcan y brazos que los levanten.

Tanto como nosotros, en la travesía de las tinieblas interiores, cuando las tinieblas interiores nos cogen súbitamente, reclaman compasión y socorro, al revés de golpe y censura. Aun así, compasión y socorro no significa aplauso y connivencia para con las ilusiones que debemos liberarnos.

En verdad, nos aconsejó Jesús a dejar unidos, el trigo y la cizaña, en la gleba de las experiencias, a la vez que la Divina sabiduría separará uno del otro, en el día de la siega, pero no nos recomendó sustentar reunidos la planta útil y la plaga que la destruye. A vista de eso, la compasión y el socorro se expresan en el cultivador, a través de la bondad vigilante, con que liberará al vegetal provechoso de la larva que lo carcome.

El papel de la compasión es comprender.

La función de la ayuda es restaurar.

Pero si la compasión acoge al mal reconocido, a título de ternura, se convierte en anestesia de la conciencia y si el socorro suprime el remedio necesario al enfermo, con el pretexto de resguardar su bienestar, se transforma en la irresponsabilidad fantaseada de cariño, apresándole la muerte.

Reconociendo, pues, que todos somos susceptibles de caer, sepamos extender incesantemente compasión y socorro, donde estemos, sin desprecio para con nuestras heridas y sin alabar para con nuestras debilidades, obrando por hermanos afectuosos y compasivos pero sinceros y leales unos de los otros, a fin de continuar, todos juntos, en la construcción del Bien Eterno, trabajando y sirviendo, cada cual, de nosotros, en su propio lugar.

Compasión siempre

“No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados.” Jesús (Lucas, 6:37)

“No os olvidéis, mis queridos hijos, que el amor nos aproxima a Dios y que el odio nos aleja de Él.” (Cap. 12, Ítem 10)

Ante el compañero que te parece malhechor, silencia y ampara siempre. Así como existen personas, aparentemente sanas, cargando enfermedades que solo en el futuro se harán evidentes para la intervención necesaria, hay personas supuestamente normales, portadoras de extraños desequilibrios, a los cuales se les endeuda los gestos menos edificantes.

Compadécete, pues, y extiende los brazos; para la obra de ayuda.

Muchos de aquellos que cayeron en la indisciplina y en la violencia, acabando separados, en las casas de tratamiento moral, guardan consigo las brasas de la angustia que les fueron impuestos, en dolorosos procesos obsesivos, por las manos imponderables de los adversarios desencarnados de otras existencias...

Y casi todos los que se desanimaron, en el camino de las propias obligaciones, rindiéndose al asalto de la crueldad y del desespero, sustentaron por tiempo enorme, en la intimidad del propio ser, la angustiosa tensión de la resistencia a las horcas del mal, sucumbiendo, muchas veces, en la escasez de comprensión y de amor...

Para todos ellos, nuestros hermanos caídos en la delincuencia, volvamos, así, pensamiento y acción tocados de simpatía, recordando a Jesús que no piensa en nuestras imperfecciones para sustentarnos, y sabiendo que también nosotros, por la extensión de las propias debilidades, no conseguimos, en verdad, saber en qué obstáculos del camino nuestros pies tropezarán.

Deberes humildes

“De cierto os digo, que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca. Jesús (Marcos, 12:43)

“Además, ¿sólo con oro pueden enjugarse las lágrimas y será preciso permanecer inactivo por no poseerlo? El que quiere sinceramente hacerse útil a sus hermanos, encontrará para eso mil ocasiones. (Cap. 13, Ítem 6)

Abracemos, felices, las actividades oscuras que la vida nos reserve.

Grande es el sol que sustenta los mundos y grande es la simiente que nutre a los hombres.

Ingenieros planifican el camino, consultando libros preciosos en los despachos y, en poco tiempo, una larga avenida puede surgir de la selva. Entretanto, para que la realización aparezca, trabajadores abnegados remueven obstáculos del suelo que aparecen en la calzada.

Urbanistas planifican la planta de enorme edificio, alineando trazos nobles, ante la mesa tranquila y es posible que el rascacielos se levante, presuroso, acogiendo con seguridad a numerosas personas. Sin embargo, a fin de que la obra se levante, se extenuan trabajadores sudorosos, en la garantía de los cimientos.

Técnicos avanzados organizan las maquinas que elevan la industria y, con ellas, es probable que se eleve el índice de la evolución de pueblos enteros. No obstante, para que eso acontezca, es indispensable que operarios valerosos expongan las propias vidas, junto a hornos candentes, de hierro y ago.

Negociantes provechosos reúnen los productos de la tierra y por ellos, consiguen formar la economía y el sustento de grandes comunidades. Pero semejante victoria comercial exige que anónimos sembradores se manchen las manos en el lodo de la tierra.

No preguntes “¿Quién soy yo?”, ni digas “nada valgo”. Honremos el trabajo que invariablemente nos honra, guardándole fidelidad y ofreciéndole nuestras mejores fuerzas, aun incluso cuando se exprese, a través de ocupación, supuestamente olvidada en la retaguardia.

En los principios que rigen el Universo, todo trabajo constructivo es respetable. Nota ese dispositivo de la ley Divina funcionando en ti mismo.

Camina y piensas de cabeza alzada a la gloria del firmamento, con todo, por ti mismo, no avanzarás para adelante, sin la humildad de los pies.

Ellos antes

“Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; para que ellos te vuelvan a convidar, y te sea hecha compensación.” Jesús (Lucas, 14: 12)

“Por festines es menester entender, no la comida propiamente dicha, sino la participación en la abundancia de que disfrutáis.” (cap. 13, Ítem 8)

“Cuando deis un festín, dice Jesús, no convidéis a vuestros amigos, sino a los pobres y mutilados”.

En verdad que el Divino Orientador no establecía la renuncia de las relaciones fraternales, ni el abandono del culto a las afinidades del corazón.

Considerando, pues, a la Humanidad por familia única, nos inspiraba a observar a los hermanos menos felices en la categoría de acreedores principales de nuestra atención, a la manera de enfermos queridos, que esperan en el hogar la prioridad de asistencia por parte de aquellos que comparten la misma sangre.

En las celebraciones de alegría, es inútil convocar a los entes amados, a la vez que todos ellos se encuentran automáticamente dentro de ellas.

Recuerda a los que jornalean en el mundo, bajo las esposas de austeras privaciones y comparte con ellos las ventajas que te alegran la vida.

Si ejerces autoridad, es natural que te dispongas a la sustentación de los compañeros honestos que te apoyan la lucha. Antes de ellos, no obstante, piensa en el amparo que debes a todos los que padecen aflicción e injusticia.

Obtuviste merecimientos sociales elevados por los títulos de competencia que granjeaste a golpe de trabajo y de estudio, y, con semejantes valores, es razonable te empeñes en el bienestar, a beneficio de los que viajan en el carro de tus facilidades terrestres.

Antes de ellos, con todo, atiende a la cooperación a favor de los que yacen cansados en las pruebas sin remedio.

Disfrutas de extensa posibilidad económica, en la cual es comprensible que te dedicas a obsequiar a los amigos de tu nivel doméstico. Antes de ellos, sin embargo, socorre a los que se desaniman con la fatiga y penuria, para quien, muchas veces, la felicidad reside en una sonrisa amistosa o en un plato de pan.

Reuniste conocimiento y, en los tesoros culturales que adquiriste, es justo que te complazcas en los torneos verbales de salón, enriqueciendo el cerebro de los oyentes que te

respiran las normas superiores. Antes de ellos, pues, divide la luz que te ilumina el mundo mental con los hermanos del camino, que se debaten aun, en la noche de la ignorancia.

Jesús no te pide el abandono de los círculos afectivos.

Él mismo, cierto hecho, aseveró a los compañeros de apostolado: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace mi señor; os llamo amigos, porque os revelé todo cuanto escuché de mi Padre”.

Con los amigos, sin embargo, se consagró primeramente a aliviar la carga de todos los sufridores, como diciéndonos que todos podemos cultivar afectos preciosos que nos renuevan las energías, pero al frente de los que lloran, en los trances de dolorosas necesidades, es preciso, adoptar las palabras “ellos antes”.

En la hora de la asistencia

“Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos, los ciegos”. Jesús (Lucas, 14: 13)

“Ayudad, con lo mejor que tengáis al infeliz” (Cap. 13, Ítem 9)

En las obras de asistencia a los hermanos que nos alegran con las oportunidades del servicio fraterno, en nombre del Señor, vale destacar la autoridad amorosa del Cristo que nos los recomendó. Al recibirlos a la puerta, intentemos ofrecerles algunas frases de bienestar y buen ánimo, sin herirles el corazón, aun incluso cuando no les podamos ser útiles.

Visitando su hogar, esforcémonos viviendo el ambiente doméstico, afectuosamente, reconociéndonos, en la intimidad de la propia familia, que nos merece respeto natural y cooperación espontanea, sin toques de censura.

Sirviéndoles a la mesa, huyamos de reprobarnos los modos o expresiones, diferentes de los nuestros, silenciando las maneras poco elegantes y manifestaciones de acidez, lo que les agravaría la inferioridad y el infortunio.

Socorriéndoles el cuerpo enfermo o dolorido, reflexionemos en los seres que nos son particularmente amados e imaginemos la gratitud de que seríamos poseídos, delante de aquellos que los amparasen en las dificultades orgánicas.

Si aceptamos la tarea de probarlos en las filas organizadas para la distribución de favores diminutos, preservemos el reglamento establecido, con sinceridad y bondad, sin fomentar impaciencia o tumulto; y, si alguno de ellos, después de atendidos, volvieran a una nueva solicitud, recordemos a los hijos queridos, cuando nos piden la repetición del plato, y procuremos satisfacerlos, dentro de las posibilidades en la mano, sin desmerecerlos con cualquier reprimenda.

En la ocasión en que estemos reunidos, en equipos de trabajo, a fin de suplirlos, estemos de buen humor resguardando la disciplina sin intolerancia y cultivando la generosidad sin relajamiento, en la convicción de que, usando la gentileza, en el vehículo del orden, es siempre posible situar a los jornaleros del bien, en el lugar propio, sin despreciarles la ayuda valiosa.

Nosotros que sabemos acatar con aprecio y solicitud a todos los representantes de los poderes transitorios del mundo, y que practicamos buenas maneras para un comportamiento digno en los salones aristocráticos de la Tierra, sepamos también ser afables y amigos, junto a nuestros compañeros en dificultades mayores.

Ellos no son apenas nuestros hermanos. Son convidados del Cristo, en nuestra casa, por los cuales encontramos oportunidad de demostrar cariño y consideración con Él, el Divino Maestro, en pequeños, gestos de amor.

Ejercicio del bien

“sino haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan”. Jesús (Mateo, 6: 20)

“Sed buenos y caritativos, esta es la llave de los cielos que tenéis en vuestras manos; toda la felicidad eterna está encerrada en esta máxima: Amaos unos a otros.” (Cap. 13, Ítem 12)

Comúnmente inventamos toda especie de pretextos para rechazar los deberes que nos obligan al ejercicio del bien.

Conmovidos en el bienestar e instalados egoístamente en ventajas personales en el inmediatismo del mundo, no ignoramos que es preciso obrar y servir en la solidaridad humana, no obstante, derramamos disculpas en abundancia, escondiendo obstinación y ocultando deserción.

Nos confesamos incompetentes.

Alegamos cansancio.

Nos afirmamos sin tiempo.

Nos declaramos enfermos.

Destacamos la necesidad de la vigilancia en la contención del vicio.

Reclamamos cooperación.

Aquí y allí empleamos expresiones crónicas que nos justifican la fuga, como “muy difícil”, “imposible”, “mejor esperar”, “vamos a ver” y ponderamos vagamente en cuanto a los arrepentimientos que nos amargan el corazón y complican la vida de cara a los sentimientos, ideas palabras y actos infelices que, en otras ocasiones, nos precipitamos de manera impensada.

En la mayoría de las veces, para el bien exigimos el atendimiento con instrucciones y cálculos, mientras que para el mal solo raramente imaginamos consecuencias.

Entretanto, el conocimiento, del bien para que el bien se realice es de tamaño importancia que el apóstol Santiago afirma en el versículo 17 del capítulo 4 de su carta, en el Evangelio “Todo aquel que sabe hacer el bien y no lo hace comete falta. Y diecinueve siglos después de él los instructores desencarnados que supervisaron la obra de Allan Kardec desarrollan, la enseñanza aún más, explicando en la pregunta 642 de “El libro de los Espíritus”: Hay que realizar el bien, dentro del límite de las propias fuerzas. Porque cada cual responderá de todo el mal que haya hecho a causa del bien que él no realizó.”

El Espiritismo, de esa forma, definiéndose no solo como siendo la religión de la verdad y del amor, sino también de la justicia y de la responsabilidad, viene a esclarecernos que responderemos, no solo por el mal que hayamos hecho, sino igualmente por el mal que transcurra de nuestro egoísmo en no practicar el bien que nos cabe realizar.

Acreedores en el hogar

“Honra a tu padre y a tu madre...” Jesús (Mateo,19:19)

“Honrar a su padre y a su madre no es sólo respetarles; es también asistirles en sus necesidades, procurarles el descanso en su vejez y rodearles de solicitud como lo han hecho con nosotros en nuestra infancia.” (Cap.14, Ítem 3)

En la dedicación a los padres, todos los hijos son joyas de luz, entretanto, para que comprendas ciertos antagonismos que te afligen el hogar, es preciso sepas que, entre hijos compañeros, que te apoyan el alma, surgen los hijos deudores alcanzándote la vida, por instructores de formas diferentes.

Substrayéndote a los choques de carácter negativo, en el reencuentro, establece la eterna bondad de la Justicia Divina que la reencarnación funcione, reconduciéndolos a tu presencia, a través de la cuna. Es por eso por lo que, al principio, no colaboran contigo, en casa, como de igual para igual, dado que reaparecen humildes y pequeñitos. Llegan frágiles y enmudecidos para que les enseñes la palabra de apaciguamiento y cariño.

No te piden la liquidación de débitos en la intimidad del gabinete, y si buscan tus regazos para una nueva fase de entendimiento.

Respiran tu halito y se amparan en tus manos, instalándose en tus pasos para la transformación del propio destino.

Aunque desarmados, te controlan los sentimientos. No obstante, dependerán de ti, te modifican las decisiones con una simple mirada.

De dulces inspiradores de cariño, pasan, con el tiempo, a la condición de examinadores constante de tú camino.

Te gobiernan los impulsos, te vigilan los gestos, te observan las compañías y te exigen las horas.

Aprende nuevamente en la escuela del mundo con tu amparo, sin embargo, a la medida que se desarrollen en el conocimiento superior, se trasforman en inspectores intransigentes de tu grado de instrucción.

Muchas veces lloras y sufres, intentando adivinar sus pensamientos para que perciban tus pruebas de amor.

Callas los propios sueños para que sus sueños se realicen.

Te apagaste poco a poco, para que se iluminen en tu lugar.

Recibes todos los dolores que te impone el alma con sonrisas en los labios, mientras te humillan el corazón. Y nunca posees lo bastante para iluminarles la existencia, a la vez que todo les das de ti mismo, sin facturas de servicio y sin notas de pago.

Cuando te veas, delante de hijos crecidos lucidos, erguidos a la condición de dolorosos problemas del espíritu, recuerda que son ellos acreedores del pasado pidiéndote el rescate de viejas cuentas.

Busca ayudarlos y sustentarlos con abnegación y ternura, aunque eso te cueste todos los sacrificios, porque, en el justo instante en que la conciencia te afirme, todo lo hiciste para enriquecerlos de educación y trabajo, dignidad y alegría, habrás conquistado en silencio, el luminoso certificado de tu propia liberación.

Familiares

“Porque cualquiera que hiciera la voluntad de Dios, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.” Jesús (Marcos, 3, 35)

“Hay, pues, dos clases de familia: las familias por lazos espirituales y las familias por lazos corporales; las primeras son duraderas, se fortalecen por la purificación y se perpetúan en el mundo de los Espíritus, a través de las diversas emigraciones del alma; las segundas son frágiles como la materia, se extinguen con el tiempo y muchas veces se disuelven moralmente, desde la vida actual.” (Cap. 14, Ítem 8)

Parentela – instituto primario de caridad.

Fuera del hogar, es posible la tranquilidad en la conciencia, distribuyendo las sobras de dinero o de tiempo, además, con el mérito de quien sabe atesorar la beneficencia.

Nada difícil soportar al agresor desconocido que raramente conseguiremos volver a ver.

Ningún sacrificio en amparar al enfermo, abandonado en la calle, a quien no nos vinculamos un compromiso directo.

En casa, pues, somos obligados al ejercicio de la asistencia constante. Es ahí, en el reducto doméstico, detrás de las paredes que nos aíslan del aplauso público, que la videncia Divina nos hace experimentar la madurez tal o el provecho de los buenos consejos que administramos.

Nosotros que, de vez en cuando, desembolsamos sonriendo una pequeña cuantía de recursos en beneficio a los otros, estamos incesantemente convocados a sustentar a los familiares que precisan de nosotros, no solo movilizand o posibilidades materiales, sino también apoyo y comprensión, disciplina y ejemplo, resguardando las fuerzas que nos aseguran la felicidad.

¡Aspiras encargos sublimes, quieres la convivencia de las entidades superiores, sueñas con poseer dones luminiscentes, suspiras por la ascensión espiritual!...

Contempla, no obstante, el espacio estrecho que sirve de morada y acuérdate del niño en la escuela. En cada compañero que comparte la consanguinidad, tenemos un libro de lecciones que, a veces, nos detiene el paso por tiempo enorme, en el esfuerzo de repetir.

¡Cada uno de ellos nos impele a desarrollar determinadas virtudes; en uno, la paciencia, en otro, la lealtad, y aun en otros, el equilibrio y la abnegación, la firmeza y la ternura!

Con el pretexto de ayudar a la Humanidad, no huyas del crisol hirviente de luchas en que la vida te colocó bajo el tejado en que respiras.

Incluso a precio de todos los valores de la existencia física, vuelve hacer millares de veces, tus demostraciones de humildad y servicio, ante las criaturas que te rodean, ostentando los títulos de padre y madre, esposo o esposa, hijos o hermanos, porque es de tu victoria moral junto a ellos que depende tu admisión definitiva, entre los amados que te esperan, en las vanguardias de luz, en perpetuo regocijo en la Familia Mayor.

En la intimidad domestica

“De cierto os digo: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.” Jesús (Mateo, 25: 40)

“Toda la moral de Jesús se resume en la caridad y en la humildad, es decir, en las dos virtudes contrarias al egoísmo y al orgullo.” (Cap. 15, Ítem 3)

La historia del buen samaritano, repetidamente estudiada, ofrece conclusiones siempre nuevas.

El viajante compasivo encuentra al herido anónimo en el camino.

No duda en ayudarlo.

Le extiende la mano.

Piensa en sus heridas.

Lo recogió en los brazos sin ninguna idea de preconcepción.

Lo condujo al albergue más cercano.

Le garantizó el albergue.

Olvida conveniencias y permanece junto a él, mientras sea necesario.

Se abstiene de preguntar.

Parte al encuentro del deber, asegurando su asistencia con los recursos de la propia bolsa, sin darle obligaciones.

Jesús nos transmitió la parábola, enseñándonos el ejercicio de la caridad real, pero, hasta ahora, transcurrido casi dos milenios, la aplicamos, vía de regla, a las personas que no comparten el ámbito particular.

Casi siempre, sin embargo, tenemos los caídos del reducto doméstico. No descienden de Jerusalén para Jericó, pero caen de la fe para la desilusión y de la alegría para el dolor, espoliados en las mejores esperanzas, en rudas experiencias.

¡Cuántas veces, sorprendemos las víctimas de la obsesión y del error, de la tristeza y del sufrimiento, dentro de casa!

Juzgamos, así, que la parábola del buen Samaritano producirá también efectos admirables, toda vez que nos decidimos a usarla, en la vida íntima, comprendiendo y ayudando a los vecinos y compañeros, parientes y amigos sin nada que exigir y sin nada que preguntar.

Concesiones

“Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.” Jesús (Mateo 6:42)

“No pudiendo amar a Dios, sin practicar la caridad con el prójimo, todos los deberes del hombre se encuentran resumidos en esta máxima: “Fuera de la caridad no hay salvación”. (Cap. 15, Ítem 42)

En cuanto puedes obrar en el cuerpo terrestre, piensa, de cuando en cuando, en aquellos que dejaron, bajo régimen forzoso, los talentos que el mundo les confió. Para eso, no es necesario recorrer al archivo de los milenios y ni consultar la pompa de los museos.

¡Ordena en la memoria a los que vistes partir en los últimos veinte años!

Líderes del pueblo, que tenían el poder de influenciar a la multitud, abandonaron el timón de las ideas que gobernaban, impelidos de repente a varar en la oscuridad del túmulo delegaciones de competencia para resolver las necesidades del prójimo, se vieron, de un momento para el otro, privados de las propiedades que juntaron, obligados a entregarlas al albedrío de los descendientes.

Misionarios de diferentes climas religiosos, que mantenían la posibilidad de consolar e instruir, descendieron, precipitadamente, de las galerías de autoridad, en que trazaban principios para los caminos ajenos.

Creadores del pensamiento, que sustentan la prerrogativa de impresionar a personas a través del verbo hablado o escrito, tuvieron, de súbito, la palabra anulada por la desencarnación o por la afasia, muchas veces, en el exacto momento en que más deseaban comandar la oratoria o el cerebro lucido...

Piensa en ellos, los beneficiarios de las concesiones divinas que te precedieron en la muerte y haz hoy algo mejor que ayer, en los dominios del bien para que el bien te favorezca.

No solo los dones de la inteligencia, sino también el cuerpo físico, las ventajas diversas, los patrimonios afectivos y hasta los dolores que te llenan las horas, son recursos que te apropias en la Tierra, con permiso del Señor, para invertirlos en la construcción de la propia felicidad.

Las leyes que vigorizan en el plano físico son fundamentalmente las mismas que orientan a las criaturas en el plano espiritual.

Un préstamo habla siempre de la generosidad del acreedor que lo concede, pero revela igualmente, en la contabilidad de la vida, el bien o el mal que se hace con él.

En las sendas del mundo

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan” Jesús (Mateo, 6: 19)

“Hijos míos, en la máxima: Fuera de la caridad no hay salvación, están contenidos los destinos de los hombres en la Tierra y en el cielo; en la Tierra, porque a la sombra de ese estandarte, vivirán en paz; en el cielo, porque los que la hayan practicado encontrarán gracia ante el Señor.” (Cap. 15, Ítem 10)

Dios que nos ayuda siempre nos permite tener, para que aprendamos también a ayudar.

Habitualmente, atraemos la riqueza y suponemos que la tendremos para siempre, adornándonos con las facilidades que el oro proporciona... Un día, pues, en las fronteras de la muerte, somos despojados de todas las posesiones exteriores y si algo nos queda, será simplemente la plantación de las migajas de amor que hubiéramos distribuido, depositadas en nuestro nombre por la alegría, aun incluso precaria y momentánea, de aquellos que nos hicieron la bondad de recibirlas.

Vía de regla, amontonamos títulos de poder y nos admitimos dueños de ellos, adornándonos con las ventajas que la influencia nos proporciona...

Un día, pues, en las fronteras de la muerte, somos despojados de todas las prioridades acordadas y si algo queda, es simplemente el saldo de los pequeños favores que hayamos hecho, mantenidos en nuestro nombre por el alivio, aun insignificante y desprevenido, de aquellos que nos dieron la gentileza de aceptar los impulsos fraternos.

Generalmente repetimos frases santificantes, creándolas definitivamente incorporadas a nuestro patrimonio espiritual, adornándolas con el prestigio que la frase brillante atribuye...

Un día, pues, en las fronteras de la muerte, somos despojados de todas las ilusiones y si algo nos queda, será simplemente la estrecha colección de los beneficios que hubiéramos hecho, señalados en nuestro nombre por el bienestar, incluso ligero y desconocido, de aquellos que nos dieron la oportunidad a sencillo ensayos de elevación.

Sirve donde estés y como puedas, en los moldes de la conciencia tranquila.

Caridad no es solamente la divina virtud, es también el sistema contable del Universo, que nos permite la felicidad de ayudar para ser ayudados.

Un día, en las aduanas de la muerte, todo el bagaje de aquello que no necesitas te será confiscada, entretanto, las Leyes Divinas determinarán que recojas, con abultados intereses de alegría, todo lo que distes, de lo que eres, de lo que haces, de lo que sabes y de lo que tienes, en el socorro a los otros, transformándote las concesiones en valores eternos del alma, que te asegurarán amplios recursos adquisitivos en el Plano Espiritual.

No digas, así, que la propiedad no existe o que no vale disponer de eso o de aquello. En verdad, debemos a Dios todo lo que tenemos, pero poseemos lo que damos.

Empleo de riquezas

“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” Jesús (Lucas, 12: 15)

*“Si la riqueza no debiese producir sino el mal, Dios no la habría puesto en la Tierra.”
(Cap. 16. Ítem 7)*

Huye de reprobos todos aquellos que transitan en la Tierra bajo la cruz del dinero, para definirse, frecuentemente, por fardo de aflicción.

No solamente los depósitos amonedados pueden ser convertidos en trabajo renovador y santificante.

Todas las disponibilidades de la naturaleza son fuerzas neutras.

El oro y el vapor, la electricidad y el magnetismo no son malos y ni buenos en sí mismos; el uso es el denominador común que les revela los bienes o los males consecuentes del control y de los bienes o la orientación que les imprimimos.

Meditemos en la utilización de aquellas otras riquezas que nos alegran a cada hora.

En la prueba individual, es innecesario ir lejos para la justa demostración.

Escuchemos la conciencia sobre el aprovechamiento de todas las preciosas posibilidades del cuerpo que nos muestra la mente.

Delante de una escena sospechosa, observemos la conducta que dista a los ojos para que nos ayuden a fijar las imágenes edificantes, con espontaneo desinterés, por todos los ingredientes capaces de formar el vinagre de la Injuria.

Escuchando esa o aquella noticia inusitada, reparemos la directriz que imponemos a los propios oídos, de modo que retengan la mejor de las informaciones recogidas, a fin de que nuestra palabra se abstenga de todo lo que pueda constituir ofensa a instituciones y personas.

Al frente del trabajo es preciso anotar que especie de comportamiento indicamos a nuestros complementos de manifestación, para que no nos dispongamos a enlazar los deberes que nos competen con flagrante perjuicio a los otros.

En asuntos de sentimiento, será forzoso preguntar, en lo íntimo, cuanto procedimiento sugerimos a nuestros recursos de expresión afectiva, para que, en nombre del amor, no vengamos a precipitar corazones sensibles y generosos en abismos de delincuencia y desilusión.

Reflexionemos en los talentos divinos que nos bendicen, en todas las esferas de la existencia y, deseemos felicidad y victoria a todos nuestros amigos que se mueven en el mundo, bajo el peso de la fortuna transitoria, con difíciles problemas para resolver, anotemos con imparcialidad como empleamos, día a día, los créditos de tiempo y los tesoros de la vida, para que sepamos con seguridad lo que estamos haciendo realmente de nosotros.

Dinero, el servidor

“Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré” Jesús (Mateo, 25:23)

“La pobreza es para unos la prueba de la paciencia y de la resinación; la riqueza es para otros la prueba de la caridad y de la abnegación.” (Cap.16. Ítem 8)

El dinero es semejante a la palanca susceptible de ser manejada para el bien o para el mal.

Encadenado al poste de la avaricia, produce el cardenillo de la tacañería, con todo, bajo la inspiración del trabajo, es el trabajador fiel que asegura los frutos del maizal y las paredes de la escuela, la cántiga del mazo y la fuerza de la fábrica.

Amarrado al carro del orgullo, es el estimulante del error, pero, en la luz de la fraternidad, es el obrero de la renovación incesante, enriqueciendo el suelo y construyendo la ciudad, extendiendo los hilos del atendimiento y garantizando los valores de la educación.

Aprisionado en el cofre de la ambición desvariada, es el enemigo de la evolución, sin embargo, dirigido a la cultura, es el agente del progreso, auxiliando al hombre a solucionar los enigmas de la enfermedad y a resolver los problemas del hambre, a comprender los mecanismos de la naturaleza y a avivar el esplendor de la civilización que analiza la tierra e investiga el firmamento.

Detenido en la sombra del egoísmo, es el veneno que promueve la esterilidad del sentimiento, no obstante, confiado a la caridad, es el amigo servicial que hace brotar rosas de alegría en el espinoso del sufrimiento, alimentando pequeñitos desamparados y sustentando madres olvidadas, levantando almas abatidas que el Infortunio mortifica e iluminando hogares desdichados que la necesidad oscurece.

¡Dinero! ¡Repara el dinero! Dicen que el dinero es el responsable del transeúnte que la embriaguez tira a la calzada, por el delincuente escondido en las aventuras de la noche, por el hermano infeliz que adormeció la conciencia en la cocaína y por la mano invisible que mató al niño en el claustro materno, entretanto, por detrás de la botella y del arma delictiva, tanto como en la retaguardia del estupefaciente y del aborto, permanece la Inteligencia humana, que esclaviza la moneda a la criminalidad y a la locura.

Contempla el dinero, pensando en el sudor y en la sangre, en la vigilia y en la aflicción de todos aquellos que lloraron y sufrieron para ganarlo y míralas por servidor de la felicidad y del perfeccionamiento del mundo, rogando en silencio para que le enseñe a realizar el bien que le cabe hacer.

Propiedades

“Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.” Jesús (Mateo, 6: 21)

“El hombre no posee en propiedad sino lo que puede llevarse de este mundo.” (Cap.16. Ítem 9)

En todo lo que se refiera a la propiedad, enumera, encima de todo, aquellas que compartes por dones indescriptible de la Infinita Bondad, y que, por haberse incorporado tranquilamente a tu modo de ser, casi siempre no le das mucha importancia.

Diariamente, recoges, con absoluta Indiferencia, el centelleo de la corona solar derramándose, por fuerzas divinas, en el regazo de la tierra, transformándose en calor y pan, no obstante, basta un pequeño rebaño de nubes en la atmosfera para que te rebelés contra el frío.

Dispones de las aguas circulantes que, en manantiales y pozos, ríos y lluvias, te alegran la existencia, sin que te acuerdes de eso, y, ante el breve impedimento de la canalización en el recinto doméstico, te entregaste sin defensa a pensamientos de irritación.

Flores a millares, en el camino y en el campo, te convidan a meditar en la grandeza de la Inteligencia Divina, conversando contigo por el idioma particular del perfume y, en muchas circunstancias, no dudas en romperlas bajo los pies, lanzando reclamaciones si el pequeñito guijarro te penetra el zapato.

Corrientes aéreas trazan de lejos, principios nutrientes, sustentándote la vida y les consumes las energías, a la manera de niño que se regocija inconsciente y feliz en el seno materno, y si el viento agita una leve capa de polvo, acostumbras a acusar desagrado e intemperancia.

Posees en el cuerpo todo un castillo de facultades prodigiosas que te posibilita, por las ojivas de los sentidos, la contemplación y el análisis del Universo permitiéndote ver y oír, hablar y orientar, aprender y discernir, sin que percibas, de pronto, el limitado valor, y difícilmente dejas de clamar contra los excesos que señalizas en el camino de los semejantes, sin reflexionar en las dificultades y en las pruebas que la posesión efímera de eso o de aquello les acarrea a la existencia.

No envidies la propiedad transitoria de los otros.

Ignoras porque motivo la fortuna amonedada les aumenta la responsabilidad y requema la cabeza. Sobre todo, nunca relaciones la ausencia de lo superfluo. Considera los talentos imperecederos que ya retienes en la intimidad de la propia alma, y recuerda que transportas en el corazón y en las manos los recursos inefables de extender, infinitamente, los tesoros del trabajo y las riquezas del amor.

Moneda y trabajo

“Porque es como un hombre que, yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.” Jesús (Mateo, 25:14)

“Los bienes de la Tierra pertenecen a Dios, que los da según su voluntad, no siendo el hombre más que un usufructuario, el administrador más o menos íntegro e inteligente. (Cap.16. Ítem 10)

Si muchos corazones yacen petrificados en la Tierra, en verdete de avaricia, huyamos de atribuir al dinero semejantes calamidades.

Condenar la fortuna por los desastres de la avaricia, sería lo mismo que golpear al automóvil por los abusos del conductor.

El fuego es compañero del hombre, desde la aurora de la razón, y porque surjan, de vez en cuando, incendios arrasadores, nadie reclamará del mundo el disparate de suprimirlo.

Los anestésicos son preciosos auxiliares de socorro a la salud humana, pero si existen personas que hacen de ellos instrumentos del vicio, nadie pedirá de la ciencia esa o aquella medida con el objetivo de destruirla.

La moneda, en cualquier forma, es agente neutro de trabajo, pidiendo instrucción que la dirija.

Dirás probablemente que el dinero levantó los preciosos dorados de la vida moderna, donde algunas inteligencias se escaparon a la locura o al crimen, comprando indiferencia o arrepentimiento a peso de oro, con todo, es preciso recordar las fabricas e instituciones beneméritas que él garantiza, ofreciendo salario digno a millones de personas.

Es posible que creas que sea el responsable por algunos hombres y mujeres de bolso opulento que espantan al propio tedio, de país en país, a la manera de enfermos ilustres, exhibiendo extravagancias en la prensa internacional, entretanto, es forzoso reconocer los millones de científicos y profesores, industriales y obreros del progreso que la riqueza noblemente administrada sustenta en todas las direcciones.

La Divina Providencia suscita amor al corazón del hombre y el hombre materializa la caridad, transformando el dinero en pan que extingue el hambre.

La Eterna Sabiduría inspira educación al cerebro del hombre y el hombre levanta la escuela, transformando el dinero en luz espiritual que barre las tinieblas.

No censures la moneda que será siempre alimento de la evolución.

Reflexiona en los beneficios que ella puede traer.

Aun así, para que aprendas todo su valor, si quieres hacer el bien, no exijas, para eso, el dinero que permanece en la contabilidad moral de los otros.

Moviliza los recursos que la Infinita Bondad te sitúa rectamente en las manos y aun hoy, en algún rincón de un callejón perdido, al ofrecer un caldo reconfortante a las madres infortunadas que el mundo olvidó, percibirás que el dinero, convertido en cantico fraterno, te hará oír palabras de luz de la propia en oración jubilosa. “– Dios te ampare y bendiga”

Amigo y siervo

“Nadie puede servir a dos señores” Jesús (Mateo. 6: 24)

“Esparce a tu alrededor, con el bienestar, el amor a Dios, el amor al trabajo y el amor al prójimo. Coloca tus riquezas en un fondo que nunca te faltará y te dará grandes intereses: las buenas obras.” (Cap.16 Ítem 11)

¡Consulta el dinero disponible en que te apoyas y analiza su historia por un instante!

Es probable que haya pasado por los suplicios ocultos de un hombre enfermo que se empeñó en gastarlo en medidas que no aplacaron sus sufrimientos; habrá rodado en tejeros, donde madres desvalidas disputaron su posesión, en los encargos de servidumbre; en la calle fue visto por niños menos felices que lo desearon, en vano, pensando en el estómago adolorido; y conquistado, tal vez, por delgado labrador en las fatigas del campo, visitó apretadamente su casa, sin resolver los problemas...

Entretanto, no tuvo el largo itinerario solamente en eso.

Ciertamente, fue compelido a aguantar el ocio de las personas inexpertas que desertaron de la actividad, descendiendo a los remolinos de la obsesión; costeó la sutileza que empujó a alguien a la vorágine de terribles engaños; gratificó los estupefacientes que aniquilan existencias preciosas; y remuneró el alcohol que anestesia conciencias respetables, internándolas en la delincuencia.

¿Qué harías de un trabajador servicial, que llamase a tu puerta, solicitando empleo digno?
¿De un cooperador humillado por ajenos abusos, que te rogase consejo a fin de reajustarse y servir?

El dinero de sobra, que nada tiene que ver con tus necesidades reales, es ese colaborador que te busca pidiendo orientación,

No congeles sus posibilidades en el frío de la avaricia, ni escondas sus energías en el laberinto del monopolio.

Obedece su fuerza y ennoblece sus movimientos, en la esfera de obligaciones que el mundo te señaló.

Hoy mismo, él puede obtener, con tu patrocinio la autoridad moral del trabajo para el compañero, impropriamente juzgado de inútil; el fortalecimiento del hogar que la privación asfixia; el libro edificante que ilumina los caminos de los que se extravían sin apoyo espiritual, el aliento a los enfermos desprotegidos; o la tranquilidad para hermanos atezados por los agujones de la penuria que, frecuentemente, les imponen el desequilibrio o la muerte, antes incluso de ser amparados en el giro de la mendicidad.

Dinero de sobra es el amigo y siervo que la Divina Providencia te envía para sustituir tu presencia, donde tus manos, muchas veces, no conseguirán llegar.

Sí, es posible que, mañana otras personas vengan a esclavizarlo bajo intenciones inferiores, pero nadie apagará la luz que encendiste con él para la felicidad del prójimo, porque, según las leyes inderogables que gobiernan la vida, el bien que hiciste a los otros a ti mismo te lo hiciste.

Bendición de Dios

“Así todo buen árbol da buenos frutos” Jesús (Mateo, 7: 17)

“Vengo, hermanos míos y amigos, a traer mi óbolo para ayudarlos a marchar con valor por el camino del perfeccionamiento en que habéis entrado. Nosotros nos debemos unos a otros; sólo por una unión sincera y fraternal entre Espíritus y encarnados será posible la regeneración.” (Cap. 16, Ítem 14)

Muchas veces, criticamos al dinero, condenándole la existencia, no obstante, es lícito observarlo a través de la justicia.

El dinero no compra la armonía, con todo, en las manos de la caridad, restaura el equilibrio del padre de familia, sobrecargado en deudas escabrosas.

No compra el sol, pero en las manos de la caridad, obtiene la manta, destinada a calentar el cuerpo helado de los que tiemblan de frío.

No compra la salud, entretanto, en las manos de la caridad, asegura protección al enfermo desamparado.

No compra la visión, sin embargo, en las manos de la caridad, ofrece lentes a los ojos deficientes del trabajador de pocos recursos.

No compra la euforia, con todo, en las manos de la caridad, improvisa la comida debida a los compañeros que languidecen de comer.

No compra la luz espiritual, pero, en las manos de la caridad, propaga la página edificante que reajusta el pensamiento extraviándose en las sombras.

No compra la fe, entretanto, en las manos de la caridad, yergue la esperanza junto a corazones caídos en sufrimiento y penuria.

No compra la alegría, no obstante, en las manos de la caridad, garantiza la consolación para aquellos que lloran, suspirando por una migaja de bienestar.

Dinero en sí y por sí es moneda seca o papel insensible que, en las garras de la avaricia o de la crueldad es capaz de crear el infortunio o cubrir el vicio.

Pero el dinero del trabajo y de la honestidad, de la paz y de la beneficencia, que puede ser acreditado en el banco de la conciencia tranquila, toda vez que surja unido al servicio y a la caridad, será siempre bendición de Dios, haciendo prodigios.

Dinero y servicio

“¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido?” Jesús (Mateo, 6: 25)

“No os creáis con el derecho de disponer únicamente para vosotros de lo que sólo es un préstamo y no un donativo. Si no sabéis devolver, no tenéis el derecho de pedir, y acordaos que el que da a los pobres paga la deuda que ha contraído con Dios.” (Cap. 16, Ítem 14)

No digas que el dinero es la causa de los males que atormentan la Tierra.

Si contemplas el firmamento, aceptando la Sabiduría Infinita que plasmó la grandeza cósmica y si te inclinas para la flor del vallado, creyendo que la Infinita Bondad nos la ofreció, no ignoras que la Providencia Divina creó también el dinero que dispones.

Basta una ligera mirada en el campo del mundo para que entiendas la moneda como savia de la actividad, sustentando bienestar y educación, seguridad y beneficencia.

El pan elimina el hambre.
El dinero ayuda a producirlo.

El libro aparta las tinieblas del espíritu.
El dinero protege su expansión.

La ropa cubre el cuerpo.
El dinero ayuda a entretejerla.

La casa ampara.
El dinero apoyó su construcción.

El medicamento socorre.
El dinero incentiva su preparación.

La caridad suprime la penuria.
El dinero asegura sus manifestaciones.

Dinero en la estructura social es comparable a la sangre en el mundo orgánico: circulando garantiza la vida y, parando, acelera la muerte.

Valores amonedados, sean en metal o en papel, son simientes de realización y alegría; y obsérvese que nadie está impedido de multiplicarlas en las propias manos, a través del trabajo honesto. Es por eso por lo que la Doctrina Espirita nos enseña a encontrar en el dinero, un agente valioso y neutro pidiendonos empleo y dirección.

Dale pasaje para el reino del bien, obrando y sirviéndote de él, a beneficio de cuantos comparten la caminata y estarás en unión incesante con el Auxilio Divino, que te bendecirá la prosperidad y resguardará tu presencia en la Tierra, por fuente viva del Eterno Bien.

Concepto del bien

*“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”
Jesús (Mateo, 5: 48)*

“El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, de amor y de caridad en su mayor pureza.” (Cap.17, 3)

Todas las veces que escuches a alguien refiriéndose al bien o al mal de alguien, procura discernir.

Conoces el amigo que escaló la eminencia económica.

Ha vista de la facilidad con que maneja la moneda, hay quien lo ve muy bien situado en las ventajas materiales, no obstante, vía de regla, si le radiografiases los sentimientos, en él encontrarías un esclavo de la inquietud, detenido en cadenas de oro.

Señalas al hombre que alcanzó la respetabilidad política.

Tan pronto surge en el vértice de la administración, hay quien lo ve muy bien colocado en los intereses del mundo, pero, frecuentemente, si le fotografiases las imágenes del espíritu, en él sorprenderías un mártir de ceremonias y banquetes, obligado entre las necesidades del pueblo y las exigencias de la ley.

Admiras al compañero que venció las propias limitaciones elevándose a la dirección del trabajo común.

Frente a la significativa remuneración que percibe, hay quien lo ve muy bien puesto en la esfera social, con todo, en la mayoría de las veces, si le observases las más íntimas reacciones, en él encontrarías un prisionero de sofocantes obligaciones, sin tiempo para comer el pan que asegura a los dirigidos de condición más sencilla.

Elogias al científico que ofrece ideas de renovación y bienestar.

Al mirarlo bajo los laureles de la popularidad, hay quien lo ve muy bien clasificado en la galería de la fama, no obstante, casi siempre, si tanteases su alma por dentro, en él sorprenderías un atormentado servidor del progreso clamando ansiosamente por simplicidad y reposo.

Reajustemos, así, el concepto del bien, delante de la vida.

En muchas circunstancias, el dinero suprime aflicciones, la autoridad resuelve problemas, la influencia recorta dificultades y la cultura ilumina el camino...

Por eso mismo, toda persona que obtiene cualquier parcela más expresiva de responsabilidad y destaque, se muestra realmente muy bien para combatir el mal y liquidarlo; entretanto, en el caso que venga a utilizarse de los bienes con que la vida le enriquece las manos solo para cuidar del bien de sí mismo, sin ninguna preocupación en la garantía del bien debido a los otros, sea donde sea, semejante criatura estará simplemente mal.

En la construcción de la virtud

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.” Jesús (Mateo, 5:10)

“La virtud, en su más alto grado, encierra el conjunto de todas las cualidades esenciales que constituyen el hombre de bien. Ser bueno, caritativo, laborioso, sobrio y modesto, son las cualidades del hombre virtuoso.” (Cap. 17, 8)

Toleras inapropiadas injurias y callas la justificación que te pende de la boca esperando, a precio de lágrimas, que el tiempo te muestra la libertad de culpa, no obstante, con eso, promueves el reconocimiento y la renovación de tus propios perseguidores.

Puedes apropiarte de la felicidad ajena, a través de pleno dominio en el hogar de otro, a costa del infortunio de alguien, y, aunque padeciendo torturada hambre de afecto, enseñas la práctica del deber a quien te pide convivencia y cariño, sin embargo, con semejante procedimiento, enciendes en la propia alma la llama del amor puro con que, un día, acogerás a los entes queridos en los planos de la vida eterna.

Tienes razón de sobra para hablar de la reprimenda aplastante a los hermanos caídos en error, por la ascendencia moral que ya conquistaste, y pronuncias la frase de estímulo e indulgencia, muchas veces bajo la crítica de los que no comprenden tus maneras, pero consigues, así, volver a levantar el ánimo a los compañeros desanimados, recuperando sus energías para el levantamiento de las buenas conquistas, el derecho de reposar por el merecimiento obtenido en largas tareas noblemente cumplidas, y prosigues en actividad laboriosa, en el progreso y en la paz de todos, casi siempre con el desgaste acelerado de las propias fuerzas, entretanto, en ese bendecido servicio extra, lanzas la segura base de los apostolados santificantes que te iluminarán el gran futuro.

Bajo el asalto de la calumnia, ora en favor de los que te hieren.

Cuando las ventajas humanas te sonrían con perjuicio a los otros, prefiere el sacrificio de las más bellas aspiraciones.

Con autoridad suficiente para la censura, siembra la benevolencia donde te encuentres.

Conservando la posibilidad del descanso, abraza el mayor esfuerzo y trabaja siempre.

Quien soporta serenamente el mal que atrajo para sí mismo, sigue el camino bendito de la resignación, con todo, quien practica el bien cuando puede hacer el mal vive por anticipación en el iluminado país de la virtud.

Auxiliar

“He aquí el que sembraba salió a sembrar.” Jesús (Mateo, 13:3)

“La perfección está enteramente, como ha dicho Cristo, en la práctica de la caridad absoluta; pero los deberes de la caridad se extienden a todas las posiciones sociales, desde la más pequeña hasta la más grande. (Cap. 17, Ítem 10)

¡Ayudar, amparar, consolar, instruir! ...

Para eso, no aguardes el favor de las circunstancias.

Jesús fue claro en la enseñanza.

El sembrador de la parábola no esperó la llamada.

Dejó simplemente las conveniencias de sí mismo y salió para ayudar.

El Maestro no se reporta a surcos abonados o a parcelas escogidas. No menciona temperaturas o climas. No dice si el cultivador era propietario o arrendatario, si es mozo en el impulso o maduro en la experiencia, si posee salud o si tiene la carga de la enfermedad. Destaca solamente que partió a sembrar.

Por otro lado, Jesús no informa si el hombre del campo recibió alguna recomendación acerca de pantanos o desiertos, pedregales o espineros que deba evitar. Esclarece que el trabajador plantó siempre y que la penuria o el fracaso del trabajo fue problema del suelo beneficiado y no de los brazos que se propusieron enriquecerlo.

Sepamos, así, olvidar para servir.

No importa vengamos a tropezar con respuestas deficientes del terreno del espíritu, a veces desfigurada o perjudicada por el brezo de la incomprensión o por la grava de la ignorancia.

Idea y trabajo, tiempo y conocimiento, influencia y dinero son posibilidades valiosas en nuestras manos. Todos podemos esparcirlas por semillas de amor y luz.

Lo esencial, pues, será deshacer el apego excesivo a nuestras comodidades, aprendiendo a salir.

Bendición mayor

“Mas bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen.” Jesús (Mateo, 13:16)

“Amad, pues, vuestra alma, pero cuidado también el cuerpo, instrumento del alma; desconocer las necesidades que están indicadas por la propia Naturaleza, es desconocer la ley de Dios. No le castigéis por las faltas que vuestro libre albedrío le ha hecho cometer y de las que tampoco tiene responsabilidad, como no la tiene el caballo mal dirigido, por los accidentes que causa.” (Cap. 17, Ítem 11)

Tu cuerpo – tu mayor bendición.

Ayúdalo con cuidado para que él te ayude con seguridad.

Edúcalo para que te apoye la educación necesaria.

Cabina de comando, consigues manejarlo, enviando órdenes y sugerencias que remodelan el pedazo de globo en que respiras.

Cinzel, burilas con él la materia, densamente concentrada, a fin de convertirla en amparo y alegría.

Pena, te utilizaste de él para escribir las concepciones; que te fulguran en el cerebro, asimilando la inspiración de las Esferas Superiores.

Lira, puedes tocar sus cuerdas del sentimiento y componer la melodía verbal que se haga jubilosa renovación en aquellos que te escuchen.

Santuario, haces de él el templo de la emoción, absorbiendo fuerzas para soñar y construir o formar el jardín de la familia, en que sitúas los hijos del corazón.

Tu cuerpo tu mayor bendición.

Hay quien lo acusa por el golpe de la delincuencia o por la demencia del vicio, como si el carro obediente debiese pagar la embriaguez o por los disparates del conductor. Y existen aún aquellos que lo declaran culpable por los asaltos de la calumnia y por las calamidades de la cólera, como si el teléfono fuese responsable por la malicia y por los desequilibrios de los que lo menosprecian e injuria su utilidad.

Considera que el cuerpo te retrata la inteligencia en desarrollo en el Planeta, inteligencia que, en el seno de la Tierra, es semejante al hijo en prometedora minoría de edad, en el Ingenio Divino.

Ingenio Divino

“La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso.” Jesús (Mateo, 6:22)

“¿Seréis, acaso, más perfectos, si martirizando vuestro cuerpo no sois menos egoístas, orgullosos y poco caritativos con vuestro prójimo? No; la perfección no consiste en esto; está enteramente en las reformas que haréis sufrir a vuestro Espíritu.” (Cap. 17, Ítem 11)

Guardas la impresión de que resides, de modo exclusivo, en la ciudad y en esencia vives en el cuerpo.

Las máquinas modernas garantizan facilidades enormes.

Valdrían muy poco sin el concurso de las manos.

Palacios voladores te alcanzan a las alturas.

En la experiencia cotidiana, te equilibraste en los pies.

Los grandes telescopios son maravillas del mundo.

No tendrían ningún significado sin los ojos.

La música es cantico del Universo.

Pasaría ignorada sin los oídos.

Necesario sepas que manejas el cuerpo, en la condición de ingenio divino que la vida te presta, instrumento indispensable para tu permanencia en la estancia terrestre.

No te engañes con el esmero superficial.

¿Qué decir del conductor que primase por exhibir un vehículo admirable en la presentación, sentándose alcoholizado al volante?

Estimas la higiene.

Sabes huir de comilonas con manjares innecesarios.

Justo igualmente eliminar la basura moral de cualquier manifestación que exteriorice nuestra individualidad, y evitar la congestión emocional por la carga excesiva de anhelos inadecuados.

La vida orgánica es basada en la célula y cada célula es un centro de energía. Todo arrastre del alma a estado de cólera, resentimiento, desanimo o irritación equivale a una crisis importante, ocasionando desorden y desastre en forma de enfermedad y desequilibrio en la comunidad celular.

Dirige tu cuerpo con serenidad y buen sentido.

Convéncete de que, aunque la ciencia consiga tratarlo, reconstruirlo, reanimarlo, ennoblecerlo y hasta incluso sustituir determinados complementos, nadie, en la Tierra, encuentra un cuerpo nuevo para comprar.

En la forja de la vida

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella.” Jesús (Mateo, 7:13)

“La puerta de la perdición es ancha, porque las malas pasiones son numerosas y el camino del mal es frecuentado por la mayoría. (Cap. 18, Ítem 5)

Llevas contigo la llama del ideal superior y anhelas concretizar los grandes sueños de que te nutres, pero, delante de la realidad terrestre, acostumbras a decir que la dificultad es invencible.

Afirmas haber encontrado incomprendimientos y reveses, dificultades y frustraciones, por todas partes, no obstante...

El pan que consumes es el resumen de numerosas obligaciones que comenzaron en el cultivo del suelo; la vestimenta que te agasaja es la finalización de largas tareas iniciadas de lejos con la preparación del hilo; el hogar que te acoge fue construido con el sudor de los que se unieron al levantarlo; la escuela que te revela la cultura guarda la renunciación de cuantos se consagran al ministerio de la enseñanza; el libro que te instruye costó la vigilia de los que sufrieron para fijar, en caracteres humanos, la claridad de las ideas nobles; el taller que te asegura la subsistencia encierra el concurso de los sembradores del bien, a favor del progreso; el medicamento que te alivia es el producto de las actividades unidas de mucha gente.

Animales que te ayudan, fuentes que te refrigeran, vegetales que te bendicen y objetos que te atienden, se someten a constantes adaptaciones y readaptaciones para que te puedan servir.

Si aspiras, de ese modo, la realización de tu alto destino, no desprecies luchar, a fin de obtenerlo.

En la forja de la vida, nada se hace sin trabajo y nada se consigue de bueno sin el apoyo en el propio sacrificio.

Si quieres, en la sombra del valle, enaltecer la cima del monte, basta contemplar su grandeza, pero si te dispones a compartir su resplandor solar en la belleza de la cima, será preciso usar la cabeza que cargas en los hombros, sentir con la propia alma, mover los pies en que te sustentas y obrar con las propias manos.

Cada servidor en su tarea

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Jesús (Mateo, 7:24)

“Todos los que proclaman la misión de Jesús, dicen: ¡Señor! ¡Señor! ¿Pero de qué sirve llamarle Maestro o Señor si no le siguen los preceptos?” (Cap. 18, Ítem 9)

En el campo de la vida, cada inteligencia se caracteriza por las atribuciones que le son propias.

Sea en los recintos de la ley, en los laboratorios de la ciencia, en el tanque de limpieza o a la cabecera de un enfermo, toda persona tiene el lugar de revelarse.

No te afirmes, de ese modo, inútil o despreciable. Y, atendiendo al trabajo que el mundo te reservó, no te ausentes de la acción, alegando que todos somos iguales y que, por eso mismo, no adelanta fatigar a alguien por traer la nota, en que se especializa, a la sinfonía del Universo.

Sí, todos somos iguales, en la condición de criaturas de Dios, y todos nos identificaremos armoniosamente unos con los otros, en el día de la suprema integración con la Infinita Bondad, pero, entre la estaca de partida y el punto de meta, cada uno de nosotros permanece, en determinado grado evolutivo, con adquisiciones específicas por hacer, aunque estemos bajo el criterio imparcial de las leyes eternas, que funcionan en régimen de absoluta igualdad para todos nosotros.

En cada fase de realización del perfeccionamiento espiritual, como acontece, en cada sector de construcción del progreso físico, establecen los fundamentos divinos sea concedida a cada servidor a su propia tarea. Eso es fácil de verificar en los planos más simples de la naturaleza.

En el trato del suelo, las expresiones climáticas son las mismas para todas las plantas, con todo, la zarza no ofrece naranjas y ni la papaya da claveles.

En la vivienda común, la base es uniforme en la contextura, pero el techo no substituye la pared, y ni la puerta desempeña las funciones del suelo.

En la producción de la luz eléctrica, la fuerza es idéntica en los conductos diversos, no obstante, el transformador no sirve de cable y ni el enchufe efectúa la obra de lámpara.

En el cuerpo humano, aunque la sangre circule por savia única de todas las provincias que lo constituyen, ojos y oídos, pies y manos desenvuelven obligaciones diferentes.

Cierto, puedes incentivar el servicio ajeno, como es justo abonar la labranza para que la labranza produzca con seguridad, sin embargo, la obligación, hoy, es intransferible para cada uno, no obstante, la posibilidad de esa misma obligación se modifica mañana.

Realiza, pues, tan bien como sea posible, la tarea que te cabe y nunca digas que la tarea es excesivamente apagada.

Aun mismo para el más eximio de los astronautas de viaje en el firmamento, comienza de un paso en el suelo del mundo y el más soberbio jequitiba de la selva comenzó en la semilla humilde.

Para y piensa

... *“y a cualquiera que mucho le fue dado, mucho se le pedirá...” Jesús (Lucas, 12: 48)*

“El primer pensamiento de todo espírita sincero, debe ser el de buscar, en los consejos dados por los Espíritus, si hay alguna cosa que le concierne.” (Cap. 18, Ítem 12)

Si la perturbación, por vendaval gritante, ruge a la puerta, no te entregues a los pensamientos desordenados que aflicciones y temores te aconsejarán el alma.

Para y piensa.

Te resbalaste en el error y experimentas la inquietud consecuente de la falta, como si te inmovilizases en el aturdimiento permanente de la caída...

Aceptaste la propuesta de ilusiones astutas y tomaste el camino inverso, reconociéndote en la condición de alguien cuyo vehículo dispara en declive amenazador, en rumbo al abismo...

Sobreestimaste las propias fuerzas y asumiste compromisos superiores a la propia capacidad, recordando a un discípulo injustamente aferrado en una prueba de competencia, para el cual se encuentra aún inmaduro...

Viste compañeros queridos internados en laberintos de sombra, asestando golpes contra la lógica, y te desprecian el culto a la sinceridad y llevas, por eso, el corazón arponado por doloroso desencanto.

Sufriste pérdidas considerables y guardas el espíritu, a la manera de barco a la deriva.

Distorsionaste el raciocinio, bajo el efecto de palabras locas lanzadas en el ambiente en que vives y te tambaleas, como si tuvieses el ánimo picado por dardos de fuego y hiel.

Recuerda, pues, que pacificación y reajuste son recursos de retorno a la tranquilidad y al camino correcto. Sin embargo, recuperación y paz en nosotros reclaman reconocimiento del deber a cumplir.

A vista de eso, si desatinos de esa o de aquella procedencia te visitan el alma, entra en ti mismo y enciende la luz de la oración, reexaminando actitudes y reconsiderando problemas, entendiendo que la renovación solamente será verdadera renovación para el bien, no a costa de comprensiones exteriores, pero si proyectamos al telar de la vida el hilo del propio pensamiento, íntimamente reajustado y corregido por nosotros.

Tener y mantener

*“Porque al que tiene, le será dado; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.”
Jesús (Marcos, 4: 25)*

“No es Dios el que quita al que había recibido poco, sino el mismo Espíritu que, pródigo y negligente, no sabe conservar lo que tiene y aumentar fecundándolo, el óbolo caído en su corazón. El que no cultiva el campo que el trabajo de su padre le ha ganado y él hereda, ve cubrir este campo de hierbas parásitas. ¿Es, acaso, su padre el que vuelve a tomar las cosechas que no ha querido preparar?” (Cap. 18, Ítem 15)

Reflexionemos en algunas situaciones de la vida:

a quien se consagra al servicio, manteniendo el trabajo, más progreso;
 a quien ayuda al prójimo, manteniendo la fraternidad, más recursos;
 a quien respeta el esfuerzo ajeno, manteniendo la colaboración elogiando al bien, más estima;
 a quien estudia, manteniendo la instrucción general, más cultura;
 a quien cultiva comprensión, manteniendo la concordia, más claridad;
 a quien confunde a los otros, manteniendo la oscuridad, más sombra;
 a quien se queja, manteniendo la irritación, hay desanimo;
 a quien se irrita, manteniendo la agresividad, más desesperación;
 a quien crea dificultades, en el camino de los semejantes, manteniendo obstáculos, más problemas.

En la misma directriz, quien se empeña a compromisos, manteniendo deudas nuevas, más deberes y a quien resuelve obligaciones, manteniendo nuevos créditos, más derechos.

Todos nosotros, los espíritus en evolución, tenemos algo a planear y realizar, suprimir y perfeccionar en el mundo de nosotros mismos.

La Doctrina Espirita, desarrollando la enseñanza del Cristo, demuestra que, en todas partes, en las realidades del espíritu, de aquello que habitualmente mantenemos tendremos siempre más.

En la exaltación del trabajo

“Así es el Reino de Dios, como si un hombre echa simiente en la tierra.” Jesús (Marcos, 4:26)

“Valor, labriegos; tomad vuestros rastrillos y vuestros arados; labrad vuestros corazones y arracad de ellos la cizaña; sembrad el grano que el Señor os ha confiado, y el rocío del amor le hará producir frutos de caridad.” (Cap. 18, Ítem 15)

Para considerar la importancia del trabajo, relacionemos particularmente algunas de las calamidades de la inercia, en el plan de la naturaleza.

La casa largamente deshabitada se aparta de la misión de albergar a los que deambulan sin techo y, en seguida, pasa a la condición de reducto de los animales inferiores que la utilizan como residencia.

El campo dejado al abandono huye del cultivo de los elementos nobles, necesarios a la Inteligencia en la Tierra y se transforma, poco a poco, en agradable refugio para la ciperácea.

El pozo de aguas estancadas huye de aliviar la sed de las criaturas, convirtiéndose para luego en piscina de gusanos.

El arado ocioso olvida la alegría de producir y, con el pasar del tiempo, incorpora en sí mismo el óxido que lo desgasta.

La ropa que nadie usa se distancia de la tarea de abrigar a quien tiritita a la intemperie y se hace, poco a poco, la vivienda de la polilla que la destruye.

El alimento indefinidamente guardado sin provecho deja la función que tiene de socorro a los estómagos desnutridos, y acaba alentando a los agentes de la descomposición en que se corrompe.

Donde estés, acuérdate de que la vida es caminar, actividad, progreso, movimiento e incesante renovación para el Bien Eterno.

Trabajo es el infatigable descubridor.

Transporta dificultades, desiste de la irritación, olvida resentimientos, atesora los recursos de la experiencia y prosigue adelante.

Quien persevera en la pereza, no solamente deserta del trabajo que le compete hacer, pero abre también las puertas de la propia alma a la sombra de la obsesión en que fatalmente se arruinará.

Tales como somos

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” Jesús (Mateo, 7:21)

¿Basta llevar la librea del Señor para ser un fiel servidor? ¿Basta decir: “Soy cristiano”, para seguir a Cristo? Buscad a los verdaderos cristianos y los reconoceréis por sus obras. (Cap. 18, Ítem 16)

Declárate en el sano propósito de buscar evolución y perfeccionamiento, luz y alegría, entretanto, en varias ocasiones, paras, rechazando la estación de experiencias y rescate en que aun te ves.

Lanzas afligido mirar para afuera y, frecuentemente, aspiras sin percibir, las condiciones de amigos determinados, perdiendo valioso tiempo en lamentaciones impropias.

“Si tuviera más salud...” – alegas en tono amargo.

En cuerpos enfermos, sin embargo, hay espíritus que atesoran paciencia y coraje, fortaleza y buen ánimo, levantando el patrón moral de comunidades enteras.

“Si consiguiese un diploma distinto...” – afirmas con menosprecio a ti mismo.

No te es permitido desconocer, pues, que el deber rectamente cumplido es certificado de los más nobles, descubriéndote caminos a las conquistas superiores.

“Si tuviese dinero...”. reclamas, triste.

Pero olvídate de que es posible socorrer al enfermo y al prójimo, sin accesorios amonedados.

“Si tuviese más cultura...” – aseveras, mostrando verbo decepcionado.

Y no te aplicas al esmero de recordar que nunca existirán sabios y autoridades sin comienzos laboriosos y sin ásperas disciplinas.

“Si yo alcanzase compañeros mejores...” – dices, subestimando el propio valor.

Entretanto, el esposo extraviado y la esposa difícil, los hijos problemas y los parientes complicados, los colaboradores incipientes y los amigos incompletos son motivos preciosos de tu apostolado individual, en la abnegación y en el entendimiento, para que te eleves de nivel, ante la Vida Mayor.

Equivocados o desmotivados, deficientes o ignorantes, rebeldes y culpados, es necesario aceptarnos a nosotros mismos, tales como somos, sin acoger ilusiones a nuestro respecto,

pero conscientes de que nuestra recuperación, mejoría, educación y utilidad en el bien de los semejantes, en la sustentación del bien de nosotros mismos, puede empezar, desde hoy, si nosotros quisiéramos, dado que es la Ley que nuestra voluntad, íntimamente libre, disponer de oportunidades para renovar el destino todos los días.

Nos enseña Jesús que el Reino de Dios está dentro de nosotros.

Huyamos, pues, de envidiar los instrumentos de trabajo y progreso que brillan en las responsabilidades de los otros. Para superar las dificultades e impedimentos de nuestros propios límites, basta abrir el corazón al amor y aprovechar los recursos que nos enriquecen las manos.

Con la ayuda de Dios

“De cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá; y se pasará; y nada os será imposible.” Jesús (Mateo, 17: 20)

“La fe sincera y verdadera es siempre serena; da la paciencia que sabe esperar, porque teniendo su punto de apoyo en la inteligencia y en la comprensión de las cosas, está segura de llegar al fin.” (Cap. 19, Ítem 3)

Hay quien dice que la discordia y la ignorancia, la penuria y la carencia son llagas crónicas en el cuerpo de la Humanidad, apelando simplemente para la ayuda de Dios, como si Dios estuviese esclavizado a nuestros caprichos, con la obligación de resolver nuestros problemas, a golpe de magia.

Indudablemente, nada de bueno se efectúa sin la ayuda de Dios, no obstante, vale destacar que el Infinito Amor obra en la Tierra, en las cuestiones propiamente humanas, por la capacidad del hombre, atendiendo a la voluntad del propio hombre.

Las criaturas terrestres, a través de milenios, van realizando las más bellas empresas de la evolución con el Amparo Divino.

Cuando, decidieron conocer lo que había, más allá de los mares enormes, con la ayuda de Dios, construyeron las naves que los sustentan sobre las olas.

Vencían penosamente las largas distancias...

Cuando se dispusieron a buscar más largas dotaciones de movimiento, con la ayuda de Dios, fabricaron vehículos de motor, que se deslizan en el suelo o planean en el espacio.

Continuaban sometidas a las fábricas, que les mantenían todas las facultades en la sombra de la ignorancia.

Cuando decidieron conquistar el tiempo preciso para el cultivo más amplio de la inteligencia, con la ayuda de Dios, estructuraron las máquinas que descansan sus mentes y sus manos, por todas partes, desde el cerebro electrónico a la enceradora.

Padecían visión limitada...

Cuando se esforzaron en obtener nuevos medios de análisis, con la ayuda de Dios, pasaron a tener lentes y rayos que les proporcionan observaciones minuciosas, tanto en los astros, como en las piezas más ínfimas del mundo orgánico.

Experimentaban manifiesta insuficiencia de comunión espiritual...

Cuando se fatigaban por establecer contacto entre sí, con la ayuda de Dios, alcanzaron las comunicaciones sin hilo, que les permitían el mutuo entendimiento, de un lado a otro lado de la Tierra, en fracción de segundos.

Todo eso consiguieron aprendiendo, trabajando, sufriendo y perfeccionando... Y para disfrutar semejantes beneficios, pagan naturalmente la adquisición de pasajes y utensilios, ingenios y servicio.

Así también, los males que atormentan la vida humana pueden ser extirpados de la Tierra, si procuramos construir el bien, a costa del propio esfuerzo, con la ayuda de Dios.

Tesoros de tiempo, orientación, entendimiento y otros recursos no nos faltan.

Urge, pues, reconocer que somos responsables de las propias obras. De ese modo, con la ayuda de Dios, será posible transformar el mundo en radioso paraíso, comenzando en nosotros mismos, no obstante, eso solo pasará si nosotros queremos.

Auxilio y nosotros

“Pedid y recibiréis...” Jesús (Juan 16:24)

“Es menester guardarse de confundir la fe con la presunción. La verdadera fe se aviene con la humildad; el que la posee pone su confianza en Dios más que en sí mismo, porque sabe que, siendo un simple instrumento de la voluntad de Dios, nada puede sin Él. (Cap. 19. Ítem 4)

Soñamos felicidad y queremos ayuda.

La sabiduría del Universo colocó la voluntad en nuestro fuero íntimo, a modo de juez supremo, a fin de que la voluntad, en última instancia, decida todas las cuestiones que se refieren a la construcción de nuestro destino.

Anhelamos tranquilidad, alentamos nobles aspiraciones, aguardamos concretar los propios deseos, trazamos votos de mejoría... Y, a cada paso, nos sorprendemos con el concurso indirecto de las circunstancias extendiéndonos, de mil modos, el apoyo verdadero de la Providencia Divina.

La comprensión, pues, de cualquier ayuda surge condicionada a nuestras resoluciones.

Escuelas preparan.
 Afectos protegen.
 Simpatías defienden.
 Favores ayudan.
 Consejos avisan.
 Dolores advierten.
 Dificultades adiestran.
 Experiencias educan.
 Desencantos renuevan.
 Sufrimientos purifican.

La máquina de la Eterna Beneficencia funciona matemáticamente, en nuestro favor, a través de los múltiples instrumentos de la vida, entretanto, las Leyes Eternas no esperan coger autómatas en conciencia alguna.

Frente a eso, aunque consideremos con el Evangelio que toda buena dádiva procede originariamente de Dios, transformar para el bien o mal el amparo incesante que nos es concedido dependerá siempre de nosotros.

Ante los incrédulos

“Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.” Jesús (Juan, 8:32)

“La resistencia del incrédulo, es preciso convenir en ello, con frecuencia, se vincula menos a él que a la manera como se presentan las cosas. A la fe es preciso una base, y esta base es la inteligencia perfecta de lo que se debe creer; para creer no basta ver, es necesario, sobre todo, comprender.” (Cap. 19, Ítem 7)

Compadezcámonos de los incrédulos que se arremeten contra las verdades del espíritu, intentando penetrarlas a la fuerza.

Semejantes necesitados llegan de todas las procedencias....

De paisajes calcinados por el fuego del sufrimiento, de caminos que los tormentos encharcan de llanto, de cavernas de la aflicción en que yacían amarrados al desespero.

Otros existen que nos alcanzan las puertas, conturbado por el clima de irreflexión a que se callan, o trayendo sarcasmos en el pensamiento inmaduro, como niños ruidosos en recintos serios de una escuela.

Muchas veces, en las sendas de la actividad cotidiana, somos tentados a categorizarlos como viajeros de indeseable convivencia, sin embargo, los que surgen dementes por el dolor y aquellos otros que se acomodan con la liviandad por la fuerza propia de la inexperiencia, ¿no serán igualmente hermanos, delante de Dios?

Cierto que no nos es justo entregarles, en vano, energía y tiempo, cuando se muestren distantes de la sinceridad que debemos unos a los otros, pero si anhelan realmente aprendizaje y renovación, sepamos ayudarlos a comprender que pesquisa y curiosidad solamente valen si son acompañadas de estudio serio y trabajo digno.

Extendamos a los compañeros que el ateísmo endurece, algo de nuestras convicciones que los ayude a reflexionar en la propia inmortalidad.

Esforcémonos en compartir con ellos el alimento de la fe, con la misma espontaneidad de quien divide los recursos de la mesa. Sin embargo, preguntará, ¿y si no aceptan, obstinados e irónicos, los bienes que les ofrecemos? ¿Y si nos apagan, a golpes de violencia, las lámparas de amor que encendemos en sus caminos?

Si preguntas así pueden ser formuladas por nuestra conciencia tranquila, después del desempeño de nuestro deber de fraternidad, será preciso consultar la lógica y la lógica nos dirá que ellos son ciegos de espíritu que nos cabe amparar, en silencio, en la clínica de la oración.

Médiums de todas partes

“Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo.” Jesús (Juan, 17: 18)

“La higuera seca es el símbolo de las personas que sólo son buenas en apariencia, pero que en realidad no producen nada bueno...” (Cap. 19, Ítem 9)

Los médiums son intérpretes de los espíritus. Representan para ellos los órganos materiales que transmiten sus instrucciones. De ahí ser dotados de facultades para ese efecto.

En los tiempos modernos de renovación social, les cabe la misión especialísima: son árboles destinados a ofrecer alimento espiritual a sus hermanos. Se multiplican en número para que haya alimento abundante.

Existen, por todas partes, entre los ricos y los pobres, entre los grandes y los pequeños, a fin de que, en ningún punto falten, para que todos los hombres se reconozcan llamados a la verdad.

Si desvían del objetivo providencial la preciosa facultad que les fue concedida; si la emplean en cosas fútiles o perjudiciales; si la colocan en servicio de intereses mundanos; si, en vez de frutos maduros dan malos frutos; si, se recusan a utilizarla en beneficio de los otros; o si ningún provecho sacan de ella, en el sentido de perfeccionarse, son comparables a la higuera seca.

Estas consideraciones tan ricas de oportunidades, al frente de la extensión constante de las tareas espíritas en la actualidad, no son nuestras. Son conceptos textuales de Allan Kardec, en el ítem 10, del capítulo 19 de “EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO”, escritos hace casi un siglo.

Los médiums son legiones. Funcionan a millares, en todos los puntos del globo terrestre. Sean en la administración o en la colaboración, en la beneficencia o en el estudio, en la tribuna o en la pena, en el consuelo o en la cura, en el trabajo informativo o en la operación de fenómenos, todos son convocados a servir con sinceridad y desinterés, en la construcción del bien, con base al perfeccionamiento de sí mismos.

Encima de todos, representando la escuela sabia e inmaculada, que no puede responsabilizarse por los errores o deserción de los alumnos, brilla la Doctrina Espirita, en la condición de Evangelio Redivivo, trazando orientación clara y segura.

Fácil concluir, de este modo, que situar la mediumnidad en la formación del bien de todos o gastar sus talentos en movimientos infelices es decisión de cada uno.

Máximo y mínimo

“El buen hombre del buen tesoro de su corazón saca bien.” Jesús (Lucas, 6: 45)

“La fe, para ser provechosa, debe ser activa; no se debe entorpecer. Madre de todas las virtudes que conducen a Dios, debe velar con atención el desarrollo de las hijas que nacen de ella.” (Cap. 19, Ítem 11)

Si aceptamos a Jesús como Maestro, urge recordar que él está entre nosotros y los otros, aunque siempre más íntimamente unido a aquellos que se acercan hambrientos, cansados, desorientados, tambaleantes.

Muchas veces, tomas la comida, probando manjares diversos y dejando sin importancia platos llenos que diriges, inconscientemente al desagüe.

Hay, pues, millares de criaturas que se alegrarían con una diminuta porción de las sobras que se caen de tu mesa.

Recoges la ropa común, comprobando ornamentos o combinando colores que te dignifiquen la presencia, relegando piezas y piezas a un descanso inútil en el armario.

Existen, con todo, millares de infortunados, suspirando por la ropa gastada que apartaste del uso.

Vía de regla, guardas en el cajón, sin ninguna utilidad, el dinero que no sientes necesidad, después de la compra de ese o aquel objeto, atendiendo a un pasajero capricho.

Sin embargo, resurgen de la calle millares de hermanos en dolorosa penuria, para quien migajas de tus recursos serían claridades de felicidad.

No es raro, consultas libros y publicaciones a decenas, por simples incomodidades, sin el menor pensamiento de gratitud por aquellos que consumieron fosfato y tiempo, para que no falten esclarecimiento y cultura.

Entretanto, en los caminos que recorres, hay millares de hermanos, ansiando aprender, a los ojos de los cuales los textos más elevados no pasan de garabatos y enigmas.

Razonable que poseas casa propia a tu gusto, con todo, que ayudes a extinguir en el mundo las manchas del desamparo.

Justo que tengas el vehículo particular que te garantice eficiencia y bienestar, no obstante, que ayudes a abolir el sufrimiento de la carencia, en el trato de tierra donde respires.

Comprensible que acumules las más altas reservas de inteligencia, sin embargo, que nadie este privado de buscar el alfabeto.

Mereces el máximo de seguridad y alegría, pero no dejes a los otros sin el mínimo de apoyo a la necesaria sustentación.

Si llevas el nombre de Jesús en la confesión de la propia fe, cargas en el corazón la luz del Cristianismo, y Cristianismo en su esencia, quiere decir Jesús y los otros junto a nosotros.

El espírita

“Así los primeros serán postreros, y los postreros primeros; porque muchos son llamados, mas pocos escogidos.” Jesús (Mateo, 20:16)

*“Buenos espíritas, muy amados míos, vosotros sois todos obreros de la última hora.”
(Cap. 20, Ítem 2)*

El espírita, en la práctica de la Doctrina Espírita, se hace realmente conocido, a través de características esenciales.

Rinde constante homenaje de amor a Dios, comenzando en la conciencia.

Considera la Humanidad como su propia familia.

Respeto en el cuerpo de carne un santuario vivo que le cabe sublimar.

Abraza el trabajo constructivo, sea cual sea la posición en que se encuentre.

Se abstiene formalmente del profesionalismo religioso.

Se sabe un espíritu en evolución y, por eso, no exige a los otros, cualidades perfectas que aún no posee.

Acepta sin rebeldía dificultades y sufrimientos por no desconocer que los principios de la reencarnación sitúan a cada persona en el lugar que trazó a sí misma, ante los resultados de las propias obras.

Se esfuerza en el perfeccionamiento individual, en la certeza de que todo mejora en torno, a medida que busca mejorarse.

Estima en el deber irreprensiblemente cumplido, sea en el hogar o en la profesión, en la vida particular o en la actividad pública la base de la predica de su propia fe.

Destaca el bien, procurando la victoria del bien, con olvido de todo mal.

Huye de la crítica personal, al frente de la caridad que le dirige el camino, pero no rechaza el examen honesto e imparcial de ese o de aquel problema que interese al equilibrio y la seguridad de la comunidad en que vive.

Ejerce la tolerancia fraterna, corrigiendo el error sin herir, como quien separa al enfermo de la enfermedad.

Estudia siempre.

Ama sin esclavizar y sin esclavizarse.

No tiene la presunción de saber y hacer todo, pero realiza, con espontaneidad y alegría el trabajo que le compete.

Obra sin pasiones partidarias, en asuntos políticos, aunque esté atento a los deberes de ciudadano que el cuadro social le decreta.

Usa las posesiones del mundo a favor de la prosperidad y del bien y los otros.

Evita los excesos.

Simplifica, cuanto sea posible, la propia existencia.

Acata los preconceptos de los otros, mientras no se siente obligado a cultivar preconcepto alguno.

Definiéndose en espirita en la condición de aprendiz infatigable del progreso, será justo recordar aquí el concepto de Allan Kardec, en el ítem siete del capítulo primero de “El Evangelio según el Espiritismo”: Así como el Cristo dijo: “no vine a destruir la ley, sino, a cumplirla”, el Espiritismo también dice: “no vengo a destruir la ley cristiana, sino a darle cumplimiento.”

Tiempo de hoy

“Andad entre tanto que tenéis luz” Jesús (Juan, 12:35)

“Llamado a prestar cuenta de su mandato terrestre, comprende la continuidad de la tarea interrumpida, pero siempre retomada. Ve y siente que atrapó en el vuelo el pensamiento de sus antepasados; vuelve a entrar en la lid, maduro por la experiencia, para avanzar aún más.” (Cap. 20, Item 3)

Hoy es el tema fundamental en las proposiciones del tiempo.

Ayer, retaguardia. Mañana, porvenir.

Hoy, no obstante, es la oportunidad adecuada de corregir fallos habidos y ejecutar el servicio adelante...

¡Día de comenzar experiencias que nos mejoren o reajusten; de consultar esa o aquella página edificante que nos ilumine la ruta; de escribir el mensaje al corazón amigo que nos aguarda la palabra a fin de reconfortarse al asumir una decisión; de promover el encuentro que nos valore las esperanzas; de extender las manos a los que se nos hicieron adversarios o de orar por ellos si la conciencia no nos permite aun la reaproximación!...

Cuantos resentimientos se convierten en delitos por no haber dado un minuto de amor para extinguir el brasero del odio.

¡Cuántos pequeños resentimientos se transformaron en separaciones seculares, en los dominios de la reencarnación por no haber tenido valor de ejercer la humildad por media hora!

¡Analiza la planta que se elevó en los pocos días en que estuviste ausente, reflexiona en el plato que se corrompió durante los momentos breves en que te distanciaste de la mesa!

Todo se transforma en el tiempo.

En el tramo de un instante, se desplazan mundos, proliferan microbios.

El tiempo, como la luz solar, es concedido a todos nosotros en parcelas iguales; las obras se diferencian, dentro de él por partir de nosotros.

Observa el tiempo que se llama hoy. Relaciona los recursos que dispones: ¡ojos que ven, oídos que escuchan, verbo claro, brazos y piernas útiles bajo control del cerebro libre!...

Nadie te impide hacer del tiempo consolación y tranquilidad, ejemplo digno y conocimiento superior.

El propio Jesús atribuía tanta importancia, al tiempo que no se olvidó de glorificar la última hora de los sembradores de la verdad que se deciden a trabajar.

Aprovecha el día corriente y haz algo mejor.

Hoy consigues obrar y pensar, comandar y seguir, sin obstáculos.

Válete, así, del momento que pasa y toma la iniciativa del bien, porque el tiempo es concesión del Señor y mañana la bondad del Señor podrá modificar tu camino o renovar tus programas.

Idea Espírita

“Paz tengáis: como me envió el Padre, así también yo os envío.” Jesús (Juan, 20: 21)

Id, pues, y llevad la palabra divina: a los grandes que la desdeñarán, a los sabios que pedirán pruebas, a los pequeños y sencillos que la aceptarán, porque sobre todo entre estos mártires del trabajo, en esta expiación terrestre, encontraréis el fervor y la fe. Id, éstos recibirán con cánticos de acción de gracias, cantando alabanzas a Dios, el consuelo santo que les lleváis, y se inclinarán agradeciendo la parte que les corresponde de sus miserias terrestres. (Cap. 20, ítem 4)

Todos nosotros, en Doctrina Espirita, desaprobamos cualquier inclinación al exclusivismo y a la intransigencia.

Ninguna religión existe huérfana de la Providencia Divina.

Ninguna parcela de la verdad resurge en la Tierra, dirigida al menosprecio. Por otro lado, no ignoramos que la transmisión de nuestros principios comienza en la reforma individual.

Llamados, pues, a colaborar en la siembra de la Nueva Revelación, es necesario consagrar lo mejor de nosotros mismos a la idea espírita, de modo para prestigiarla y desarrollarla.

Nada fácil adquirir oficinas y rotativas de la gran imprenta, pero todos, sin excepción, disponemos de medios, aunque modestos, a fin de apoyar esa o aquella hoja doctrinaria que la divulgue.

Muy difícil es dominar integralmente las actividades de una emisora moderna, con todo, nadie aparece tan desvalido que no pueda ofrecer un pequeño esfuerzo para que ella sea mantenida en minutos breves por la onda radiofónica o por los canales de la televisión.

No siempre manejaremos la tribuna coronada por la retórica perfectamente unida a la gramática, no obstante, la humildad es accesible a todos, a fin de que la frase sincera consiga exponerla con franqueza y cariño, edificando quien la escuche.

Muy raramente, lograremos organizar editoras para el lanzamiento de obras en masa, sin embargo, ninguno de nosotros está impedido de ofrecer un libro que la contenga para consuelo y esclarecimiento a quien la lee.

En todas partes, surge el impositivo de la idea espírita: en la interpretación religiosa para que la fe no se convierta en fanatismo; en los estudios filosóficos, para que la exposición verbal no sea discurso infructífero; en las realizaciones científicas, para que la experimentación no se haga locura; en las empresas del arte, para que el sentimiento no se rebaje en el vicio.

El mundo tiene sed de raciocinio, en torno de la inmortalidad del alma, del intercambio espiritual, de la reencarnación, de la muerte física, de los valores mediúmnicos, de la desobsesión, de las incógnitas de la mente, de los enigmas del dolor y, sobre todo, alrededor de las Leyes Divinas, exactas, en la conciencia de cada uno.

Para que obtengamos solución a semejantes problemas, urge sepamos trabajar por la difusión de la idea espirita, en la construcción de la Era Nueva, irradiando con todos los recursos permitidos a nuestro alcance, con base en el vehículo del ejemplo.

Conjunto

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, ellos estén también conmigo.” Jesús (Juan, 17:24)

“¡Qué vuestra falange se arme, pues, de resolución y de valor! ¡Manos a la obra! El arado está preparado; la tierra espera, es preciso trabajar.” (Cap. 20, Ítem 4)

En un templo espírita cristiano es razonable anotar que todo trabajo es acción de conjunto.

Cada compañero es indicado a la tarea precisa; cada cual asume la apariencia de pieza particular en el engranaje del servicio, sin cuya cooperación los mecanismos del bien no funcionan en armonía.

Indispensable apagarnos por el brillo de la obra.

En la aplicación de la electricidad, se congregan complementos diversos, pero interesa, encima de todo, la producción de la fuerza, y, en el aprovechamiento de la fuerza, la gran industria en un espectáculo de grandeza, pero no desarrolla todo el concurso que puede realizar, sin los simples enchufes.

Necesario, así, sepamos reconocer por nosotros mismos lo que sea esencial a hacer por el rendimiento digno de la actividad general.

Orientando o colaborando, en determinadas ocasiones, la realización más importante que se nos pide es el esclarecimiento moderado de gentileza o la indicación paciente y clara de la verdad al ánimo del obrero menos despierto, en la edificación espiritual.

En otros instantes, la obligación más valiosa que las circunstancias nos solicitan es el entendimiento con un niño, la conversión fraternal con un enfermo, la limpieza de un mueble o el transporte de una carga pequeña.

Imprescindible, pues, desempeñar semejantes tareas, sin derramar el ácido de la queja y sin agriar el sentimiento en el rechazo sistemático.

Irritarse alguien, en el ejercicio de las buenas obras es lo mismo que rellenar el pan con cenizas.

¡Administrar amparando y obedecer, efectuando lo mejor! ...

En todo, comprender que el modo más eficiente de pedir es trabajar y que el proceso más justo de recomendar es hacer, pero trabajar y hacer, sin tristeza y sin rebeldía, entendiendo que benefactores y providencias son recursos preciosos para nosotros mismos.

En todos los emprendimientos del bien, somos complementos naturales unos de los otros.

El Universo es sustentado en la base del equipo. Una constelación es familia de soles. Un átomo es reunido de partículas.

Ninguno de nosotros procura destaque injustificable.

En la dirección o en la subordinación, nos basta el privilegio de cumplir el deber que la vida nos marca, discerniendo y elucidando, pero ayudando y amando siempre.

El corazón, motor de la vida orgánica, trabaja oculto y Dios, que es para nosotros el Anónimo Divino, palpita en cada ser, sin jamás individualizarse en la luz del bien.

Ser espírita

“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo.” Jesús (Juan, 16:33)

“Id y agradeced a Dios por la tarea gloriosa que os confió; pero meditad que, entre los llamados al Espiritismo, muchos se extraviaron; mirad vuestro derrotero y seguid el camino de la verdad.” (Cap. 20, Ítem 4)

Doctrina Espirita Cristianismo Renaciente.

Ser espírita es constituirse en núcleo de acción edificante, a través del cual empieza la Nueva Era.

Se habla en el mundo de hoy, como si el mundo estuviese reducido a una casa en ruinas.

El espírita es llamado a la función de la viga robusta, susceptible de mostrar que no todo se perdió.

Hay quien diga que la Humanidad yace en proceso de desagregación.

El espírita es convidado a guardarse por célula sana, capaz de abrir camino para la recuperación del organismo social.

El espírita, donde surja la destrucción, se convierte en el apelo al restablecimiento; donde explote la indisciplina, se hace soporte del orden y, donde labre el pesimismo, se yergue, de inmediato, por mensaje de esperanza. Así sucede, porque el espírita reconoce que no vale exigir a los otros aquello que no hacemos, ni reclamar al vecino la claridad de un farol, cuando, muchas veces, ese mismo vecino espera por la llama de alguien que le caliente e ilumine el corazón helado en la sombra.

¡Compañero de ideal!

La enseñanza espírita es la palabra del Cristo que nos alcanza sin gritar y la obra espírita, desde las bases primordiales de Allan Kardec, es construcción del Evangelio, levantando a las criaturas sin rebajar a nadie.

Trabaja sirviendo, consciente de que cada uno de nosotros es el agente de la propaganda de sí mismo, en el trabajo de la redención humana, que no nace de la violencia y sí de la verdad y del amor, en el toque fraternal de espíritu a espíritu.

A vista de eso, si mucho puedes realizar, a beneficio del prójimo, por aquello que sabes, solamente conseguirás renovar a los semejantes por aquello que eres.

Delante de la vida social

El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él. Jesús (Juan, 14. 21)

“Tocáis el tiempo del cumplimiento de las cosas anunciadas para la transformación de la Humanidad. ¡Felices serán los que hayan trabajado en el campo del Señor con desinterés y sin otro móvil que la caridad!” (Cap. 20, Ítem 5)

Espiritualidad superior no se compadece con el aislamiento.

Si el trabajo es la escuela de las almas en la esfera de la evolución, el contacto social es la piedra de toque definiéndoles el grado de aprovechamiento.

Virtud que no se reconoció en el crisol de la experiencia se figura como metal juzgado precioso, cuyo valor no fue ajustado.

Talento proclamado sin utilidad general se le asemeja, de algún modo, al tesoro conservado en un museo.

Nadie muestra perfeccionamiento espiritual a la distancia de la tentación y de la lucha.

Las leyes del Universo, esforzándose en la santificación de las criaturas, no determinan que el mundo se convierta en valle de mendicidad y sufrimiento, pero si espera que el planeta se eleve a la condición de morada de la prosperidad y de la seguridad para cuantos habitan en sus franjas de vida.

Todos somos llamados a la edificación del progreso, con el deber de mejorarnos, colaborando en la mejoría de los que nos rodean.

Justo, así, pasas a conservar un diploma académico, reteniendo privilegios de trabajo por el conocimiento adquirido, no obstante, será crueldad no hacer nada para que el prójimo se libere de la ignorancia; natural disfrutes de residencia dotada de todos los recursos, que te garanticen la alegría personal, pero es contrario a la razón te elogies dentro de ella, sin ningún esfuerzo para que los menos favorecidos dispongan de refugio conveniente; comprensible te aprovisiones la propia mesa con comidas sabrosas que te satisfagan la dieta exigente, entretanto, es absurdo esperes que el cuenco ajeno llame a tu puerta; perfectamente normal, que te vistas, según los modelos del tiempo, manejando las piezas de ropa que creas aconsejables a la propia presentación, con todo, es extraño confiar un vestuario en desuso al dominio de la polilla, desconsiderando la desnudez de los que tiemblan de frío.

Apoyemos el bien para que el bien nos apoye. Para eso es necesario extender a los semejantes los bienes que nos alegran.

Piensa en la naturaleza, en el sistema de donaciones permanentes en que se expresa.

El cielo reparte la luz infinitamente, el suelo descubre energías y riquezas sin cuenta, fuentes ofrecen aguas, arboles dan frutos...

Felicidad sola será, de cierto, egoísmo consagrado.

Toda vez que dividimos la propia felicidad a los otros, debidamente aumentada, retorna de los otros a nuestro corazón, multiplicando la felicidad verdadera dentro de nosotros.

Exterior y contenido

“Mirad que nadie os engañe.” Jesús (Mateo, 24:4)

“Los fenómenos espíritas, lejos de dar crédito a los falsos Cristos y a los falsos profetas, como algunos exageran en decirlo, por el contrario, vienen a darle el golpe de gracia. No pidáis al Espiritismo ni milagros ni prodigios, porque declara formalmente que no los produce.” (Cap.21, Ítem 7)

Forzoso distinguir siempre el exterior del contenido.

Exterior atiende a la información y al revestimiento.

Contenido, pues, es substancia y vida.

Exterior, en muchas ocasiones afecta únicamente a los ojos.

Contenido alcanza a la reflexión.

Simples lecciones de cosas nos aclaran el propósito.

La casa impresiona por la forma. El interior, con todo, es el que decide su aprovechamiento. La máquina atrae por el tipo. El engranaje, sin embargo, es el que revela su función.

Exterior consigue engañar.

Un frasco indicando medicamento es capaz de llevar corrosivo.

Una bolsa aparentemente inofensiva puede encerrar una bomba.

Contenido, sin embargo, habla por sí mismo.

La esencia de eso o de aquello es o no es.

Imperioso considerar aun, que todas las adquisiciones, conocidas por fuera, solamente denotan valor real si filtradas por dentro.

Cultura es patrimonio incorruptible, no obstante, apenas vale para la vida, en el ejemplo de trabajo de aquel que la posee.

Título profesional tiene el crédito apreciado por el bien que realiza.

Teoría de elevación no va sin la práctica.

Música es valorada en la ejecución.

Atendamos, pues, a las definiciones espiritas, que nos trazan deberes imprescriptibles, confesándonos espiritas y abrazando actitudes espiritas, pero sin olvidar que Espiritismo, en la esfera de nuestras vidas, en todo y por todo, es renovación moral.

Siembra Espírita

“Porque cada árbol por su fruto es conocido; que no cogen higos de los espinos, ni vendimian uvas de las zarzas.” Jesús (Lucas, 6:44)

Es así, hermanos míos, como debéis juzgar; son las obras las que debéis examinar. Si los que se dicen estar revestidos del poder divino están acompañados de todas las señales de semejante misión, es decir, si poseen en el más alto grado las virtudes cristianas y eternas: la caridad, el amor, la indulgencia, la bondad que concilia todos los corazones; si, en apoyo de las palabras, unen los actos, entonces podréis decir: Realmente son éstos los enviados de Dios. (Cap.21 Ítem 8)

Adentrando la siembra espirita, rememora el Cristianismo Redivivo, que se le configura en las menores actividades, y no te límites a la expectativa.

En semejante campo de fe, sin rituales y sin símbolos, sin acuerdos y sin exigencias, descubrirás fácilmente los recomendados del Señor, surgiendo en aquellos compañeros cuyas dificultades sobrepasan las nuestras.

Pleiteas el mensaje de los entes queridos que te antecedieron en el viaje del túmulo, sin embargo, basta que busques amigos diversos que no solamente perdieron la presencia de seres inolvidables, sino también las posibilidades destacables de la intimidad doméstica.

Solicitas protección para los hijos educados en los primores de tu bendición, ahora en obstáculos inquietantes en el estudio o en la profesión, con todo, distinguirás, a tu lado, padres valerosos e incapaces de aliviar las sencillas necesidades de los pequeños de la propia carne, sin la asistencia del amparo público.

Te esfuerzas en la cura de la enfermedad ligera que te atormenta, y contemplarás a muchos de aquellos que llevan molestias irreversibles, para los cuales llega una frase de esperanza, a fin de bendecir los dolores de la propia vida.

Pides, mentalmente, ayuda para la solución de negocios materiales que te propicien finanzas más dilatadas, no obstante, sorprenderás los pies desnudos de hermanos que vinieron de lejos, a la búsqueda de un simple pensamiento confortador, venciendo, paso a paso, largas distancias, por faltarles recursos para los costes de transporte.

Ruegas consejo en asuntos determinados, no obstante, el arsenal de los conocimientos de que dispones, sin embargo, reconocerás, frente a frente, amigos diversos que nunca tuvieron, en toda la existencia física, la bendita oportunidad de un libro en las manos.

Si el Plano Superior ya te permite pisar en la siembra espirita no te límites a la oración. Todos los tipos de rogativa que se vuelvan para el Bien Infinito son respetables, no obstante, piensa en nuestro Divino Maestro que oró ayudando y realiza algo de bueno, a favor de los hermanos en Humanidad, que él mismo nos presenta.

Espiritismo es Cristianismo, y Cristianismo, quiere decir Cristo en nosotros para extender el Reino de Dios y servir en su nombre.

Leer y estudiar

*“Muchos vendrán en mi nombre diciendo: “yo soy el Cristo”, y engañarán a muchos.”
Jesús (Mateo, 24:5)*

“Desconfiad de los falsos profetas.” (Cap. 21, Ítem 9)

Leer, si, y leer siempre, pero saber lo que leemos.

Eso es lo mismo que reconocer la obligación de la alimentación física, en la cual, todas las criaturas de buen sentido atiendan a la selección necesaria.

Nadie adquiere géneros deteriorados para la formación de los platos que consume.

Persona alguna compra pasteles de lodo para servirlo a la mesa.

Estudiar, si, y estudiar siempre, pero saber lo que estudiamos.

Eso es lo mismo que reconocer el impositivo de la instrucción, en el cual todas las criaturas de buen sentido atienden al criterio preciso.

Nadie adquiere paginas disolutas para fortalecer el carácter.

Persona alguna compra grabaciones pornográficas para conocer el alfabeto.

El hombre filtra el agua, efectúa los prodigios de la asepsia, inmuniza productos del mercado popular y se vacuna contra molestias contagiosas, no obstante, por más que levante los principios del control de la imprenta, encuentra, a cada paso, reportajes sanguinolentos y libros enfermizos, en los cuales el vicio y la criminalidad, frecuentemente, comparecen disfrazados en bellas palabras, semejantes a cristales de alto precio, carreando veneno.

Asevera el apóstol Pablo, en su primera carta a los Tesalonicenses: “examinad todo y retened lo bueno”.

La sabia sentencia, de cierto, menciona todo lo que puede y debe ser generalmente anotado, a la vez que el medio microbiano, para efectos científicos, se reserva el examen de técnicos que, además, lo hacen, dotados de guantes convenientes.

Leamos y estudiemos, si, cuanto nos sea posible, honrando el trabajo de los escritores de pensamiento limpio y noble que nos restauren las fuerzas y nos amparen la Vida, pero evitemos las páginas en que la locura y la delincuencia se estampan, muchas veces, a través de alucinaciones fraseológicas de superficie deliciosa y brillante, dado que, buscarles la convivencia equivale a pagar corrosivo mental o perder tiempo.

En el camino de la elevación

“Llevad mi yugo sobre vosotros” Jesús (Mateo, 11:29)

“Pero en la unión de los sexos, al lado de la ley divina material, común a todos los seres vivientes, hay otra ley divina, inmutable como todas las leyes de Dios, exclusivamente moral, y que es la ley de amor.” (Cap. 22, Item 3)

Bendice los conflictos que, tantas veces, te maltratan el corazón en la senda doméstica, siempre que el hogar aparezca por nido de problemas e inquietudes. Es ahí, entre las cuatro paredes del reducto familiar, que reencontrarás la instrumentación del sufrimiento reparador.

Amigos transformados en desafíos de la paciencia.

Padres incomprensibles solicitándote entendimiento.

Hijos convertidos en ásperos inquisidores del alma.

Parientes que se revelan como adversarios inflexibles bajo el disfraz de la consanguinidad.

Luchas inesperadas y amargas que dilapidan las mejores fuerzas de la existencia por su contenido de aflicción.

Acepta las notificaciones del calvario doméstico, en la forma con que se muestren, como quien acoge el remedio indispensable a la propia cura.

Desertar será retardar la ecuación que la contabilidad de la vida exigirá siempre, en la matemática de las causas y de los efectos.

En este sentido, vale recordar que Jesús no afirmó que si alguien deseara encontrarlo necesitaría proclamar sus virtudes, entrelazarle laureles, homenajear su nombre o consagrarse a las actitudes de adoración, pero si, fue concluyente, aseverando que los candidatos a la integración con él precisarían cargar la propia cruz y seguir sus pasos, esto es, soportar con serenidad y amor, entendimiento y servicio los deberes de cada día.

Bienaventurado, pues, todo aquel que, a pesar de las dificultades y de las lágrimas del camino que sustenta en los hombros, aun mismo, desechos y adoloridos, la bendita carga de las propias obligaciones.

Uniones de prueba

“Lo que Dios juntó, no lo aparte el hombre.” Jesús (Mateo, 19: 6)

“Cuando Jesús dijo: “No separéis lo que Dios ha unido”, eso debe entenderse de la unión según la ley inmutable de Dios, y no según la ley variable de los hombres.” (Cap. 22, Ítem 3)

Aspiras la convivencia de los espíritus de elección con los cuales te armonizas ahora, no obstante, llevas aun en la vida social y doméstica, el vínculo de las uniones menos agradables que te obligan a frenar impulsos y a sofocar los más bellos sueños.

No violentes, con todo, la ley que te ordena semejantes deberes.

Arrastramos, del pasado al presente, los débitos que las circunstancias de hoy nos fuerzan a revisar.

El esposo arbitrario y rudo que te pide heroísmo constante es el mismo hombre de otras existencias de cuya lealtad escarneciste, agravando su manera agresiva y cruel.

Los hijitos enfermos que te desfallecen en los brazos, cancerosos o insanos, idiotizados o paralíticos son las almas confiadas e ingenuas de anteriores experiencias terrestres, que impeliste fríamente a las pavorosas caídas morales.

La compañera intransigente y obsesionada, envolviéndote en farpas magnéticas de celos, no es otra, sino que la joven que otrora engañaste con falsos juramentos de amor, enredándole los pies en degradaciones y locura.

Los padres y jefes tiránicos, siempre dispuestos a herirte el corazón, revelan la presencia de aquellos que fueron hijos en otras épocas, en los cuales plantaste arbustos espinosos del despotismo y del orgullo, hoy contigo para que les renueves el sentimiento, a precio de bondad y perdón sin límites.

Espíritus enfermos, pasamos por la escuela de la reencarnación, como si el mundo, transformado en sabia anestesia, nos retuviese en el hogar para que el tiempo, a la manera de profesor dedicado, de prueba en prueba, efectúe la cirugía de las lesiones psíquicas de egoísmo y vanidad, vicio e intolerancia que nos comprometen el alma.

Al frente, pues, de las uniones menos simpáticas, sepamos soportarlas, de ánimo firme.

Divorcio, retirada, el rechazo y dimisión, a veces, constituyen medidas justificables en los acuerdos humanos, pero casi siempre no pasan de moratorias para un rescate en condiciones más difíciles, con intereses muy altos.

Escuchemos el interior de nosotros mismos.

Mientras la conciencia se nos aflige, en la expectativa de apartarnos de la obligación, ante alguien, vibra en nosotros la señal de que la deuda permanece.

Espiritismo y nosotros

“Si me amáis, guardad mis mandamientos.” Jesús (Juan, 14:15)

“El Espiritismo viene a realizar, en el tiempo predicho, las promesas de Cristo; sin embargo, esto no puede hacerse sin destruir los abusos.” (Cap. 23, Ítem 17)

Todas las religiones garantizan retiros e internados, organizaciones y jerarquías para la formación de orientadores sometidos a ciertas condiciones, que expongan las instrucciones según el control que les parece conveniente.

La Doctrina Espirita, reviviendo el cristianismo puro, es la religión del esclarecimiento libre. Pero si nosotros, los espiritas encarnados y desencarnados, situamos nuestras pequeñas personas, encima de los grandes principios que la expresan, estaremos muy distantes de ella, confundidos en los delirios del personalismo deprimente, en nombre de la libertad.

Todas las religiones amontonan riquezas terrestres, a través de templos suntuosos, declarando que así proceden para rendir digno homenaje a la Divina Bondad.

La Doctrina Espirita, reviviendo el cristianismo puro, es la religión del desprendimiento. Entretanto, si nosotros, los espiritas encarnados y desencarnados, encarcelamos la propia mente en las hipnosis de adoración a personas o en la ilusión de posesiones materiales pasajeras, caeremos en amargos procesos de obsesión mutua, descendiendo a la condición de vampiros intelectualizados unos de los otros, gravitando en torno a intereses sombríos y perdiendo la visión de los Planos Superiores. Todas las religiones cultivan riguroso sentido de secta, manteniendo la segregación de los que profesan.

La Doctrina Espirita, reviviendo el cristianismo puro, es la religión de la solidaridad. Con todo, si nosotros, los espiritas encarnados y desencarnados abrazamos riesgos y distorsiones, en torno a la enseñanza espirita, incluso siendo inocentes y piadosas, en la cuenta de fraternidad, levantaremos nuevas Inquisiciones del fanatismo y de la violencia contra nosotros mismos.

Todas las religiones sustentan claustros o discriminaciones, a pretexto de resguardarse contra el vicio. La Doctrina Espirita, reviviendo el cristianismo puro, es la religión del pensamiento recto. Sin embargo, si nosotros, los espiritas encarnados y desencarnados, convocados a servir en el mundo desertamos de ayudar a los semejantes, a título de supuesta humildad o por temor de preconceptos, acabaremos inútiles, en los círculos cerrados de la virtud de superficie.

Todas las religiones, de un modo o de otro alimentan representantes y ministerios remunerados.

La Doctrina Espirita, reviviendo el cristianismo puro, es la religión de la asistencia gratuita. No obstante, si nosotros, los espiritas encarnados y desencarnados, huimos de obrar, vivir y aprender a costa del esfuerzo propio, incentivando trabajadores pagados y cooperadores financiados, caeremos, sin percibir, en las sombras del profesionalismo religioso.

Todas las religiones son creadoras de un profundo respeto y de inmensa gratitud por los servicios que prestan a la Humanidad. Nosotros, pues, los espiritas encarnados y desencarnados, no podemos olvidar que somos llamados a revivir el cristianismo puro, a fin de que las leyes del Bien Eterno funcionen en la responsabilidad de cada conciencia.

Nos exhortó el Cristo: “Amaos los unos a los otros como yo os amé.”

Y prometió: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.”

Proclamó Kardec: “Fuera de la caridad no hay salvación.”

Y esclareció: “Fe verdadera es aquella que puede encarar a la razón cara a cara.”

Esto quiere decir que sin amor no habrá luz en el camino y que sin caridad no existirá tranquilidad para nadie, pero esto mismo anunciado, significa igualmente que sin justicia y sin lógica, nuestros mejores sentimientos pueden transformarse en meros caprichos del corazón.

Ante el Divino Médico

“Los que están sanos no tienen necesidad de médico.” Jesús (Mateo, 9: 12)

“Jesús se dirigía, sobre todo, a los pobres y a los desheredados, porque éstos son los que tienen más necesidad de consuelos; a los ciegos dóciles y de buena fe porque quieren ver y no a los orgullosos que creen poseer toda la luz y no tener necesidad de nada.” (Cap. 24, Ítem 12)

Millones de nosotros, los espíritus encarnados y desencarnados en servicio en la Tierra, somos almas enfermas de muchos siglos. Cargando débitos y limitaciones, contraídos en existencias pasadas o adquiridos ahora, proclamamos en palabras sentidas que Jesús es nuestro Divino Médico. Y basta una ligera reflexión para encontrar en el Evangelio la colección de recetas anunciadas por él, con vistas a la terapia del alma.

Todas las indicaciones del sublime formulario priman por la seguridad y concisión.

En las perturbaciones del egoísmo: “haz a los otros lo que deseas que los otros te hagan.”

En las convulsiones de la cólera: “en la paciencia te controlarás a ti mismo.”

En los accesos a la rebeldía: “humíllate y serás elevado.”

En la paranoia de la vanidad: “no entrarás en el Reino de los Cielos sin la simplicidad de un niño.”

En la parálisis de espíritu por falsa virtud: “si aspiras a ser el mayor, se en el mundo el siervo de todos.”

En los quistes mentales del odio: “ama a tus enemigos.”

En los delirios de la ignorancia: “aprende con la verdad y la verdad te liberará.”

En los dolores por ofensas recibidas: “perdona setenta veces siete.”

En los desesperos provocados por violencias ajenas: “ora por los que te persiguen y calumnian.”

En las crisis de incerteza, en cuanto a la dirección espiritual: “si quieres ir detrás de mí, niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme.”

Nosotros, las conciencias que nos reconocemos endeudadas, nos alegramos con la declaración consoladora del Cristo: “No son los que gozan de salud los que necesitan de médico.”

Si, somos espíritus enfermos con ficha especificada en los gabinetes de tratamiento, instalados en las Esferas Superiores, de los cuales instructores y benefactores de la Vida Mayor nos acompañan y analizan acciones y reacciones, pero es preciso considerar que el facultativo, incluso siendo Nuestro Señor Jesús Cristo, no puede salvar al enfermo y ni ayudarlo a todo, si el enfermo persiste en huir del remedio.

Estudio íntimo

“Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.” Jesús (Mateo, 9: 13)

“Si el poder de comunicarse con los Espíritus se hubiese dado sólo a los más dignos, ¿cuál osaría pretenderlo? Además, ¿en dónde estaría el límite de la dignidad y de la indignidad? La mediumnidad es dada sin distinción a fin de que los Espíritus puedan llevar la luz a todas partes, a todas las clases de la sociedad, así entre los pobres como entre los ricos; a los sabios para fortalecerlos en el bien y a los viciosos para corregirlos.” (Cap. 24, Ítem 12)

En la construcción espiritual a que fuimos llevados por la bondad del Cristo, surgen momentos ásperos, en los cuales tenemos la impresión de llevar fuego y hiel en los casilleros del alma.

No más trabas consecuentes de calumnia y persecución, pero sin disgusto e inconformidad levantándose de nosotros contra nosotros.

Insatisfacción, arrepentimiento tardío, autopiedad...

En muchas ocasiones, desertamos del bien, cuando se hacía imprescindible demostrarlo.

Fallamos o nos distrajimos, en el momento preciso de vigilar o vencer.

Y nos sentimos deprimidos, arrasados...

Incluso así, urge no perder tiempo con lamentaciones inútiles.

Claro que no nos compete caer en la irresponsabilidad.

Mera obligación analizar nuestros actos, examinar la conciencia, meditar, discernir...

Entretanto, es forzoso cultivar coraje y serenidad constante para rectificarnos siempre, adiestrando infatigable paciencia hasta incluso para nosotros, en las pruebas que nos corrijan o humillen, agradeciéndolas como lecciones.

Muchas veces, nos preguntamos porque habremos sido convocados a la obra del Evangelio si, por el momento, somos portadores de numerosas debilidades y molestias morales, con todo, vale considerar que así sucede justamente por eso, ya que Jesús declaró francamente no haber venido a la Tierra para curar a los sanos.

Críticos del mundo buscarán, igualmente, que diferencia hace para nosotros las teorías de cura espiritual y los cuidados por la sublimación íntima, si estamos mutilados del alma, tanto ahora como ayer.

Podemos, así y todo, responder, con esperanza y optimismo, que hay mucha diferencia, ya que, en el pasado, éramos enfermos insensatos, agravando, inconscientemente, nuestros males, mientras que hoy conocemos nuestras enfermedades, tratándolas con atención y empeñándonos, incesantemente, huir de ellas.

Nuestras cruces

*“...Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.”
Jesús (Marcos, 8:34)*

“Regocijaos, dijo Jesús, cuando los hombres os aborrecieren y os persiguieren por mi causa, porque por eso seréis recompensados en el cielo. Estas palabras pueden ser traducidas así: Sed felices cuando los hombres, por su mala voluntad hacia vosotros, os proporcionen la ocasión de probar la sinceridad de vuestra fe, porque el mal que os hacen se vuelve en provecho vuestro. Compadecedles, pues, por su ceguedad, y no los maldigáis.” (Cap. 24, Ítem 19)

Juzgábamos, antiguamente, que nuestras cruces, las que debemos cargar, al encuentro del Señor, se constituían únicamente de aquellas de los ejercicios loables pero incompletos de la piedad religiosa.

Y perdemos, en parte, muchas reencarnaciones, hipnotizados por sentimentalismo enfermizo, aislándonos, sin percibir, en espejismos de la propia imaginación para tropezar, en seguida, con las pesadillas del tiempo, abandonado inútilmente.

Con la Doctrina Espirita, que nos revela el significado real de las palabras del Cristo, aprendemos hoy que no bastan fugas y omisiones del campo de lucha a fin de alcanzar la meta sublime.

Asevera Jesús que, si nos disponemos a encontrarlo, es preciso renunciar a nosotros mismos y tomar nuestra cruz. Esa renuncia, no será semejante a la fuente seca. Es necesario que ella demuestre rendimiento de valores espirituales, en nuestro favor y a beneficio de aquellos que nos rodean, enseñándonos el desapego al bien propio por el bien de todos.

Frente a eso, nuestras cruces incluyen todas las realidades que el mundo nos ofrece, dentro de los cuales somos convocados a olvidarnos en la construcción de la felicidad general.

Los fardos que nos caben transportar, a fin de que vengamos a merecer la convivencia del Maestro, muchas veces contienen los dolores de las grandes separaciones, las farpas del desencanto, los sufrimientos en familia, los sacrificios mudos, en que los entes amados nos piden, largos periodos de aflicción, los desastres del plano físico que nos cortan el alma, el abandono de aquellos mismos que nos apoyaban todas las esperanzas, el cautiverio a compromisos por la sustentación de la armonía común, las tareas difíciles, en cuya ejecución, casi siempre, somos obligados a marchar, aguardando de balde la cooperación ajena.

No nos engañemos. El propio Cristo transportó el madero que nuestra ignorancia le atribuyó, caminando senda marginada de exigencias, injurias, golpes y deserciones.

Nadie abraza la senda del Evangelio para estirarse en redes de fantasía.

El cristiano es llamado a mejorar y elevar el nivel de la vida y para quien efectivamente vive en Cristo, la vida es un camino pavimentado de esperanza y trabajo, alegría y consuelo, pero plenamente abierto a las sorpresas y enseñanzas de la verdad, sin ninguna ilusión.

Campeonatos

“Buscad, y hallaréis...” Jesús (Mateo, 7:7)

“Si Dios hubiese librado al hombre del trabajo del cuerpo, sus miembros estarían atrofiados; si le hubiese librado del trabajo de la inteligencia, su espíritu habría permanecido en la infancia, en estado de instinto del animal.” (Cap. 25, Ítem 3)

Acostumbramos a admirar a las personalidades que se galardonan en la Tierra.

Oradores vencen timidez y tartamudeo, en adiestramiento laborioso, añadiendo perfección.

Poetas torturan versos, durante años, transformándose en estetas perfectos, ajustando la emoción a los rigores de la forma.

Pintores reconstituyen los propios trazos, centenas de veces, fijando, por fin, los coloridos de la naturaleza.

Atletas dan tiempo indeterminado, manejando pelotas y raquetas o sometándose a severos regímenes, en materias de alimentación y disciplina, para garantizarse la opulencia del destaque.

Todos ellos son dignos de aprecio, por las técnicas obtenidas, a costa de largos esfuerzos, y todos, pero sin intención, trazan el camino que se nos indica a las victorias del alma, ya que existen campeonatos ocultos, sin ningún aplauso en el mundo, aunque seguido con mucha atención en la Esfera Espiritual.

Si aspiramos a la liberación de la impulsividad que nos arrastra a los flagelos de la cólera y del descontrol, es forzoso que nos simpaticemos a los reglamentos interiores.

Oradores, poetas, pintores y atletas habrán leído o escuchado entrenadores eméritos, pero, sin la consagración de ellos mismos a los ejercicios que les atribuían eficiencia, no pasarían de aspirantes a los títulos que presentan. Así también, en el campo del espíritu.

No adquiriremos equilibrio y entendimiento, abnegación y fe, únicamente deseando semejantes adquisiciones.

No ignoramos que, en ciertos episodios de la vida, no remediaremos la dificultad con suaves actitudes y que surgen dificultades, en el camino, en los cuales el silencio no es la directriz ideal; no desconocemos que, en determinadas circunstancias, la caridad no debe ser basada en moldes de flojedad y que sentimiento no es hecho de piedra para resistir, intocable, a todos los agujones del deseo...

Entretanto, si aplicamos en nosotros las reglas en la eficacia que acreditamos, conteniendo impulsos inferiores, cinco, doscientas, ochocientas, dos mil, diez mil o cincuenta mil veces,

practicando humildad y paciencia, por la obtención de los pequeños triunfos del mundo íntimo, que solamente nosotros mismos conseguimos evaluar, conquistaremos el perfeccionamiento del espíritu, encontrando la palabra correcta y la conducta exacta, en las más diversas situaciones, en los más variados problemas.

Todo es cuestión de inicio y el éxito depende de la lealtad a la conciencia, ya que exclusivamente aquellos que cultivan fidelidad a la propia conciencia es que se disponen a proseguir y perseverar.

Auxilio de lo Alto

*“Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que toca, se le abre.”
Jesús (Mateo, 7:8)*

“De esta manera serás hijo de tus obras, tendrás el mérito de ellas y serás recompensado según lo que hubiereis hecho.” (Cap. 25, Ítem 3)

Dios ayuda siempre.

Observa, pues, el edificio aun el más sencillo que se levanta en el mundo.

Todos los recursos utilizados proceden fundamentalmente de la Bondad Infinita. La inteligencia del arquitecto, la fuerza del obrero, el apoyo en el suelo y los materiales empleados constituyen dones de la Eterna Sabiduría, con todo, delineamientos de la planta, elementos de albañilería, metales diversos y otros agentes de la construcción no se expresarán y ni se agruparán en el servicio a toque mágico.

El labrador ruega buen tiempo a Dios, pero no recoge sin plantar, aunque Dios le enriquezca las tareas con los favores del clima.

Las leyes de Dios protegen la casa, no obstante, si el morador no la protege, las mismas leyes de Dios, con el tiempo, la transformará en ruina, hasta que aparezca alguien con suficiente comprensión del propio deber, que se proponga a reconstruirla y habilitarla con respeto y seguridad.

En todas partes, la naturaleza resalta el Apoyo Divino, pero no deja de recomendar, aunque, sin palabras, la imposición del Esfuerzo Humano.

La Creación puede ser comparada a la inmensa propiedad del Creador que la disfruta con todas las criaturas, en condominio perfecto, en el cual las responsabilidades crecen con la extensión de los conocimientos y de los bienes obtenidos.

No digas, de esta forma, sin la obligación de pensar, estudiar, influenciar, programar, actuar y hacer.

“Ayúdate que el Cielo te ayudará” – proclama la sabiduría. Eso, en el fondo, equivale a decir que las leyes de Dios están invariablemente preparadas para efectuar lo máximo en nuestro favor, entretanto, nada conseguirán realizar por nosotros, si no damos de nosotros por lo menos lo mínimo.

Sector personal

“... a cada uno según sus obras.” Jesús (Mateo, 16:27)

“No, los Espíritus no vienen a librar al hombre de la ley del trabajo, sino a enseñarle el objeto que debe conseguir y el camino que a él conduce, diciéndole: Marcha y llegarás. Encontrarás piedras a tu paso, pero procura quitarlas por ti mismo, pues te damos la fuerza necesaria si quieres aprovecharte de ella. (Cap. 25, Ítem 4)

Para iluminar la noción de la responsabilidad personal, nunca está demás recorrer a las lecciones vivas de la naturaleza.

En el plano físico, Dios es la base imprescindible generadora de toda energía, no obstante, el sol es la central que asegura la vitalidad terrestre; es el fundamento divino del mundo, pero la roca es la base que sustenta el valle; es el propietario absoluto del suelo, sin embargo, el árbol es el genio maternal que deposita el fruto; es el señor supremo de las aguas, entretanto, la fuente es el recipiente que sacia a los hombres.

Igualmente, en el plano moral, Dios es la raíz de la justicia, no obstante, el legislador es el tronco de los estatutos de gobernanza, es la cabeza insondable de la sabiduría, pero el profesor es la vértebra de la escuela; es la inspiración del trabajo, aunque, el operario es el agente de la tarea; es la esencia del campo, sin embargo, el labrador es el instrumento de la siembra.

Así también ocurre en la esfera de nuestros deberes particulares.

Todo aquello de que disponemos, incluyendo afectos, condiciones, oportunidades, títulos y recursos pertenecen, originariamente, a Dios, con todo, es forzoso vigilar por el sector de las propias obligaciones, dado que, queramos o no, responderemos a Dios, a través de las leyes que orienta la vida, por el servicio individual que nos cabe hacer.

Palabras de Jesús

“Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?” Jesús (Mateo, 6:26)

Dios conoce nuestras necesidades y las provee según lo que se necesita; pero el hombre, insaciable en sus deseos, no siempre sabe contentarse con lo que tiene; no le basta lo necesario, le es preciso lo superfluo, y entonces la Providencia le abandona a sí mismo.” (Cap. 25, 7)

Mucha gente se vale del Evangelio para usar las expresiones literales del Señor, sin ninguna consideración para con el sentido profundo que las dictó, simplemente para exaltar conveniencia y egoísmo.

Exhortó el Divino Maestro: “No os inquietéis por el día de mañana”.

Encontramos a aquellos que se basan en estas palabras, destinadas a situarnos en la eficiencia tranquila, para abrazar deserción y pereza, olvidando que el propio Jesús nos advirtió: “Andad mientras tengáis luz”.

Aseveró el Eterno Amigo: “No solo de pan vive el hombre”.

Hay compañeros que se apoyan en semejante concepto, dedicado a preservarnos contra la voluptuosidad de la posesión, para asumir actitudes de relajamiento y desprecio, al frente del servicio de organización y previsión de la vida material, sin acordarse de que Jesús multiplicó panes, en el monte, socorriendo a la multitud cansada y hambrienta.

Afirmó el Excelso Benefactor: “Realmente hay Cielos”.

En todos los círculos de la enseñanza cristiana, aparecen los que se aprovechan de la afirmativa, dedicada a inmunizarnos contra las calamidades de la avaricia, para lanzar injurias contra el dinero y sarcasmos contra los hermanos llamados a manejarlo, en la sustentación del trabajo y de la beneficencia, de la educación y del progreso, incapaces de recordar que Jesús honró la finanza dignamente empleada, hasta incluso en los dos veintenes con que la viuda pobre demostró la propia fe.

Dijo el Cristo: “No juzguéis”.

En todas partes, sorprendemos a los que se prevalecen del aviso que nos previene contra los desastres de la intolerancia, para defender vicio y mala fe sin prevenirse de que Jesús nos recomendó: “Orad y vigilad a fin de no caer en tentación.”

Aconsejó el Maestro de los Maestros: “Al que os pide la túnica, dadle también la capa.”

No pocos movilizan la enseñanza consagrada a empujarnos al culto del desprendimiento y de la gentileza, para establecer régimen de irresponsabilidad y negligencia, cuando el Cristo nos enseñó la obligación de entregar a cada uno aquello que le pertenece, hasta incluso en las cuestiones mínimas del impuesto exigido por los poderes públicos, al solicitarnos: “Dad al Cesar lo que es de Cesar”.

No podemos olvidar que las palabras del Cristo, en el curso de los siglos, recibieron interpretaciones adecuadas a los intereses de grupos, circunstancias, administraciones y personas.

La Doctrina Espirita brilla hoy, pues, delante del Evangelio, no solo para aliviar y consolar, sino también para instruir y esclarecer.

Comunidad

“Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir.” Jesús (Mateo, 7:2)

“La caridad y la fraternidad; si no están en el corazón, el egoísmo las sofocará siempre; hacerlas penetrar en él es la tarea del Espiritismo.” (Cap. 25, Ítem 8)

Siempre que puedas, lanza un gesto de amor a aquellos que se apagan en el día a día, para que no te falten seguridad y bienestar.

El punto más alto no se levanta sin la base.

Te banqueteaste, seleccionando manjares.

Legiones de personas se cansan en las tareas del campo o en las luchas de la industria para que el pan no te falte.

Resides en el hogar, donde restauras las fuerzas.

Decenas de obreros sufrirán duras pruebas al levantarlo

Materializas el pensamiento en la página fulgurante que tu nombre sella.

Multitudes de operación atienden al servicio, para que el papel te obedezca.

Ostentas el cetro de la autoridad.

Millares de compañeros soportan oscuras actividades para que el poder te brille en las manos.

En cuanto puedas, como puedas y donde puedas, en la pauta de la conciencia tranquila, cede algo de los bienes que disfrutas, a favor de los compañeros anónimos que te garantizan los bienes.

Protege los brazos que te alimentan.

Ayuda a los que te sustentan la vivienda.

Escribe en ayuda a los que te favorecen la inteligencia.

Ampara a los que te aseguran el bienestar.

Nadie consigue ser o tener eso o aquello, sin que alguien apoye sus movimientos en aquello o en eso.

Trabaja a beneficio de los otros, considerando el esfuerzo que los otros realizan por ti.

No hay río sin fuente, como no existe frente sin retaguardia.

En la tierra, el astrónomo que define la luz de las estrellas es también obligado a sustentarse con los recursos del suelo.

Pensamiento Espírita

“A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos.” Jesús (Mateo, 9:37)

“La justicia de Dios es como el Sol, que está para todos, lo mismo para el pobre que para el rico.” (Cap. 26, Ítem 4)

Si te propones colaborar en el apostolado liberador del Espiritismo, ayuda al pensamiento espírita a transitar, dándole pasaje, a través de ti mismo.

Prevalécete de los títulos honrosos que el mundo te reservó, obrando conforme las sugerencias que el pensamiento espírita te ofrece, demostrando que la ilustración académica o el mandato de autoridad son instrumentos para beneficio de todos, y no recurso al levantamiento de cualquier aristocracia de la opresión por la inteligencia.

Esparce las posibilidades materiales, centralizadas en tus manos, creando trabajo respetable y extendiendo a beneficencia confortadora y reconstructiva, en la pauta de la abnegación con que el pensamiento espírita te nordea las actividades, probando que el dinero existe para ser disciplinado y conducido en el bien general y no para esclavizar al espíritu a la locura de la ambición desreglada.

Usa la independencia digna que el pensamiento espírita te da, por intermedio del deber rectamente cumplido, evidenciando al frente de los otros, que es posible pensar libremente, con el yugo de los preconceptos, aunque respetando la condición de los semejantes que aun precisan de esos mismos preconceptos para vivir.

Mobiliza la influencia de que dispones, en la sociedad o en la familia, para edificar el conocimiento y garantizar la consolación, según la tolerancia que el pensamiento espírita te inspira, denotando que, delante de la Providencia Divina, todos somos hermanos, con esperanzas y dolores, luchas y aspiraciones, imperfecciones y faltas, igualmente hermanas una de las otras, y que, por eso mismo, la confesión de fe representa instituto de perfeccionamiento con servicio permanente al prójimo, sin que tengamos cualquier derecho a privilegios que recuerden esa o aquella expresión de profesionalismo religioso.

Habla y escribe, actúa y trabaja, todo lo posible, por la expansión del pensamiento espírita, no obstante, para que el pensamiento espírita produzca frutos de alegría y concordia, renovación y esclarecimiento, es necesario vivas de acuerdo con las verdades que él te enseña.

A cada minuto, surge alguien que te pide socorro para el frío de la propia alma, con todo, para que transmitas el calor del pensamiento espírita es necesario que estés vibrando dentro de él. Delante de la sombra, no adelanta unir el cable en el enchufe sin electricidad, ni pedir luz en el candil muerto.

Ante la Mediúmnidad

“Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente.” Jesús (Mateo, 10:8)

“Así, pues, todo el que no tenga de qué vivir, que busque recursos por otra parte y no en la mediúmnidad; que no consagre a ello, si fuere necesario, sino el tiempo de que pueda disponer materialmente. Los Espíritus le tendrán en cuenta su consagración y sacrificios, mientras que se apartan de los que esperan hacer de ellos un medio para escalar.” (Cap. 26, Ítem 10)

Mediúmnidad en la bendición del auxilio es semejante a la luz enalteciendo al bien.

Toda luz es providencial.

Toda mediúmnidad es importante.

Reflexionemos en la divina misión de la luz, expresándose de maneras diversas.

La tenemos en lo alto de las torres, mostrando ruta segura a los navegantes, en los postes de la vía pública, a beneficio de todos, en el recinto doméstico, en uso particular; en las señales de tránsito, previniendo desastres; en las escuelas, garantizando la instrucción; en las enfermerías en socorro a los enfermos; en las lámparas humildes, que ayudan al viajero, a la distancia del hogar, en las cámaras del subsuelo, alentando al operario sudoroso, en la conquista del pan.

Todo núcleo de energía luminosa se caracteriza por utilidad específica.

Ninguno de ellos ineficiente, ninguno despreciable.

La vela oscilante que salva un barco, puesto a la deriva, es tan indispensable como el lustre aristocrático que se erige en la escuela, en el amparo de las inteligencias descarriadas en la ignorancia.

El candil frágil que indica las letras de un libro, en una choza olvidada en el campo, es hermana del foco vigoroso que asegura el éxito del salón cultural.

En lo tocante a la luz, el espectáculo es accesorio.

Vale el provecho.

En materia de mediúmnidad, el fenómeno es suplemento.

Importa el trabajo.

En cualquier tarea de las buenas obras, deja, pues, que la mediúmnidad brille en tus manos.

Entre la lámpara apagada y la fuerza de la oscuridad no hay diferencia.

En alabanza de la oración

“Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cuando hayas cerrado la puerta, ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.” Jesús (Mateo, 6:6)

En fin, orad con humildad, como el publicano y no con orgullo como el fariseo: examinad vuestros defectos y no vuestras cualidades, y si os comparáis con otros, buscad lo que hay de malo en vosotros.” (Cap. 27, Ítem 4)

Pediste en oración la cura de enfermos amados y la muerte les cerró las pupilas, apartándote al corazón; solicitaste apartar la prueba y el accidente ocurrió, aniquilándote las esperanzas; suplicaste sustentación de la molestia y la enfermedad llegó infligiéndote deformidad completa; imploraste suplementos materiales y la carencia te llama a la puerta.

Pero si no abandonas la oración, aliada al ejercicio de las buenas obras, conseguirás paciencia y serenidad, entendiéndolo, por fin, que la desencarnación fue socorro providencial, impidiendo sufrimientos insoportables: que el desastre se constituye en medida de emergencia para evitar calamidades mayores; que la mutilación física es la defensa de la propia alma contra caídas morales de levantamiento difícil y que las dificultades de la penuria son lecciones de la vida, a fin de que demasiada finanza no se haga veneno o explosivo en tus manos. De la misma forma, cuando suplicamos perdón de las propias faltas a la Eterna Justicia, no bastan el llanto de arrepentimiento y la postura de reverencia.

Después del reconocimiento de los compromisos que nos son endeudados en el libro del espíritu, continuamos tan afligidos y tan infelices como antes.

Con todo, si perseveramos en la oración, con el servicio de las buenas acciones que nos demuestran la corrección, en poco tiempo, percibiremos que la Ley nos restituye la tranquilidad y la liberación, con la oportunidad de apagar las consecuencias de nuestros errores, reintegrándonos en el respeto y en la estima de todos aquellos que erigimos a la condición de acreedores y adversarios.

Si guardas ese o aquel problema de conciencia, después de haber rogado perdón a la Divina Bondad, bajo el pretexto de continuar en el fuego invisible de la inquietud, no te apartes de la oración incluso así.

Prosigue orando, fiel al bien que te revele el espíritu renovado.

La oración forma el campo del pensamiento puro y toda construcción respetable comienza en la idea noble. Realmente, sin trabajo que lo realice, el plan más bello es siempre un plan bello a perderse.

No vale prometer sin cumplir.

La oración, dentro del alma comprometida en luchas en la sombra, se asemeja a la lámpara que se enciende en una casa desorganizada; la presencia de la luz no altera la situación del ambiente desajustado y ni aparta los residuos acumulados en el recinto doméstico, entretanto, muestra sin alarde el trabajo que se debe hacer.

Acuérdate ayudando

“Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.” Jesús (Mateo, 6:8)

La oración es reclamada por los Espíritus que sufren; les es útil, porque viendo que piensan en ellos, se sienten menos abandonados y son menos infelices. Pero la oración tiene sobre ellos una acción más directa; les levanta el ánimo, les excita el deseo de elevarse por el arrepentimiento y la reparación, y puede desviarles del pensamiento del mal.” (Cap. 27, Ítem 18)

Acuérdate de los muertos, ayudando...

Indiscutiblemente, todos ellos agradecen la flor de la nostalgia que les lanzas, pero redivivos como se encuentran, si pudiesen te rogarían directamente más decisiva cooperación, más allá del homenaje de superficie.

Suponte en el lugar de ellos, de cuando en cuando, especialmente aquellos que se ausentaron de la Tierra, cargando deudas y aflicciones.

Imagínate dejando la convivencia de los hijos recién llegados de la cuna, atravesando privaciones, y piensa en la gratitud que te haría besar los propios pies de los amigos que se dispusieron a socorrerles el estómago torturado y la piel desprotegida.

Figúrate en la condición de los que se despidieron de padres desvalidos y enfermos, por decreto de inapelable separación, y pondera la felicidad que te tocaría todas las cuerdas del sentimiento, delante de los hermanos que sustituyesen tu cariño, ungiéndoles la existencia de esperanza y consuelo.

Imagínate en el conflicto agónico de los que partieron violentamente, bajo resentimientos feroces, legando a la familia atizados braseros de aversión y reflexiona en el alivio que te sosegaría la mente fatigada, ante los corazones generosos que te ayudasen a perdonar y servir, apagando el fuego del sufrimiento.

Considérate en la posición de los que se apartaron a la fuerza, dejando el hogar aflictivos problemas, y medita en el agradecimiento que sentirías ante los compañeros abnegados que les proporcionasen la solución.

Suponte en el círculo oscuro de los que pasaron en la Tierra, dementes por terribles engaños, suspirando en el más allá por renovación y progreso, y mentaliza tu débito de amor para con todos los hermanos que disculpasen tus errores, proporcionándote vida nueva, en bases de olvido.

Puedes, sin trabajar a favor de los supuestos extintos, consolándoles el espíritu con la frase benevolente y con el bálsamo de la oración o apartando las dificultades y obstáculos que les marcan la retaguardia.

Acuérdate de los muertos, ayudando...

No solo los vivos necesitan de caridad, sino los muertos también.

Ora y sigue

“Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.” Jesús (Mateo, 6:10)

“Los Espíritus siempre dijeron: “La forma no es nada, el pensamiento lo es todo. Orad, cada uno según vuestras convicciones y del modo que más os conmueva, pues un buen pensamiento vale más que numerosas palabras extrañas al corazón.” (Cap. 28, Ítem 1)

En las luchas del día a día, es necesario que recuerdes que la existencia terrestre es la gran escuela, en que el dolor comparece por esencia del aprendizaje y el obstáculo por lección. Y, puertas a dentro de la escuela, la oración, por llama viva, será siempre hilo luminoso, posibilitándote asimilar la inspiración del Maestro, a fin de que no te falten discernimiento y fortaleza, paz y luz.

No transformes, pues, tu rogativa en dificultades para los otros. Al contrario de eso, haz de ella el medio de tu propia renovación.

En muchas circunstancias, solicitas la cooperación de aquellos que más amas, en la solución de los problemas que te incomodan la vida y recibes indiferencia o perturbación por respuesta.

No desfallezcas, ni te desanimes.

Ora y sigue adelante, rogando al Señor que te ayude a comprender sin desesperar.

A veces, en las agresivas dificultades en que te encuentras, aguardas la venida de alguien capaz de aliviar el fardo que te pesa en los hombros, y solo surge quien te propone frustraciones y experimentos amargos.

No te aflijas, ni te perturbes.

Ora y sigue adelante, rogando al Señor que te ayude a sufrir sin herir.

De este largo tiempo de abnegación a los familiares queridos, en la convicción de recoger cariño y reposo en la época de cansancio, y oyes, a cada hora, nuevos avisos a la lucha y al sacrificio.

No te rebeles, ni desanimes.

Ora y sigue adelante, rogando al Señor que te ayude a servir sin reclamar.

Asumiste actitudes para fijar la verdad, al respecto del bien de todos, contando, por eso, con el entendimiento de aquellos que te rodean y viste la desconfianza sombreando la cara de muchos de los mejores compañeros que conocen tu caminata.

No llores, ni te desanimas.

Ora y sigue adelante, rogando al Señor que te ayude a esperar sin exigir.

En todas las pruebas, ora y sigue adelante, rogando al Señor que te ayude a sustentar la conciencia tranquila, en el desempeño de los deberes que te competen.

Y, si pedradas y humillaciones te constituyen el plato impropio en el momento que pasa, ora y sigue adelante, recordando que el niño puede revolver el polvo de la tierra, en forma de fantasía y agitando juguetes, no obstante, de futuro, en los días de la madurez, ha de tratarlo con responsabilidad y sudor, si quiere obtener agasajo y pan, que le garanticen la vida.

Eso porque Dios es la fuerza del tiempo, tanto como el tiempo es la fuerza de Dios.